

**TAN
INSÓLITO
COMO
NOSOTROS
DOS**

Rosi Ortega

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2024 Rosi Ortega
© 2024 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Tan insólito como nosotros dos, n.º 383 - marzo 2024

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S. A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®

I.S.B.N.: 9788411806053

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

[Capítulo XXX](#)

[Capítulo XXXI](#)

[Capítulo XXXII](#)

[Capítulo XXXIII](#)

[Capítulo XXXIV](#)

[Capítulo XXXV](#)

[Capítulo XXXVI](#)

[Capítulo XXXVII](#)

[Capítulo XXXVIII](#)

[Capítulo XXXIX](#)

[Capítulo XL](#)

[Capítulo XLI](#)

[Capítulo XLII](#)

[Capítulo XLIII](#)

[Capítulo XLIV](#)

[Capítulo XLV](#)

[Capítulo XLVI](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Para Moi, por los sueños cumplidos y los que nos restan.

Capítulo I

CLAUDIA

Dicen que los niños nacen con un pan debajo del brazo. Pobre de quien aparte de gestar un bebé tenga un sistema de fermentación y horno en su vientre, podréis pensar. No seré yo quien diga que imaginar algo así no sea legítimo. Las mentes son complejas, de ahí que haya tantas vertientes sobre el estudio de las mismas. En lo primero que reparé cuando pensé en ese dicho popular sobre los recién nacidos fue en que ese alimento sería para los demás y no para sí mismos. No solo porque un bebé no tiene dientes ni es bueno darle pan de tan pequeñito, sino porque, además, resulta que existen los celíacos. ¿Y si justo uno lo es? Por un tiempo estuve asustada y pensé que debía haber excepciones que se ahorrasen cargar con ese extra: habría sido un fastidio inmenso que aparecieran con aquello que podría matarlos, sin saberlo. Clemencia al menos para los inocentes que no decidieron nada ni les dio tiempo a formarse, a hacer algo malo a sabiendas. ¿Por qué andaría Superman con kriptonita en los bolsillos? Más adelante de mis conjeturas extrañas y de blasfemar contra el universo por hacer de esta condición a mucha gente, alguien me explicó que no se trataba de algo literal. Por lo visto, es una metáfora para decir que los críos traen alegría a los hogares, que todo irá mejor con ellos. Esa persona que sabe pillar los dobles sentidos y reconocer significados ocultos es mi hermano pequeño.

Lo habitual quizás sea que el que hasta entonces era hijo único en la casa vea a su futuro hermano como a un intruso, que tenga miedo de que le arrebathe el sitio. Su reinado de mimos y atenciones se ve amenazado, o eso me han contado otros que han experimentado tal animadversión. Por lo visto, esa sensación se incrementa cuando el pensamiento ya es tangible, cuando tiene forma, cuando llora, cuando requiere de muchas atenciones porque es más pequeño y delicado. Sin embargo, yo siempre he estado conforme con su futura llegada así como con su presencia. Y eso que, en su caso, es el favorito claro de la familia. No me importa, para mí también es el mejor. No solo no tengo celos de él, sino que lo admiro más que a nadie en el mundo. Es inteligente, animado y tan sociable que podría hacerse amigo hasta de un ogro asesino sin esforzarse. Mi meta en la vida podría ser convertirme en alguien un poco como él, en una persona que desprenda más luz y menos oscuridad. Pero cada uno es como es y de haber una oveja negra, está claro que esa soy yo. Lo cual es extraño, porque entre un colectivo mayor puede que destaque, pero en mi familia no somos precisamente del tono de la leche, sino del succulento café. Ahora bien, curiosa forma de indicar las discrepancias, lo aversivo mediante colores. Siempre desde esa dicotomía entre el blanco y el negro. Siempre nosotros como aquello que hay que rechazar; en lugar de comprender y abrazar la diversidad.

Él es y ha sido siempre mi pilar de tranquilidad. La voz de la razón y un gran confidente. Aun así, me gusta chincharlo y fingir que soy un poco como los demás con sus hermanos, porque

quería encajar, como fuera, sobre todo en esa etapa que todos, por desgracia, vivimos y que nos atonta: la adolescencia. En algún momento de mi niñez descubrí que perdía el tiempo y las energías con los demás, que no con él. Mi fe en la humanidad se esfumó de golpe muy temprano. Resultó más precoz que mi desarrollo. En aquel entonces comencé a ir por la vida con las uñas fuera, siempre alerta, siempre lista para defenderme con un ataque. A través de la violencia que otros ejercían contra los que consideraban más débiles, y haciendo uso de la mía propia para combatirlos, la conocí a ella. Se convirtió en mi mejor amiga y, desde que estamos juntas, sé que he desarrollado una personalidad más amable, más paciente, pero sigo desconfiando por defecto de los desconocidos. Aún me he suavizado más desde mi mudanza. El cambio más increíble y positivo ha sido comenzar esta etapa con ella y su amada. Me nutro de la certeza de que convivir con estas locuelas de Chelsi y Max como compañeras de piso es y va a ser una de las mejores experiencias que tendré jamás. Ese ha sido el alimento de mi alma desde el instante en que me invitaron a hacerlo. Nunca he pensado que sobrase y fuera un incordio, ellas no me lo hubieran permitido. No obstante, al contrario que ellas, tengo una única estancia privada, eso de acaparar ha quedado para otras personas más desagradecidas o caraduras.

Al mismo tiempo que sabía que su oferta era increíble y que me colmaría de alegrías, considero desde el minuto uno que no podría ser para siempre. Pensar que las cosas no son eternas hace que me las tome más en serio. Me aferro a que lo que tiene un principio ha de tener un final, sea este tranquilo o un agujero tremendo en el centro del huracán. Disfrutaría de mi etapa mientras durase, fuera mucho o poco. Sé que nosotras no somos la norma, sino la excepción. Como jóvenes en un mundo que solapa una crisis tras otra, como integrantes de un grupo generacional que se come los errores y excesos de otros que encima tienen el descaro de culparlos tanto a ellos como a todos los obreros que no son responsables de ninguna de las diferentes burbujas que han explotado, de ninguna de esas malas decisiones que se han tomado, y, sin embargo, es sobre nuestras cabezas sobre las que llueve la mierda introducida en unos potentes ventiladores a diario. Cada vez más de ella queda fijada al suelo y va tomando altura, haciéndonos de manera progresiva más costoso a la mayoría avanzar, mientras esa minoría que se enriquece con nosotros va en sus *jets* privados completamente descontrolados. El lema de que hay que comerse a los ricos, entendiendo esto como a la lacra que explota a los demás y solo utiliza su dineral para hacer el mal, tiene más fuerza que nunca. Como parte del colectivo vulnerable con menos oportunidades y más exigencias, debemos sentirnos afortunadas, pese a las dificultades, a las zancadillas. Nosotras no somos la representación de la mayoría, sino las privilegiadas con posibles: tres jóvenes a las que envidia la mayoría por nuestra posición actual. No nos falta el trabajo, conseguimos incluso ahorrar y estamos independizadas. Sí, comparto piso con ellas. Lo hago porque me apetece, no me siento obligada. Podría irme cuando quisiera. Tengo la estabilidad suficiente para hacerlo. Ni siquiera pago alquiler por mi habitación. Podría hacerlo en otro lugar, pero más humilde. En un dúplex de las características de este, me quedaría sin capital rápido, pese a tener algunos ahorros e ingresar limpios más de mil euros tras los gastos con que cuento. Estos constan de mis aportaciones para las facturas fijas, que corren íntegras de mi bolsillo (pese a que todas están a nombre de Chelsi porque ellas se dieron de alta antes de mi llegada y no han querido tramitar el cambio de titular), mi abono de transporte y, además, pongo más para la nevera o las invito más veces fuera que ellas a mí porque es lo que considero justo a cambio de este techo, a cambio de todo lo que me han ofrecido. Parte de mi éxito y estabilidad se debe a su generosidad.

Mis amigas son mi mayor tesoro. Su amor es como de película y no de las malas de cierta

cadena televisiva que parece que se esfuerza por tener productos clónicos tanto en calidad visual e interpretativa como en argumento. Estas dos se conocieron y gustaron de niñas, se reencontraron años más tarde y creyeron en el destino con una fuerza que reventó el que consideraban su límite. Ya no volvieron a separarse desde el momento de su primer beso y nunca lo harán. Cualquiera que sepa algún detalle de su historia, por superficial que sea, lo tiene más claro aún al hecho, irrefutable, de que el sol mañana volverá a dejarse ver hasta que dé paso a la luna. Incluso podríamos ver ambos a la vez. Su amor es más poderoso que el de la luz y energía de millones de astros. Con lo que sienten, consideraría más bien que son el firmamento al completo, en consonancia con el resto del universo.

Hay personas que defienden que el amor se acaba. Se inventan plazos, fingen crisis irreales: la de los treinta, la de los cuarenta, la de más de dos años en pareja. Creen en lo que quieren para justificar que su relación pende de un hilo porque no dan un duro por ella. Se toman en serio todos los refranes que señalan que los matrimonios son el final del amor o el inicio de la decadencia. Prefieren estar en el bando de la decepción incluso cuando las cosas no van mal y lo fuerzan con su pesimismo para que finalmente triunfen sus temores. Así, se dan la razón con el triunfo del fracaso y se quedan en un bucle del que no saldrán si no intentan cambiar por completo, si no tratan de evitar ese autosabotaje. El momento más crítico en palabras de ese grupo de gente es cuando tiene lugar la convivencia. Esto lo sé no por experiencia personal, ni mucho menos, ni porque tenga un círculo de amistades amplio y con una autoestima dudosa, sino porque mis amigas, que son psicólogas, me han contado (sin mencionar casos concretos ni nombres para no traicionar el secreto profesional entre médica y paciente) que esa escena se repite con una frecuencia que asusta. La falta de confianza va ligada a la depresión y a la ansiedad en numerosas ocasiones o desemboca en ello porque sigue el curso de ese río de problemas de salud mental. Si algo he aprendido es eso y que, en su caso, lo de la convivencia no ha apagado ninguna llama, sino que ha consolidado aún más lo que nadie, salvo la muerte si se digna a atreverse, podrá separar. No llevaban ni un año saliendo para cuando se prometieron y se fueron cogidas de la mano bajo el mismo techo.

Debería haber sido primero lo segundo, lo de la mudanza. No solo porque sea lo más habitual, sino porque les llegó una oferta que no podían rechazar de parte de la abuela de Chelsi. Al final fue simultáneo. El mismo día en que se mudaron a su hogar, tras un viaje fugaz a la costa, Max se las ingenió para que no se establecieran de quieto antes de prometerse, es decir, se anticipó a ello con una pedida improvisada después de una siesta reparadora por el esfuerzo con su sorpresa anterior. De cualquier modo, su nidito de amor es un piso para el que la denominación de «*muy apañado*» se queda corta y que iba a haber sido tan solo un préstamo como favor para que las enamoradas pudieran independizarse. Sin embargo, fue un obsequio a modo de herencia anticipada que le otorgó la abuela María a mi psicolesbiana predilecta cuando apareció con una escritura con su nombre como regalo de bodas. Hace tiempo habría jurado que quiero tanto a Chelsi que lo daría todo por ella. Ahora he cambiado de opinión y retiro mis palabras. Las quiero, a las dos. Sé que es un sentimiento mutuo y que por eso me invitaron con ellas. No me perciben como una molestia, como una sujetavelas que les corta el rollo, sino como alguien en quien confiar, como una parte más de esa familia escogida, y se lo agradezco. Su felicidad es contagiosa y me anima cuando las cosas se tuercen. Su amor es tan maravilloso y sano, tan idílico, que siento orgullo y envidia por ellas. De la sana, porque sí, existe. Es un anhelo, una fantasía, un soñar despierta. Me alegro de presenciar lo suyo, me siento privilegiada por estar en el mejor asiento del teatro, por recibir más caramelos que nadie en la cabalgata de Reyes y por

tener una medalla de oro compartida en los juegos de la amistad. Son la razón de mi sonrisa cuando veo o recuerdo cómo se rozan y entienden, cómo parecen ser las mismísimas creadoras de la comunicación entre ellas (que la dominan incluso sin palabras), por la manera en que se miman. Al mismo tiempo me encantaría tener una conexión, al menos, una décima parte de la suya con alguien en términos románticos. No busco nada de manera voluntaria, lo que tenga que llegar, bienvenido sea. Soy feliz como estoy. No niego que querría experimentar algo así y abandonar lo esporádico, aquello más efímero que el vapor en una taza de café. Cualquiera que se asome a la ventana de su día a día juntas lo desearía. Es lo natural, es lo que implica estar vivo y ser humano. Igual que te alteras cuando oyes un ruido inesperado, el corazón se acelera con las emociones de las personas de tu entorno. Si no es así, la mujer de la guadaña se ha hecho un nido en tu interior y no piensa salir de ahí hasta consumirte desde tus entrañas.

Desde hace unas semanas la casa está mucho más silenciosa y da la sensación de haberse hecho inmensa, como si una bruja hubiera hechizado las paredes para separarlas y dejarnos con un espacio que nos agota. Habrase visto. No es físico, es mental. Su ausencia nos asfixia, nos fatiga, nos hastía. Nos sentimos todas más solas: las dos que quedamos en ella. Max se marchó poco antes de que se dijera que se iba a declarar el estado de alarma por el coronavirus, y la tristeza nos ha invadido a Chelsi y a mí. Ninguna lo expresa con palabras, y, aun así, no cabe duda. Ella finge y yo también, pero los años de amistad que nos avalan sirven también para que comprenda sus emociones, por mucha máscara que se ponga. Yo soy más experta en guardarme las cosas para mí, una camaleona de lo que me inquieta, de lo que me conmueve, de aquello que me provoca vacío o soledad, por lo que a mí sí que no puede calarme. Alguien tiene que comportarse como una columna de piedra inquebrantable que sujeta cuanto haga falta, alguien ha de ser el tanque que soporta los golpes por el bien del equipo. Hay gente que está mucho peor y sé que no es una competición, pero cuando lo pienso, hasta me siento mal por mis lamentaciones.

Entro en un círculo vicioso por ver todo cerrado, por estar en casa encerrada excepto a la hora de comprar comida o sacar a Thor. No es que me pasase la vida en la calle, y sin embargo echo de menos esa libertad de ir donde quiera cuando me venga en gana, de saber que puedo hacerlo. La imposibilidad es como una gran losa. He detectado que hay gente que hace de policía desde su casa, que te juzga por los comportamientos y las salidas. Me incomoda tanto que estos días en lugar de salir tres veces al día con mi perra, paseamos dos, lo cual no es lo ideal para el pobre animal, que ya estaba acostumbrado a tener más momentos en los que hacer sus necesidades. Hay muchas cosas que han cambiado en muy poco tiempo. ¿Acaso alguien podría suponerse que nuestra cotidianidad podría derrumbarse como un castillo de naipes? Esta es una demostración más de que los tarotistas y adivinos en general no son más que un fraude. Si hubieran sabido algo así, su deber era comunicárselo a los demás. Vale, esto es como cuando alguien viaja en el tiempo en ficción y trata de prevenir de algo a los demás, que, por lo general, lo toman por un loco, aunque el cometa esté a punto de caer sobre su pueblo y no sea únicamente la vivienda lo que vayan a perder. Con los videntes no habría cambiado nada, excepto que a tiempo pasado sabríamos que tenían razón y nuestra concepción sobre sus artes místicas sería otra, de manera que, en el futuro, es bastante probable que les fuéramos a tener en cuenta cuando se presentara otra crisis o aseguraran que debían contarnos algo importante. Una inversión de credibilidad con el tipo de interés alto y garantizado: un *win-win*, que se dice ahora. Los únicos capaces de anticipar sucesos, gracias a su formación y a los hechos tangibles que dan esa información de antemano, son los científicos. En ellos es en quienes debemos confiar.

Estoy segura de que esto va a pasar rápido, y en cuanto termine este periodo de confinamiento

declarado por el Estado, habremos dejado atrás este episodio que, finalmente, constará de un mero párrafo breve en los libros de historia y muchos se lo saltarán por la escasa relevancia. Eso sí, vaya anécdota que contar a los nietos desde nuestro punto de vista. Seremos unos abuelos cebolleta repitiendo hasta la saciedad cómo nos pasamos todos un par de semanas encerrados salvo para excepciones contadas, y no entenderán nuestro melodramatismo. Sobre todo porque no se harán a la idea de lo duro que fue no solo vivir este periodo, sino encontrarme con un imbécil al poco de que las cosas cambiaron para todos de manera obligada: el momento en que dio comienzo el confinamiento, arrebatándonos la socialización más allá del núcleo de convivientes, las pantallas y los encuentros casuales o mediante la picardía o pasotismo.

Capítulo II

HÉCTOR

Estamos todos en casa metidos en un día lectivo dentro del periodo que abarcaría nuestra presencia en las aulas de la Universidad de Salamanca. No es la primera vez que ocurre, aunque sí por esta razón que nadie hubiera contemplado como una posibilidad. Ni al Porros en sus momentos álgidos de subidón —que eran frecuentes, como se puede suponer de su apodo— se le hubiera ocurrido algo parecido, aún con las visitas extraterrestres y la cantidad brutal de revelaciones religiosas con que contaba, todas fruto de su vicio insano. Dejando aparte la muestra viviente de lo malas que son las drogas, enumero algunos motivos de veces que permaneciéramos en el piso teniendo clase: horarios extraños (por culpa de la matriculación de asignaturas que no hay manera de encajar de otra forma), resaca o desgana. La segunda razón era la menos frecuente. Ahora bien, la primera, la de tener un hueco entre medias, muchas veces era la culpable de que llegásemos a la tercera. No siento orgullo, solo expongo los hechos.

Como decía, en esta ocasión nos estrenamos en cuanto a una causa inesperada y ajena a nosotros que no sea el absentismo de un profesor o una tormenta de nieve. Es algo mucho más peliagudo lo que nos impide acudir a la facultad. Estamos ante una situación excepcional. En el sentido de raro, no el de guay. Ojalá fuera en ese. Solemos quejarnos de la rutina, de que mañana será casi igual a hoy, salvo ligeros cambios —que, ojo, a veces marcan una diferencia memorable o suponen el inicio de otra costumbre— que nos tendrán repitiendo esquemas y fórmulas con las que nos sentimos cómodos. Pues aquí tenemos un factor que lo trastoca todo, otro acontecimiento histórico, y van unos cuantos desde que nací, como lo de las Torres Gemelas o el atentado del 11-M en Atocha. Eso sí, como esto actual no recuerdo ninguno ni por asomo tan bestia, y menos aún que afectase de manera directa a tanta gente.

Los medios comienzan a decir que se trata de algo a nivel mundial. Vamos, que el planeta entero está afectado. Es de estas cosas que crees que alguien se ha inventado para una de esas novelas superventas con varias adaptaciones cinematográficas y que nunca te tocará a ti vivir algo parecido en la vida real. Estamos ante un caso de que la realidad supera a la ficción, y de qué forma.

Como no tenemos ni idea de qué hacer, porque nos ha venido esta situación de una manera tan repentina como inesperada, me he puesto a cocinar unas lentejas estofadas, mi especialidad y de la que siento un gran orgullo. Ahora mismo están haciéndose en la olla de cocción lenta que pedí a los Reyes Magos y que tuvieron a bien regalarme hace un par de Navidades. Mejor algo así como inversión a futuro que cubra una de mis aficiones a no pedir nada y tener otro jersey horrible que dejar olvidado para siempre en un cajón. El señor Darcy estará orgulloso de ellos, pero no van con mi estilo, ni me veo yo parecido a él en ningún sentido. Mientras se hacen las

legumbres, nos hemos ido los cuatro al salón. Allí, hemos arrastrado el sofá hacia el fondo junto a la mesa donde solemos comer, para liberar espacio en el que movernos con libertad. Tras eso, un 75 % de nosotros se ha puesto a bailar en la alfombra de *DDR (Dance Dance Revolution)*.

Es el tesoro más importante de Álvaro y Román, los mayores fanáticos de ese invento de Konami, empresa japonesa a la que yo conocía por su célebre código «mágico» y cuatro cosas sueltas de las que me habían hablado mis primos mayores que de videojuegos sabían un rato largo.

Yo no tenía consola hasta hace dos telediarios y apenas he tenido contacto con los salones recreativos, que fueron un *boom* en los 90 y un buen día se convirtieron en Chocapic. A decir verdad, mis amigos son fanáticos del *DDR*, de cualquier juego de baile en general y también de Eurovisión, Madonna, Lady Gaga y las comedias románticas. Es por ellos que he descubierto que todas esas cosas son increíbles. Para mí antes no había más afición que comer, dibujar y ver concursos en televisión. Quizás que me sepa todos los chascarrillos de Arturo Vals no sea motivo de orgullo, pero tampoco lo es de vergüenza; es un tío majo, seguro.

Mis amigos suelen bromear con que parece que yo también *entienda* con ese despertar. Dicen que cuando me conocieron pensaron que sería uno más de tantos de esos que se matan en el gimnasio emitiendo ruidos extraños como de orangután en celo mientras levantan pesas y que después se pasan las horas muertas jugando a *FIFA* o *Call of Duty*, creyéndose especiales, como tantos otros que se disfrazan de personas de nuestro tiempo y aun así los vemos con su taparrabos y su garrote metiéndose en la cueva del desconocimiento y la intolerancia.

Mientras uno se menea, los demás miramos cómo lo hace, observamos cómo sus puntos en el televisor suben a la par que va atinando en los lugares correctos de la alfombrilla siguiendo el ritmo. Se supone que jugamos de manera competitiva escogiendo las mismas canciones y dificultades, sin embargo, ellos lo viven tanto que se ponen a hacer virguerías como giros o jugar dados la vuelta, sin oportunidad de ver la pantalla y, por tanto, qué les ordena el juego hacer. Les gusta inventarse sus propias coreografías, y a decir verdad es muy divertido verlos así de alocados. Lorena es la única que nunca participa en estas cosas de manera activa. Está demasiado entretenida fingiendo falta de interés, para después comentar cosas sobre lo que hacemos. Nuestra teoría es que le da demasiada vergüenza bailar, no que le parezca un tostón, como argumenta las veces que hemos tratado de animarla para que no se quedase apartada.

Álvaro hoy está muy a tope, motivadísimo y con unas ganas de fiesta brutales. Se ha puesto a pegar botes y a menear los brazos y caderas a un ritmo que en nada se parece al que suena en la canción de DJ Yoshitaka. Román ha pedido unos segundos para ausentarse y venir con algo más apropiado. De repente lo vemos ataviado con una blusa larga hasta las rodillas, unos calcetines desparejados de colores estridentes y unos collares de algún cotillón de Nochevieja o cualquier oferta en un bazar con demasiado *stock*.

—*Let's dance, babes!* —aúlla emocionado formando una de las pocas frases en inglés que podrían salir de la cabeza de alguien que no sabe ni contar hasta cien, pero que para el cachondeo está el primero, juntito de la mano en el podio con el mismo con el que comparte todo. Lo bueno y lo malo.

Todos nos reímos con él. Su novio le indica, de broma, que el *Let's Dance* es otro juego. Como respuesta obtiene una risotada seguida de un «Lo sé, también tenemos alguna edición». La actitud de Álvaro y Román es increíble en cuanto a pasarlo bien. Saben cómo contagiar a los demás de buenas vibraciones, cómo borrar las preocupaciones. Son mis amigos, los conozco muy bien y los he visto en todo tipo de situaciones mostrando emociones de lo más variadas. Por

eso sé que no les ocurre lo que se acostumbra a decir de los payasos y humoristas. Eso de que muestran una cara para que los demás se rían y sean felices, mientras que por dentro están sufriendo. Generalizar está mal y peor aún estaría que ligada a esa profesión hubiera tanto dolor de un modo inevitable. ¿Es que al decidirte por hacer reír a los demás, firmas un contrato para que a cambio debas adentrarte en el más mísero de los pozos? Lo que sé seguro son algunos nombres de personas que acabaron mal y que se esforzaron por mostrar solo su lado amable. Quizás, el caso reciente más mediático sea el de Robin Williams. La generosidad por el bien ajeno no la quiero. No si alguien, que no lo merece, lo pasa mal y en lugar de pedir ayuda te cede sus sonrisas impostadas.

Por una parte, casi me pone triste pensar que van a irse unos días fuera. Aprovechando que no tenemos clases presenciales hasta nuevo aviso y que nos han comunicado que pronto pasaremos a una modalidad telemática en la que están trabajando, han decidido volverse a Ávila con sus padres. Entiendo que quieran hacerlo, que echen de menos a quienes, a fin de cuentas, les pagan y permiten estar aquí, a quienes les han criado y dado amor. Allí, sin embargo, no estarán bajo el mismo techo, no compartirán lecho, no se darán un beso de buenos días, no calentarán la leche del desayuno en calzoncillos bailando al ritmo de cualquier canción de las que tanto les gustan. Aunque solo sea por esos pequeños detalles que determinan aquí su día a día, tiene que ser un sacrificio para estos dos que son más inseparables que los *pack* de yogures. Todavía no se han atrevido a salir del armario y mucho menos a insinuar que ellos dos, además de amigos, son pareja. En mi opinión les perjudica más no decirlo. Comprendo y respeto que quienes deben decidir el momento, el lugar, la manera y el con quién son ellos y nadie más. Me comentaron que se supone la heterosexualidad por defecto en todas las personas y que no existe un armario del que abras las puertas una vez y te quedes liberado, sino que hay infinitos de ellos a lo largo de tu periplo vital. Los tenemos en cada lugar al que acudamos, en cada centro educativo, en cada trabajo, en cada círculo de amistades o conocidos que formemos. A decir verdad, eso me puso un poco triste, porque vengo de ficciones utópicas en las que las personas salen una vez y los demás se lo toman bien o mal, pero eso les da fuerzas y comienzan a ser quienes siempre han sido en su interior. La liberación del pájaro enjaulado es una burda mentira. Saltan de una jaula a otra, o bien están dentro, como las matrioskas. En ocasiones, peco de ser demasiado inocente y me olvido de lo fundamental. Sé que depende de dónde estén que incluso vivan con miedo, que hay países y lugares donde lo suyo está penado. Existen prácticas salvajes como las terapias de conversión, agresiones e incluso se llega a acabar con su vida. He oído incluso hablar de las etapas para que se produzca un genocidio y me da miedo cómo a través de diversas técnicas disociativas y de discursos de odio puede llegarse a convencer a otros de atrocidades pasando por los diversos puntos bien estudiados cuando no se tiene más que maldad en el interior. Es horrible compartir espacio y respirar el mismo aire que esa escoria que no respeta los derechos humanos. Ojalá nuestra especie se dé cuenta del daño que hace a otros, de las injusticias que aún en pleno siglo XXI se están cometiendo y se ponga las pilas para... ayer. Siempre será tarde y, a la vez, cuanto antes, mejor.

Después de unos cuantos meneos y terminar fatigados, decidimos poner la televisión. Ahí está, cómo no, en todos los canales la información sobre lo mismo. Ni siquiera teníamos intención de ver nada de la programación, sino *Black Mirror*, que es lo último a lo que nos hemos enganchado y que nos aterra porque esas distopías tan locas podrían suceder en un mundo como el nuestro, en el que priman la inmediatez y el beneficio económico. Lorena conectó la cuenta de Netflix de su familia aquí este curso y nos estamos resarcido de cosas acumuladas después de no haber

tenido acceso a esa plataforma ninguno de nosotros en nuestros años como universitarios.

Hasta hace nada no había oído hablar en mi vida del coronavirus. Ni yo ni la mayor parte de la humanidad. Para los científicos es harina de otro costal, salvo por el detalle de que este no se parece a ningún otro, según ellos mismos cuentan. De la jerga médica no tengo ni idea. Me quedo con la información en lenguaje coloquial de un modo superficial con lo que se sabe y cómo nos afecta. Nunca he sido demasiado brillante en los estudios y muchos me han tratado como a un tonto, así que en parte he terminado creyéndomelo. Cada día que pasa aparece en más conversaciones EL TEMA. Lo es en mayúsculas. No es para menos, abruma que cada día tengamos noticias sobre fallecidos por ello. Parece ser que es muy contagioso, que es especialmente peligroso para la gente mayor y los que tengan dolencias previas, y no se sabe mucho más sobre ello, o al menos no han compartido más información, quizás por tratarse aún de conjeturas y no datos. Lo único claro es que han cerrado las aulas y que hay bastante pánico general por la incertidumbre de esta crisis sanitaria.

Después de comer, mis compañeros se ponen a hacer sus macutos para irse. Yo me quedo tirado en mi cuarto haciendo un par de bocetos en un bloc. Estoy garabateando para dar con cómo quiero que sean los personajes de un cómic que me gustaría hacer. La fase de la definición de atribuirles características de su personalidad según el diseño es fundamental. Quizás ahora con esto del virus la universidad me absorba menos y tenga más tiempo para ello, si no, trabajo adelantado para cuando llegue ese gran momento que casi toca con los nudillos en mi puerta.

Cuando dibujo estoy tan absorto en mis lápices que pierdo la noción del tiempo. No sé qué hora es para cuando escucho que se despiden de mí desde el pasillo. Parece ser que al final soy el único que se queda en casa y que Lorena también se vuelve a la suya. Unos días de tranquilidad no me vendrán mal. Estoy seguro de que eso de las clases *online* que suplirán las presenciales y de las que nos mandarán más información al correo, de algún modo, será anecdótico y que apenas vamos a catarlas. Lo cual está bien, porque me imagino lo que puede costarles a algunos docentes ese formato, si se sienten abrumados incluso para encender el proyector en las aulas para pasar sus aburridas diapositivas que no han modificado con el paso de los años.

Me acuesto sin cenar, a eso de las tres de la mañana. Al día siguiente desayuno una parte de las lentejas que sobraron y me mentalizo para lavar los cacharros. No cabe ni uno más en la pila ni en la encimera después del plato, la cuchara y el vaso que acabo de añadir a lo que lleva días ahí. Pongo, de manera temporal, la olla arriba de todos los muebles para mirar a sacar cosas del propio fregadero y tratar de hacer sitio para que se sequen las que voy a lavar en la primera tanda.

Estoy en plena faena cuando suena mi teléfono. Me seco las manos con un trapo antes de descolgar y veo que es mi madre. Me extraña, porque no suele llamarme, más bien es al revés y además suele quejarse de que no lo hago demasiado.

—Hijo, ya lo has visto, ¿no?

—¿El qué? —pregunto yo, que no tengo ni idea de qué habla, aunque imagino que de algo grave, tanto por su tono de voz como por no saludar siquiera en cuanto he descolgado.

—¡Lo del virus! —me grita, con un tono como diciendo que llegan a avisarla de que iba a salir tan tonto e igual hoy no estaría aquí.

—Ah, ya... —respondo como si nada.

—«Ah, ya», no. Ya mismo te estás viniendo a casa. Tú ahí no te quedas encerrado mientras dura el estado de alarma.

No tengo ni idea de lo que habla. No tarda en aclarármelo y en insistir en que tengo que

regresar para estar con ella y que estaré más seguro y mejor en la capital, que se quedará más tranquila conmigo cerca, controlando que no cometo alguna imprudencia y me contagio por ahí. Es posible que tema que después haga lo propio con cuanto anciano me cruce.

No me ha dejado opción a negarme. Así que cuelgo con la promesa de que en cuanto recoja mis cuatro trastos imprescindibles, me planto en la estación rumbo a Madrid.

Capítulo III

HÉCTOR

Según estaba recogiendo mis bártulos, tenía ya un mensaje en el móvil de un bízum de mi madre para asegurarse de que tenía con qué pagar el billete hasta casa.

Había estado tan ensimismado con mis lápices desde que estos se fueron del piso, entre el silencio reinante y la falta de obligaciones más allá de las fisiológicas, que lo de meterme en diarios, encender la televisión o incluso conectarme a las redes sociales había quedado para otros. Mi opinión sobre lo exageradas que me resultaban las prisas con esa llamada, de su actitud, habría diferido por completo con toda esa información que me faltaba. Por algo dicen que quien es su poseedor lo es del poder.

En la calle, cargado con una mochila y una maleta mediana con ruedas, me doy cuenta enseguida del caos que se ha formado. Las tiendas están más abarrotadas que nunca, sobre todo los supermercados. Se ve desde fuera a través de las puertas transparentes que no dejan de abrirse y cerrarse. Si pensaba que las colas que se forman algunos sábados por la mañana o las tardes previas a un puente eran inmensas, ahora soy consciente de lo equivocado que estaba. No debería haber aglomeraciones, es justo esto lo que habría que evitar, y sin embargo estoy presenciando, como mero espectador casual en la distancia, el pánico que hay en cuanto a quedarse sin provisiones. Hay gente con más bolsas que las que puede cargar. Ya a principios de semana se hablaba de algunos saqueos, de cómo volaba el papel higiénico. Quién iba a pensar que cuando viviéramos lo que para muchos es un escenario próximo al apocalipsis, se iba a provocar un desabastecimiento de eso y cualquier otra cosa con la que limpiarse el culo, como servilletas o pañuelos de papel, que seguro que son las siguientes víctimas. Si el fin del mundo nos pilla, que sea con el asterisco despejado.

En la estación hay bastante más gente de la que creía. Consigo un billete en el tren que más paradas del mundo hace, en clase preferente, porque no quedan en turista. Al menos estaré más cómodo así, que con mis piernas más largas que las de un flamenco en los asientos de turista, con la poca separación que hay entre ellos, termino después más encorvado que Quasimodo. A mí me llamarían el jorobado de Lavapiés, que quizás tenga menos *glamour*, depende de a quién le preguntes.

Me encanta leer y se me ha olvidado pillar algo, aunque también es cierto que todo lo que tengo en Salamanca lo tengo ya desgastado de relecturas. Ser pobre es lo que tiene, que no me puedo comprar tantos cómics y libros como me gustaría, y eso que ahora con el formato digital voy tirando con adquisiciones cada poco. Si no fuera por las bibliotecas no sé cómo alimentaría esta mente sedienta de palabras. Este viaje se me está haciendo tan largo que bien pienso que podría haber tomado prestado algún libro o revista de Lorena. Seguro que tardaría bien poco en

recomendarme varias obras de las que tiene en su habitación. Lo malo es que no me preguntaría qué me gusta, sino que me obligaría, prácticamente, a leerme algo de lo último que hubiera caído en sus manos para acordarse bien de todo y acribillarme a preguntas y comentarios al respecto, como cerciorándose de que le he prestado la atención necesaria y soy digno de que siga poniendo mis manos en su biblioteca repleta de lo último que se haya puesto de moda por parte de los reseñadores digitales más mediáticos.

Estoy aburrido de ver las mismas caras, el paisaje me lo sé de memoria y tampoco me atrapa. No quiero pasear por el tren, lo veo absurdo y, además, arriesgado. No tiene sentido deambular vagón para arriba, vagón para abajo. Ni que fuera esto un tren inmenso y especialmente ancho donde tuviéramos camarotes privados, vagones temáticos de ocio e incluso restaurante con una zona para música en directo. No estamos en el Rompenieves ni ningún otro de ficción, esto es un tren de viajeros normal español, de esos que son lentos, chirrían y resultan incómodos. De los que sufren averías de un modo frecuente. Por lo menos, no suele haber accidentes y mucho menos aún zumbados armados como se ve en las películas.

La cafetería no tiene cantos de sirena para mí. Ni la necesito, ni soy yo un ser de pura facilidad de palabra a la hora de hablar con desconocidos con los que coincido un segundo en mi vida. Imagino que, aparte, estará hasta los topes y que, por tanto, las probabilidades de coger el virus aumentarán en ese espacio. Antes no reparaba mucho en ello, pero ahora me ha entrado la paranoia gracias a quien me ha hecho volverme a casa. Creo que *el bicho* puede estar en cualquier sitio a mi alrededor, que puede agarrarse a mí como las sanguijuelas en el río y que su siguiente víctima sería mi madre como yo caiga. No es tan mayor como para estar dentro del grupo de riesgo ni tiene ninguna afección por la que sea más vulnerable... que sepamos. Esa coletilla que se añade siempre que el médico pregunta si tienes una alergia antes de darte una receta de un medicamento: «No, que yo sepa». No obstante, a pesar de que no tenga antecedentes clínicos, me da miedo. Es irracional.

En la parada de Ávila me quedo observando esa estación donde tantas veces se han bajado mis amigos. Pienso en ellos, imagino que estarán en casa, más fastidiados de lo que pensaban cuando se fueron a ver a sus padres y hermanos, porque si de verdad nos vamos a tener que quedar encerrados un par de semanas, no van a poder verse más que a través de las pantallas durante ese periodo. Se les va a hacer eterno a ese par de tortolitos.

En Príncipe Pío, con las piernas cargadas y molido de tres horas que me han parecido tres meses de pesadilla, cojo mi equipaje y deseo, más que nunca, que de él afloren centenares de patitas y camine sin mi ayuda. Con la mochila colgada por delante, me busco un lugar en un vagón de la línea R y otro en la 3 donde pueda colocarme contra una puerta sin molestar a los demás pasajeros con mi maleta. Al llegar frente al portal de mi casa, pego un suspiro sonoro. Venía acostumbrado al ascensor y me veo obligado a subir cinco pisos a pata por las escaleras. Ni se me pasa por la cabeza pedir ayuda a mi madre. Se reiría de mí alegando que tan joven y tan hecho polvo, que vaya vergüenza que esté tan cascado a mis años, y que lo que tendría que hacer es ponerme a cargar sacos de cemento o alimentos de camiones en Mercamadrid a las cuatro de la mañana para hacer músculo y que se me quitase la tontería, que de eso ando sobrado.

Para cuando llego arriba, está la puerta abierta y mi madre en el descansillo con los brazos en jarras y negando con la cabeza, con los labios muy apretados.

—Hijo, vaya jaleo montas para dos cositas de nada. Anda, trae.

No es un ofrecimiento, es una orden. Me engancha la maleta, a falta de dos escalones, la mete en casa refunfuñando y después me dice que vaya corriendo a lavarme las manos antes de

saludarla como es debido, que a saber qué he estado tocando y si eso tenía bacterias o el virus del demonio o lo que sea. Al regresar del baño, me está esperando en el salón y me cuenta que ha visto ya en varios sitios imágenes y vídeos sobre cómo lavarse las manos, que para muchos comienza ahora lo de la higiene básica y que es lo bueno que vamos a sacar de todo esto, que algunos sean menos marranos porque buena falta que hacía que, como mínimo, se lavasen las manos después de tocarse el pito. Si es una indirecta y me está incluyendo en sus quejas, eso yo ya no lo sé. Capaz es.

—Bueno, ¿qué? ¿No vas a darle un beso a tu madre? —me suelta después de ese sermón con el que me ha quedado claro que no puedo olvidarme de hacer la parada obligatoria por el baño cada vez que vuelva a casa.

Cuando se lo doy, veo que no está sola.

—¿Y eso? —pregunto yo señalando el motivo de mi sorpresa.

—Eso tiene un nombre. Es Ascot, tiene cinco meses y me da más cariño que tú, antipático.

Estupendo, se ha pillado un perro y, no contenta con ello, le ha puesto un nombre que suena parecido a una palabra bastante fea en castellano como para nombrar a un ser vivo con ella. No voy a preguntarle desde cuándo lo tiene, por qué no me había informado o cómo es posible que nunca quisiera uno cuando vivíamos juntos por más que yo insistiera y que ahora haya adoptado un cachorro. Una vida salvada siempre es algo positivo, por incógnitas o reproches que surjan. Me alegro por ella y por Ascot, por más que me escueza recordar cada negativa cuando yo estuve pidiendo tener uno durante años.

Llevo las cosas a mi habitación. Los pósteres de Akira y Matrix me saludan, así como mi mesa de dibujo y ese viejo ordenador de sobremesa que va a pedales. Dejo todo en un lateral, me quito las zapatillas apretando un pie contra el otro y me echo en la cama para descansar un rato mientras miro el móvil, para ver si estos han puesto algo en el chat grupal y contarles que al final me he ido a casa a pasar unos días también yo.

—¿Ya estás tirado en la cama? No, si ahí te las dan todas —escucho que critica desde el marco de la puerta—. Este año ya sí que terminarás la carrera, digo yo. ¿O me has estado engañando y no estás ya acabando? A ver si va a durar más lo tuyo que las obras de El Escorial.

Sé lo que va a seguir a ese reproche, vaya si lo sé. La conozco como si me hubiera parido.

—Si te hubieras quedado aquí, ya la tendrías de sobra. —Lo sabía, ahí está su frase de siempre, la bronca habitual—. Tenías que andar con ese capricho de irte a Salamanca, que más tonta soy yo por permitirte. Eres un caprichoso y un consentido. Eres la única persona en el mundo que estando en Madrid con un montón de universidades para elegir decide mudarse a otra ciudad a estudiar en la pública algo que podría hacer aquí del mismo modo, o incluso en una privada, ya puestos, viendo el percal del dinero que me estoy dejando en ti. Ni que fuera el Banco de España. Como no te la saques ya, este grifo se corta, bonito. Vivir a la sopa boba es muy sencillo. Para poner el cazo estamos todos más que preparados. Cargando cajas en Mercamadrid de madrugada me gustaría verte a ver si espabilabas de una vez.

Ha variado un poco. Solía quedarse con lo de que mi marcha había sido un error, sin entrar en detalles. Eso sí, ha salido ya su obsesión con Mercamadrid, donde, por cierto, ella acude con frecuencia por su trabajo. Aun así, aunque suelo pasar de sus sermones para no tenerla todo el rato encima, que es algo que nos drena a los dos y nos hace poco bien, respondo por una vez.

—Mamá, ya sabes que la Universidad de Salamanca es la más prestigiosa de España y que siempre he querido estar en ella. Desde pequeño mi sueño ha sido estudiar en ella. —Evito decir que me alegro de ser el único en algo, que lo que nos hace especiales es justo lo que nos separa

del rebaño. Sé que me caería una bronca monumental si lo hiciera.

—Ya, pues para ser tu sueño, bien dormido que estás, porque ya llevas unos añitos ahí y yo no veo progresos ni con eso ni con lo otro del cómic que ibas a tener para mirar a moverte y hacerte un hueco, como siempre me dices. Puedes ser artista, no te digo que no, pero haz cosas. Por mucho que me repitas tus planes, si no haces nada más que soñar despierto, a ningún lugar llegarás. Así que ve comenzando por sacar a Ascot, vamos.

Al salir con Ascot aquella vez, no sabía que sería la primera de muchas. Que con ese favor tan pequeño, con esa acción tan inocente, levantaría la envidia de tantos en el barrio. Al principio, aunque me sentía observado, creía que era cosa mía. O bien miraban por la ventana para entretenerse sin más porque no tenían nada que hacer (y como apenas se veía un alma por la calle les llamaba la atención el poco movimiento entre tanto comercio cerrado y tanta escasez de coches), o bien miraban a Ascot porque les gustaba. Los perretes levantan pasiones y no es para menos, son increíbles. Sin embargo, a los pocos días me percaté de que eran celos, una envidia insana que los corroía. Se veían como gorriones enjaulados. Muchos se quejaban en las redes, otros incluso me llegaron a increpar desde sus domicilios, como si yo tuviera culpa de algo en este escenario pandémico o como si la mascota de mi madre no tuviera que hacer sus necesidades fuera de casa.

Algunos creen que puedes enseñar al pobre animal a utilizar el inodoro o que le bastaría con un arenero como a los gatos. Aunque eso fuera cierto, aún quedaría el tema de que necesitan caminar y ejercitarse fuera, y mi amigo Álvaro, que los adora y parece una enciclopedia perruna hecha persona, ha dicho en más de una ocasión, con total convencimiento, que además precisan de socialización con otros cánidos y humanos más allá de aquellos con los que conviven. Con este tema de los perros tuve una demostración más de cómo hay bastantes personas tan carentes de inteligencia como de sentimientos. Lo digo porque, igual que ciertos productos estaban imposibles de conseguir en tiendas por culpa de unos cuantos acaparadores egoístas, de repente en las protectoras tuvieron muchas más visitas de las que hubieran podido imaginar. Supongo que ese mismo tipo de gente que arrasa con el papel, las toallitas, la lejía y el pan se las ingenió para adoptar cuanto antes un perro para tener una excusa para, en sus palabras, saltarse el confinamiento.

Hay días tontos y tontos todos los días.

Capítulo IV

CLAUDIA

La nueva rutina en casa, en estos momentos en que no podemos visitar a nadie, ni recibir visitas de no convivientes y que Max ni siquiera anda por aquí, ha pasado a ser de estar más conectadas a la red que nunca. Gente que jamás había oído hablar de ciertas aplicaciones resulta que para hacer videoconferencias las quema con tal de mantenerse en contacto con los allegados e incluso con algunos que no lo son tanto. Personas de las que no sabías nada salen de su agujero buscando casito y reclaman una respuesta inmediata alegando que ahora no puedes estar ocupado ni tener vida social. Es el momento del retorno de los ex, de las amistades perdidas, de los familiares a los que veías, si acaso, en las cenas de Navidad o quizás tan solo en bodas o entierros. Ese grupito que te colapsa los chats refleja su aburrimiento en los demás, sin tener manera de saber si sus sospechas son infundadas. Obvian que puedes estar incluso más solicitado que antes, por más que no se pueda salir de casa. Quizás no quieras hablar con ellos por desinterés, pereza o la nube de toxicidad que envuelve su aura. No habría nada más legítimo que apartar a quien no aporta, ni nada más sencillo que ignorar sus mensajes, tanto si los dejas en leído como si no.

Lo he dicho y lo repito, porque es importante: ninguna de nosotras era de pisar demasiado la calle por ocio, más allá de para acudir a algún que otro evento cultural, restaurantes, cafeterías o paseos por el parque. Cuando estábamos de vacaciones en otra ciudad, eso era otra historia. En un entorno desconocido o fuera de lo habitual, nos transformábamos en personas que no acudían a su habitación más que para dormir y que olvidaban que tenían un ordenador o una televisión. Lo del móvil es algo más complicado. Desligarse de ese aparato con el que estar comunicados con cualquiera sin importar en qué parte del mundo se encuentre es digno de ser reconocido como un trabajo de Heracles, por lo menos. Y además tampoco tiene sentido quitarse de ello, menos aún si es una herramienta de trabajo o que nos ayuda en nuestro día a día de maneras muy diversas. En ese sentido de ser bastante caseras, podría decirse que notamos menos el encierro que otras personas. No considero que sea cierto del todo tal afirmación, porque una cosa es que te quedes entre tus cuatro paredes por decisión y otra por obligación. Todo lo que rodea además al hecho de que tenga que ser así es también bastante deprimente. Es más, la clientela de Chelsi ha aumentado y, aunque sus ingresos también van a la par, su nivel de trabajo está tan por las nubes que le he dicho que es su propia salud la que se va a ver afectada si continúa pasando ese número de consultas diarias y comiendo delante del ordenador sin masticar en condiciones y durmiendo tan poco. Ella, por supuesto, no está de acuerdo y dice que se debe a los demás, que está perfectamente y que ayudar a otras personas en realidad es una vía de escape para no emparanoiarse con posibles escenarios negativos a raíz del virus, de la crisis sanitaria que nos está ahogando. A ella le va esto de los animales espirituales, aunque nunca me ha dicho por cuál

se ve representada; imagino que con el león porque es orgullosa cuando quiere. Lo que yo sospecho es que en realidad cada segundo que pasa está más mustia, igual que los demás, y que, por mucha videollamada que haga, por mucho que se distraiga con sus pacientes o con lo que quiera, extraña a su mujer y nota un gran vacío al no poder sentirla cerca. Si yo también echo de menos sus tonterías y sus abrazos repentinos por detrás que son un chute de serotonina, cómo debe de estar ella sin su amada.

Empiezo a trabajar a las 8:30, así que, como cada día laborable, me levanto a las 7:00 para desayunar, ducharme y salir a dar un paseo bastante largo con Thor, que lleva desde anoche aguantándose y estará con la vejiga a reventar.

Solía desayunar de manera más apresurada o incluso frente al ordenador en pleno trajín. Sé que critico a Chelsi por engullir delante de la pantalla, pero yo también he pecado de eso mismo y volvería a caer. Lo hacía porque sacrificaba al menos media hora para correr por el barrio. Tan temprano, sin apenas un alma, sentía que las calles eran mías. Cada pisada en el asfalto me daba una satisfacción enorme y, pese al esfuerzo o gracias a él, después me sentía revitalizada. He cambiado la ropa de *running* por las magdalenas rellenas de chocolate blanco. Espero no cambiar también mi silueta tonificada por lorzas. Renovar el armario sale carísimo y lidiar con la gordofobia de la sociedad es algo que prefiero evitar, para empezar porque adolezco de ello y me rechazaría a mí misma. Tengo demasiado inculcado el aparentar, el evitar ciertas posturas, el estar delgada. Quizás me acojo a ese canon estúpido heteronormativo de manera inconsciente y lo justifico desde mí misma (sin ser yo nada de eso, como dicen en internet), porque no quiero que me encorseten en algo más aparte de en ser negra. Eso no lo puedo ni quiero evitar, no voy a hacer un Michael Jackson. Orgullosa estoy de mi tono de piel, aunque eso no quita que me resulte duro escuchar según qué comentarios, ver según qué miradas. Aquí todo el mundo es muy abierto de mente y el racismo no existe. De boquilla, claro.

El cansancio se me acumula, así como la desgana. Cada día me parece igual al anterior, salvo por el hecho de que arrastro más los pies, me cuesta más salir de la cama, mis ojeras están más acentuadas y estoy un poco más harta de esta situación.

Ni una sola mañana, por cansada que esté, voy con la cara lavada y mucho menos con ropa que no quede perfectamente conjuntada por su forma y colores. Los chándales tal y como los suelen vender en *pack* me parecen antiestéticos y que solo sirven para hacer deporte cuando no te lo tomas muy en serio. Es que ni siquiera los compro porque no los usaría ni para estar cómoda en casa. Para lo primero (el deporte) utilizo ropa técnica deportiva que conjunto de forma que vaya maravillosa de la muerte, mientras para andar por casa tengo varias prendas monísimas de las secciones *indoor* de las tiendas de ropa, que no dejan de crecer y que ahora, como casi todo lo demás, se encuentran cerradas, salvo en su servicio *online*. Respecto a las salidas como citas o recados, utilizo más o menos lo mismo que para andar por casa, excepto las prendas que den la sensación de convertirme en un oso de peluche. Me da un poco de palo ir con esos borreguitos y esas telas tan suaves como abultadas. Hoy me he puesto una falda larga plisada negra de tenista, unas medias a juego (o *leggings*), unos botines azul marino de la marca Vans y una camiseta de color rosa fucsia. Todo ello, comodísimo. Lo único que se ha salido de lo deportivo ha sido aquello que he tenido que ponerme por encima, ya que hace algo de rasca. Me he tapado con una americana *beige*. He metido mi móvil en uno de los bolsillos de esa prenda que me cubre del frío y le he acoplado unos viejos cascos que me regalaron en un viaje en tren y que, aunque malos, fueron gratis. Todos los que me compraba siempre los devoraba Thor. Cuanto más grande fuera la inversión, menos tardaba en hacerlos añicos a bocados. Estos han sido la excepción. Se ve que

son «una mierda» hasta para mi deidad del trueno, que no ha consumido el más mínimo esfuerzo en destruirlos. Por alguna razón que escapa a mi entendimiento, los de Chelsi y Max no los toca, por eso para el trabajo me prestan siempre unos suyos. Quien entienda a mi mascota que la compre.

Estoy escuchando a mis queridas Apink y después es más que probable que cambie a GWSN. No es que sea una fanática de lo que ofrecen otras culturas así a rasgos generales, como para perder la cabeza rechazando lo propio, me refiero. Me gusta un poco todo, aprecio lo de todas partes y hay algo por encima del resto: me encanta el *k-pop*. Es así tanto por su música, de la que por supuesto no entiendo la letra ni cuando cantan en inglés, como por su estética. Todas las chicas son preciosas y van siempre estupendas con sus modelitos. Las malas lenguas dicen que gran parte de su encanto está en que saben posar, saben venderse, su ropa es genial, y que para tener esos cuerpos pasan por quirófano las veces que sea necesario. Malas lenguas no porque sea mentira (por supuesto que esas habladurías son ciertas, se estudian cada movimiento, siguen dietas restrictivas y pisan más de una vez las clínicas estéticas), sino porque seguro que es la envidia la que habla por ellos. Si yo pudiera, también me aseguraría la belleza a golpe de talonario. Haría lo que pudiera por verme bonita, por provocar lo que ellas hacen en los demás, en lugar de la indiferencia con la que me han obsequiado muchas personas todos estos años. Había con algunos infraseres que era aún peor, porque estaría hablando de hombres que se me han acercado de la nada porque les daba morbo liarse con una negra y me lo decían tal cual. Tíos de mierda a los que he mandado al garete sin remilgos.

En la calle, aprovechando que no hay nadie, y aunque sé que no debería hacerlo por el riesgo que podría conllevar, suelto a Thor para que corra y juegue a sus anchas en el parque. En cuanto tengo la correa en mis manos sin que esta esté atada a ese arnés que lleva escrito cómo se llama, el animal sale corriendo como un relámpago. A pleno pulmón grito su nombre, al ver que se aleja a toda velocidad, pero ni siquiera vuelve la vista atrás. Le digo que me voy a ir a casa, ya que ese truco siempre me ha servido, y al hacer el amago de marcharme, no hay vez que no haya tenido a Thor corriendo hacia mí para regresar juntas. Hoy, sin embargo, pasa de mí y me toca correr detrás. No sé qué habrá visto u olido a esa distancia. Estoy medio dormida y no me he puesto las lentillas ni llevo las gafas conmigo, así que todo lo que esté a más de un par de metros de distancia está borroso para mí, como los recuerdos de alguien a quien se le fue de las manos la noche de copas.

Cuando alcanzo a Thor, veo que está oliéndole el culo a una posible nueva amistad de color negro que es idéntica a la de una amiga mía del barrio. Aunque todos los perros de raza se parecen muchísimo entre sí. La lleva un chico moreno de pelo corto, revuelto y muy alto, altísimo. Me fijo bien y me doy cuenta de que nos conocemos. Hace un tiempo de eso y debe de haber crecido aún más desde entonces, ahora me parece inmenso. Hay que tener en cuenta que para alguien que para alcanzar el metro y medio necesita calzarse, cualquiera lo es. El chico está nervioso, haciendo aspavientos con las manos y repitiendo en bucle: «No, no, no, quita, quita».

Al verme, sabe que la dueña tengo que ser yo. No hay nadie más por allí y además llevo su correa en la mano. No duda en hablarme. Lo hace de malas maneras, con un tono desagradable que me provoca un rechazo instantáneo.

—Oye, tú, irresponsable, coge a tu perro, a ver si va a preñar a la mía —me dice exaltado. Amarro a Thor, que se muere de ganas de jugar y aun así está tan dócil como siempre, y le respondo algo.

—Dudo mucho que pueda suceder eso. Primero, por la diferencia de tamaño considerable

entre tu *husky* y un bicho que es cruce de caniche con *shih tzu*, y segundo, porque las dos son hembras.

—Bueno, vale, pues a ver si tenemos cuidado, que hay un virus y no puedes estar soltando a tu perra y acercándote a los demás como si nada. Distancia de seguridad —me remarca esa última frase haciendo un gesto con los brazos como marcando una línea imaginaria y da una zancada hacia atrás. Sus piernas son tan largas que creo que cada paso suyo puede abarcar en horizontal tanto como la longitud total de mi altura. Eso, por alguna razón que no comprendo, me molesta, aunque no tanto como sus palabras.

—No tengo ningún virus, idiota. ¡Si lo tuviera, no saldría! —replico yo molesta sin apartarle la mirada en ningún momento.

—Bueno, no lo sabes, puedes ser asintomática.

—Tu inteligencia también puede ser asintomática, imbécil.

Se queda mirándome incrédulo después de ese segundo insulto con el que le obsequio. No vuelve a abrir el pico. Tampoco yo tengo nada que decirle a alguien que me ha provocado tanta antipatía. Me alejo de ahí y espero no verlo, a pesar de que hubo un tiempo en que soñaba con hacerlo cada día.

Capítulo V

CLAUDIA

Vuelvo a casa hecha una furia. Le quito de un modo un poco brusco la correa a Thor, que me gruñe para avisarme de que sea más delicada. No estoy de humor como para darle el par de mimos con que debería corresponderle para pedirle disculpas. Al alzar la vista, me encuentro a Chelsi en el salón con un tazón enorme de leche, sentada en el brazo del sofá con las piernas dobladas y arropada como si viviéramos en el Polo Sur, que es donde, según tengo entendido, hace más frío en todo el planeta. Si se tratase de café, yo ahora mismo estaría perdiendo la cabeza. No tanto por la sorpresa de que ella tome algo que le provoca un gran rechazo (salvo si le pone un montón de leche o nata, o ambas, en cuyo caso dudo que a eso se le pueda llamar café por más que le añadan apellidos como *cappuccino* o *vienés*), como por mi deseo irrefrenable de arrancárselo de las manos. Es un cuenco tan grande a rebosar que, con ese otro líquido, imagino cómo podría volcarlo en la bañera y dejar que ese manjar de dioses importado de América del Sur penetrara por cada poro de mi piel. Ni confirmo ni desmiento que una buena parte fuera a descender por mi garganta, por asqueroso que a muchos les pueda parecer.

Por mis gestos y mi manera de haber liberado a Thor se percata de que estoy de mal genio. No es que sea Sherlock Holmes ni Hércules Poirot —aunque sin duda tiene una capacidad analítica envidiable cuando le da por utilizarla, cosa que hace a menudo con sus clientes (aunque asegura que le resulta agotador estar tan alerta a los detalles y a las palabras)—, sino que es algo demasiado evidente como para no percatarse. Me pregunta al respecto, se preocupa por si es algo grave. En el tono de su voz detecto también un hilo de extrañeza ya que estamos a primera hora de la mañana; el día acaba de comenzar como para estar ya amargada por algo, sin haber empezado siquiera la jornada laboral con algún correo o llamada de algún cliente con exigencias ridículas o malas maneras.

—¿Te acuerdas del chico aquel que me gustaba en el instituto? —consulto como preámbulo a la información relevante.

Se queda unos instantes callada, supongo que rebuscando esos datos de años atrás en cajas de memoria llenas de polvo en su cerebro. Cuando cree que lo tiene, sonrío y me responde con total convencimiento.

—Ehm, sí, claro. ¡Aquiles! Estabas muy pillada.

Me da la sensación de que con esa pregunta mía ha pensado que había interpretado mi malestar como una alegría porque muchas veces, cuando algo me da vergüenza, colapso, me agito y me comporto de forma algo inadecuada. Se ha equivocado de lleno y no solo con eso, también con el nombre.

—Otra vez. ¿Pero tú a cuántos Aquiles has conocido? —le reprocho yo antes de darle la

respuesta—: se llama Héctor y es un auténtico gilipollas.

Su boca parece el túnel del metro. Mientras exclama una sonora y larga interjección, me señala con el dedo como queriendo decir «Ah, sí, eso» y después cambia de postura para indicarme con las manos que le cuente más. Incluso se bebe de un tirón la leche y se sienta de un modo que me hace interpretar que tengo toda su atención. Le cuento lo que me ha parecido el encuentro con ese chico por el que suspiré durante dos o tres años durante mi adolescencia, el mismo con el que no intercambié palabras en esa época porque no me atrevía ni a acercarme a él.

—¿No lo estarás exagerando un poco porque se te ha caído un mito al resultar que, oh, sorpresa, es una persona de carne y hueso con inquietudes, miedos y falta de conocimiento?

—A ver, no. No me cuestiones así. Aparte, acabas de decir tú misma, en otras palabras, que es un pedazo de imbécil.

—Quizás lo sea, como todos de una forma u otra. Todos tenemos lagunas sobre algún área, ya que nadie puede controlar al completo todos los temas que existen. ¿A ti aún te gusta? ¿Has sentido algo al verlo? ¿Te parece guapo?

—Claro que me parece guapo, lo es y mucho —contesto recordando el cuerpo y el rostro de aquel con el que soñé tantas veces—, aunque aquí lo importante es lo otro.

—Pues si vuelves a encontrártelo, puedes tantearlo, y cuando no estemos en pandemia... —A su tonillo sarcástico y picaresco ha añadido el gesto, no sé si universal, de juntar los puños y mover los brazos flexionados de delante hacia atrás con un par de repeticiones.

—No me lo voy a tirar, y menuda tela que me recomiendes tú esas cosas, que hasta Max no te habías liado con nadie.

—Bueno, yo soy yo y tú eres tú, la ama y maestra de Tinder y vete a saber cuántas aplicaciones más. Eres una digna competidora de mi abuela cuando se iba empotrando a todo Madrid. Habitantes y visitantes, todos estaban en su punto de mira.

—No es algo por lo que sentir vergüenza. Es solo sexo. Cada cual le da la importancia que quiera, pero si queda claro desde el principio que es para eso y todas las partes están de acuerdo...

—Por eso. No te estoy diciendo que salgas con él y que tengáis planes futuros juntos, solo que, de vez en cuando, te lleves una alegría para el cuerpo como lo harías con otros. Si tú misma me has dicho que hay gente que te interesaba nada más que para un rato agradable. Haces eso y después cada uno por su lado —me dice entre risas.

Su broma no me ha hecho ni puñetera gracia. Hasta para sudar en compañía tienes que no sentir desprecio por quien estará contigo, y ella no es tonta, lo sabe y me dice esto por chingar.

La dejo con la palabra en la boca. Esta conversación no va a ninguna parte. Me voy a la cocina a hacerme un café bien cargado para llevármelo a mi cuarto con la bolsa entera de magdalenas de chocolate blanco. Que caigan las que tengan que caer mientras trabajo. Mi yo del futuro ya se arrepentirá y me echará la bronca por canalizar la ansiedad con comida. A ver si con suerte no se me va de las manos y con mis páginas web y mis historias dejo de pensar en esa persona a la que espero no volver a ver. Vaya desafortunada coincidencia.

Capítulo VI

LAIA

Desde que cumplí los quince siempre he estado con algún chico. No recuerdo etapas largas de soltería por mi parte y, dado que escribo un diario (van ya distintos cuadernos con mis vivencias) desde antes incluso de esa edad, ha quedado registrado por escrito algo de cada relación. Me ilusiono rápido con ellos y no tengo un tipo ideal. Me gustan los que me hacen caso, los que son atentos y zalameros. Debe de dárseme bien el arte de la conquista, o quizás es que soy una presa fácil o tremendamente atractiva. El caso es que por muchos tíos con los que haya estado —y son unos cuantos—, todo me sale mal, todo se tuerce. No he dado con uno que me quisiera de verdad, por más que varios verbalizaran ese sentimiento con una facilidad pasmosa.

Mis amigas ya me han dicho varias veces que tengo un imán para los capullos. He perdido la cuenta de las veces que pensaba que lo mío iba a salir adelante y después me encontraba con que esa persona desaparecía de mi vida sin aviso previo (*ghosting* lo llaman a eso y es justo lo contrario a lo que sucedía en *Ghost*, donde quien debería no estar hacía todo lo posible por aparecer) o cambiaba por completo su forma de comportarse conmigo para ser más pasota o incluso malhablado. Ante el primer atisbo de que no se me aprecia, mi respuesta ha sido la de salir por patas. Tengo un radar para lo que considero que puede ser el inicio de una toxicidad que no quiero en mi vida, de un maltrato que no merezco.

No sé qué haría sin Sara y Elena, mis compañeras de piso, ni sin Claudia, que es más directa y no se anda con tonterías. Las dos primeras suelen aconsejarme que tenga más paciencia, que no me deje llevar por impulsos, porque todos pasamos por baches, y que si bien es cierto que varios me han demostrado valer menos que un zurullo, a otros podría haberles dado alguna oportunidad más. Mientras que la tercera es más de cortar por lo sano si atisbo que no estoy siendo feliz o no van a ofrecerme lo que quiero. La mecha es corta porque ya antes ha ido achicándola otro imbécil integral. Aun así, creo que podría crecer y aumentar dicha mecha si no estuviera rodeada de tantas llamas. Es más, ahora ando en un momento dulce con Ñete, al que conocí en la fiesta de Nochevieja a la que mis amigas y yo fuimos. Claudia, Elena y yo pillamos cacho. Sara no, porque ella es la única (no sé si decir afortunada) que ya tenía una relación formal, una que se ha acoplado en su habitación desde hace casi medio año y que no solo no paga ni un solo céntimo por su estancia o la comida que nos coge a las demás, sino que tampoco colabora con la limpieza porque, en sus palabras, no es su casa. Claudia se vio un par de veces con ese chico y después olvidó su existencia. Parece que no quiera nada serio con nadie, porque nunca lo intenta. Quizás le dan miedo las relaciones o ha tenido mala suerte, como yo, pero sin intentar algo más allá del contacto físico. Lo de Elena se quedó en un rollo de una noche. Ella iba tan cocida que no sabía lo que hacía. Suerte que no le sucedió nada más allá de irse con uno con el que se pegó cuatro

morreos y al que, incluso en su estado, supo parar los pies para no ir a más. Ella, aunque le va la fiesta, no suele beber y es la más cabal y coherente del grupo, por lo que ya bastante sorprendente fue este episodio suyo que nos relató a la mañana siguiente, cuando cada una consiguió arrastrarse hasta el salón en un estado deplorable tras dormir unas cuantas horas y levantarnos con una resaca que, esperábamos, no fuera indicativo de cuánto dolor de cabeza nos iba a dar este 2020. Resulta que, al menos un poco, sí lo era.

En febrero leí por casualidad una pequeña mención de un virus lejano, allá en China. Creo que no podría considerarse ni noticia, porque era como una entradilla breve, un párrafo sin detalles, algo de relleno en lo que no se expusieron. Quizás por eso no le hice ningún caso. Otra posible razón podría ser que en ese diario acostumbran a poner cosas que huelen a mentira a leguas. Todas tienen un denominador común: son raras y ocurren en lugares remotos para que sea más difícil tratar de demostrar su verosimilitud o la falta de ella. Recuerdo que decían no sé qué de un murciélago y en los comentarios varios usuarios más de esa red social —desde donde habían citado el original— mencionaban a Batman. La cosa quedó ahí hasta que de repente su llegada se hizo inminente. Al enterarme de los primeros casos aquí (se cuenta que llegó a través de Italia y que los primeros casos se dieron en Valencia por un partido de fútbol), me entró algo de miedo. De repente comprendía que si eso había viajado por todo el mundo y ahora sí nos llovían noticias era porque se trataba de algo serio. No me equivocaba, la frecuencia y cantidad no dejó de crecer, así como el número de casos. Me agobié un poco durante días y después un mucho cuando el presidente del Gobierno habló del confinamiento.

Tenía algo de miedo por el bienestar de aquellos a los que conozco y me sentí como si fuera la persona más egoísta por preocuparme por ellos y no por toda esa gente desconocida que también podría sufrir a causa del virus. Reconozco que me puse en contacto con personas con las que hacía tiempo que no hablaba, porque estaba genuinamente intranquila por ellos. Es así como fui consciente de que la mayoría de gente con la que no sigues en contacto, por más que antaño fueran personas de tu día a día, aunque todavía formen parte de tu agenda del móvil, no quieren saber de ti. Es curioso como aquellos con los que hablé, como mis padres, mis amigos habituales y algún compañero de trabajo tenían en común algo: estaban en modo optimista y, gracias a sus palabras, se me contagió a mí el pensar que no debíamos aferrarnos a algo que no sabemos si sucederá, y que dejar que nos invada la negrura de algo que quizás no suceda es dejarse vencer por la ansiedad. Por eso, tras consultar con Sara y Elena tomé una decisión: invitar a Ñete a pasar el confinamiento con nosotras. Me siento cómoda con él y sería como una primera toma de contacto antes de una posible convivencia cuando esto acabe. Voy rápido, quizás, pero me gusta vivir la vida con intensidad y no quedarme dormida.

«¿Qué tal lo llevas?», le pregunto yo a modo de saludo.

«Bien, como siempre, un poco aburrido nada más».

«He estado pensando que podrías venirte a mi casa», lo invito.

«¿Me estás invitando a chuscar?».

«¡No! A ver, quizás sí. Seguramente surja más de una vez», reconozco sonrojándome mientras escribo esas palabras. «Lo que quería decirte es que te vinieras a vivir temporalmente aquí».

«¿Para qué? Yo ya tengo dónde quedarme».

«No seas sieso. Para vernos sin que tengas que andar saltándote las restricciones. Ahora solo se podrá salir a bajar la basura e ir al supermercado y poco más. Yo, por mi trabajo, sí saldré a diario, pero tú...».

«Ah, estaré bien, no te preocupes».

«¿No te dan miedo las multas?».

«No he pensado en ello».

«¿Has pensado acaso en algo relativo a la nueva situación? ¿Es que no te hace ilusión que podamos pasar más tiempo juntos? A mí me encantaría que le diéramos la vuelta a la tortilla y que viéramos esto como una oportunidad».

«Me aburres siempre con tus optimismos y tus historias. Eres guapa y me lo he pasado bien contigo, pero buscamos cosas distintas. Me he dado cuenta de que no me conviene una pareja ahora mismo. Es mejor que andemos por caminos separados».

¿Pero no va y me deja?

Reprimo las ganas de llorar. Por más veces que haya pasado por una ruptura, todavía me afectan. Mi corazón no se acostumbra al despecho.

Capítulo VII

HÉCTOR

A las ocho de la tarde, cada día, muchos dejan de hacer lo que estuvieran haciendo (en muchos casos imagino que ver la tele sin más, enredar con el móvil o jugar al parchís, que ahora seguro que se han desempolvado los juegos de mesa familiares y, junto con ellos, los piques) para aplaudir en agradecimiento a los sanitarios por cuidar de los enfermos. Hay quienes dicen que, por extensión, ese gesto está dirigido también a los policías, barrenderos, personal de los supermercados y camioneros. Son los menos quienes defienden eso y tampoco es que hagan mucho ruido. Para eso ya se han quedado los que ponen en bucle un par de canciones a todo trapo para Lavapiés entero: *Sobreviviré* y *Resistiré*; sobre todo la segunda. Empiezo a sentir verdadero hartazgo por estos temas musicales, y soy un hombre paciente.

Quizás el virus esté provocando que estemos más irritables. Increíble me parece, en todo caso, que me haya encontrado con una chica más o menos de mi edad que todo lo que tiene de guapa tiene de cantamañanas. Vale que yo haya pecado, quizás, de ser demasiado sobreprotector con Ascot, la perrita de mi madre, y que eso me haya provocado un ataque de pánico cuando su mascota se ha acercado a ella, pero tampoco entiendo que se pusiera como una energúmena conmigo. En nuestro breve encuentro, no ha hecho más que insultarme de seguido y tratarme como a escoria.

Al poco de subir a casa, desayuno y me evado un poco de ese episodio mientras atiendo en clase. Quién iba a decir que la universidad fuera de ayuda para eso y, sobre todo, valiera para relajarme de toda la situación en general. Es extraño porque sé que estoy desde casa, en otra ciudad y con una pantalla separándonos a alumnos y profesores. Sin embargo, al mismo tiempo, me meto tan dentro (es tan inmersivo en mi caso), que de verdad que olvido por instantes los problemas y me centro en lo que debo. Estoy muy involucrado, creo que más que cuando era presencial. Suma al modo remoto el hecho de ver la línea de meta, de saber que muy mal se tienen que dar las cosas para que no defienda ante el tribunal mi trabajo de fin de grado este verano o cuando me den la cita. Hace unos cuantos días que no sé de mis amigos. Nuestro chat grupal está más en silencio que un graderío cuando se pide un minuto de silencio por algún fallecido. El canto de grillos es tan pronunciado que ya toca detenerlo. Decido hacer una videollamada con Álvaro y Román. Los he visto conectados en la sala del aula *online* y nunca hablamos nada por ahí, a excepción de cosas de las propias materias si estamos en grupo, cosa que no ha sucedido desde este retiro obligado. Andamos los tres más centrados que nunca en nuestra recta final, apretando cuanto podemos este curso a ver si terminamos la carrera y conseguimos curro como sea, de lo que sea que tenga que ver con lo nuestro, de un modo u otro, pero si es de lo que preferimos y soñamos, mejor que mejor. Román quiere ser tatuador y

pretende montarse un portafolio de dibujos curradísimos con ese estilo tan peculiar suyo con tonos pastel y trazos gruesos. Álvaro anhela trabajar en tiras cómicas para algún periódico. Yo, por mi parte, quiero realizar ilustraciones originales de portadas de libros y, sobre todo, sueño con dibujar cómics o pintarlos en caso de que terminase en el mercado americano o de colorista con otro dibujante principal. Lo de escribirlos no me gusta mucho, aunque para el que estoy preparando no me ha quedado otra al no conocer a nadie que quisiera involucrarse en un proyecto de futuro incierto.

El par de tarugos no tardan en descolgar la llamada. Se me hace muy raro verlos en casa de sus padres, por separado. Falta de costumbre, claro, porque para mí esto de las videollamadas es nuevo.

Ambos están muy sonrientes. Seguro que entre ellos no han dejado de llamarse a todas horas. Después de saludarnos, les cuento lo que me ha sucedido esta mañana. No pensaba que fuera a fastidiarme tanto la opinión de una desconocida y aquí estoy horas después indignado todavía con lo borde que me ha resultado.

—Oye, ¿y con Lorena no has hablado? —me consulta Román.

—No, ¿por?

Veo que Álvaro se contiene la risa mordiendo los labios y que abre las palmas de las manos como para decirme que es una obviedad lo que ha sacado a colación su novio. Ya están otra vez con esa idea suya de juntarnos para que los cuatro de la casa podamos tener citas dobles. A mí no me gusta en ese sentido. Por muy maja que sea cuando le parece, no creo que ella me envíe esas señales de las que este par habla, sobre todo porque conmigo es mucho más crítica y dura y hemos tenido varios roces por su temperamento.

Me cuentan que le haría mucha ilusión y, no sé por qué, mi respuesta es negativa respecto a ponerme en contacto con ella por el momento. Lo curioso es que alego que no estoy de humor para hablar con alguien con quien no tengo demasiadas cosas en común y que en ocasiones tiene unos prontos y una manera de hablar tan seca e impertinente como la de la joven del parque.

Me dicen que no pasa nada, que no me raye por una tontería y me evada con lo que sea. Razón no les falta. Además, dudo que vuelva a encontrarme con esa chica que todo lo que tiene de guapa tiene de insoportable. Si lo hiciera, con no cruzarle la palabra ya sería más que suficiente.

Capítulo VIII

HÉCTOR

La costumbre por madrugar está evitando que sea capaz de levantarme demasiado tarde ni siquiera en fin de semana. Ya poco importa si trasnocho o no. Antes de llegar a las dos cifras en un reloj analógico, ahí estoy con los ojos como platos sin ser capaz de seguir abrazado a Morfeo. Dudo entre si mi cuerpo me ama o me odia. A decir verdad, al despertar siempre me encuentro cansado y, tras un par de horas, no tengo constancia de ello. O bien la fatiga se ha evaporado para entonces o me he acostumbrado a ella. Llegué a pensar que era un síntoma del virus, hasta que caí en que es mi fiel compañera desde hace años. Aparte, no tengo fiebre, tos ni ninguna otra cosa relacionada a la estrella en hacerse un hueco en nuestras cabezas y tenernos a todos paranoicos perdidos.

Anoche en las ofertas semanales de Steam a estos se les ocurrió comprarse un juego de estrategia para viciar juntos y, de algún modo, me liaron para hacer lo mismo. Debo de ser de las pocas personas con una biblioteca casi vacía en esa plataforma. Aprovechando que hoy es sábado (a pesar de que me he sentido a primera hora de la mañana un poco culpable por no estar haciendo nada productivo, que es, a mi modo de ver, un aspecto negativo de esta sociedad capitalista), me he puesto a echar una partida cooperativa. No había jugado a ningún *Civilization* hasta la fecha y bien podría haberme estrenado ayer antes de dormir para, al menos, saber un poco de qué iba la vaina. Román me ha explicado por encima los aspectos básicos, y el juego parece bastante intuitivo, por lo poco que llevamos. Lo cual es curioso, porque nos conectamos hace más de cuatro horas y apenas diría que han pasado quince minutos. Es muy absorbente esto de construir edificaciones, tratar de hacerse con las maravillas del mundo, formar soldados y colonizar pueblos, amén de explorar el mapa y guerrear. Cada turno, toca pensar bien qué quieres hacer, porque hay limitaciones en función de tus recursos, tropa y lo que tengas investigado. No me imaginaba que lo que parecía bastante simple en realidad sea tan complejo, y sobre todo tan divertido.

Como estoy con el portátil, porque para qué gastar esfuerzos en encender la vieja tostadora que no me valdría ni para las clases ni para dibujar ni para nada que no sea desesperarme, me he ido a una de las mesas del salón ahora que mi madre no está. Allí tengo más espacio que en mi escritorio para estar más cómodo.

Estoy de espaldas a la puerta de la calle. Tan solo la pared del fondo que tengo detrás, junto con un pasillo en L, me separan de esa única salida y entrada de y desde mi domicilio. Tengo el ventanal de nuestro balcón frente a mí, a una distancia considerable, ya que hasta ahí todavía tengo el sofá modular con su mesa auxiliar. Entre turno y turno, observo a veces las tres macetas de geranios que tiene colgadas mi madre en la verja y veo a algunos vecinos asomados o incluso

sentados en sus terracitas, ellos que pueden porque tienen más espacio. Son tan distintos unos edificios de otros para estar tan pegados... Si tienen esas terrazas y muchas más ventanas, seguro que por dentro sus pisos también serán más amplios, imagino. Como mínimo son más luminosos. El sol alumbra los corazones y da calor a nuestras vidas, si no que se lo pregunten a los que se han visto obligados a emigrar a Inglaterra o Alemania, o al revés, a quienes eligen como destino turístico nuestro país por ese motivo. Hace un día propiamente primaveral, de esos en los que apetece tanto salir a dar un paseo. Gracias al juego, estoy más distraído y mis ganas más atenuadas. Nada como conquistar territorios con Cleopatra, realizar pactos con personajes no controlables y dejar que el Skype eche humo con los buenazos de mis amigos que hoy tienen como *alter ego* a Trajano y Pericles.

En un instante he pasado de escuchar risas y conversaciones de buen rollo a gritos e insultos. Mi preocupación por expandir mi territorio y ser el más conocido del mundo ha cambiado a la de encerrarme y desaparecer. Con los auriculares y lo centrado que estaba en mi partida he perdido consciencia con el mundo real. Cuando he querido darme cuenta, estaba mi madre de vuelta en casa chillándome. He tardado en reaccionar un poco: saliéndome de esa partida y cortando el Skype mientras me llegaban de manera certera una sarta de improperios. Después de varios «Héctor, joder, Héctor», seguidos de «¿Qué coño pasa contigo?» o «¿Estás tonto o estás sordo?», e incluso con «Mira, como te haya pasado algo por hacer el imbécil te doy con la zapatilla por muy mayor que seas, que ya me estás asustando» que me ha gritado desde el pasillo, ha saltado a otra cosa ya al llegar al salón y verme con el ordenador.

—¿Se puede saber qué puñetas haces que no me abres? Vengo yo aquí cargada como una mula hasta la puerta y no sabes ni bajar para ayudar a tu madre a subir esto por la escalera. —Me señala su carrito de la compra lleno hasta los topes—. Menos mal que me he encontrado con la vecina y me ha echado una mano, porque si es por ti...

Según dice eso, llega hasta el salón su acompañante. Esa descarada malhablada a la que no había vuelto a cruzarme desde aquel episodio con nuestras perras.

Capítulo IX

CLAUDIA

Los ordenadores siempre han sido mi pasión. Sus componentes me pierden, sus circuitos me parecen tan fascinantes como los suyos a los corredores de cualquier maratón o carrera popular. Entre chips, puertos y monitores siempre he perdido la noción del tiempo. Al encenderlos y no trastear con aquello que se puede tocar, mi locura no hace otra cosa que aumentar. He cancelado bastantes planes por configurar un equipo, programar algo o terminar en alguna nueva página sobre esta materia tan demonizada, que al final está en todas partes, como el amor. Oh, la tecnología, cuánto odio injusto le cae por parte de aquellos que no sabrían ni calentarse un cazo de leche sin ella. Eso sí, cuando hay problemas, tocan a nuestra puerta, a la de «los frikis que están todo el día con los aparatitos». En ningún momento he ido para bióloga, por ejemplo. Para empezar, porque a excepción de los cánidos, no siento predilección por ningún otro animal. Me resulta tan indiferente una libélula como un rinoceronte o un lémur. Dudo que distinguiera a este último por más que conozca su nombre. Eso no me quita el sueño, otras cosas, sin embargo, sí. Aun con mis escasos conocimientos zoológicos, he observado algo: todos los mamíferos necesitamos dormir. Bastantes horas, de hecho. Quienes vengán ahora con los estudios de la universidad de sus huevos morenos que claudiquen con lo que aseguran defender, igual que aquellos que sueltan cosas como que si te va mal es porque no te esfuerzas o que si eres pobre es por no madrugar. Todo está relacionado y es una treta para que no nos planteemos salir del servilismo, para que nos obsesionemos con que cada una de las horas del día ha de ser productiva. Para luchar contra el Estado hay que estar descansado. Solo una mente lúcida puede cultivarse, nada más quienes entran en conjunción con el letargo logran disfrutar de la vida, en lugar de pasar simplemente por ella. Formo parte de la rueda del capitalismo, pero intento fugarme o mantenerme tan al margen como me resulte posible. Si soy el último mono y no tengo poder de convocatoria ni soy demasiado luchadora más allá del sofá de mi casa, eso es quizás la concepción de quienes desconocen que apporto en mi día a día lo que mi salud mental, mi posición y mi paciencia me permiten. Por eso, lo que más me importa es dormir como mínimo las ocho horas de rigor.

Existe alguna que otra forma por la que sacrificar el tiempo de sueño que está justificada. Privarse del descanso por estar de fiesta o teniendo una noche de sexo salvaje entran en esa categoría. Me atrevería a decir que, para otros, lo haría cualquier actividad que uno ejerza de manera voluntaria. Yo no soy tan permisiva una vez que entra en conflicto aquello que considero sagrado. Ver películas o leer libros hasta la madrugada o hasta que sea la hora de trabajar (o esa en que, en situaciones normales, nos levantaríamos para desayunar y comportarnos como personas ejemplares) son excusas de mierda, motivos vacíos por los que arrastrarse el resto del

día o dejarse caer cuando no corresponde.

Ya que con la pandemia mis motivos para no pegar ojo están complicados y que desde que trabajo como informática me gestiono un tiempo límite en el que hacer cosas con el ordenador tanto dentro del curro como por ocio, podría alguien imaginar que he quemado alguna de esas plataformas de *streaming*, pero ni el encierro es capaz de hacer que mi mente se distraiga con esas ficciones masivas que otros engullen. Para que yo disfrute con vidas ajenas de personajes inexistentes tiene que ser durante el día, a un ritmo pausado y cuando me encuentre con los ánimos adecuados para dedicar a algo que requiere de mi atención pasiva. Es complicado porque yo misma lo soy. Complicada, que no pasiva. Tuve mi época en la que en mi página web hice el idiota modificando los cuentos populares, no porque me resultaran especialmente interesantes, sino por la gran fama que tienen y por el gancho que podría tener para tener visitas, una *fanbase* de la que arañar dinero a futuro. *Spoiler*: salió mal. El éxito llegó, pero no así, sino a través de mucho esfuerzo posterior y de conseguir algunos contactos cuando cursé el módulo.

El insomnio es horrible. Es ese viejo jersey que te regalaron y pica tanto que tu piel termina llena de arañazos y sarpullidos cada vez que te obligan a ponértelo. Lleva la cara del familiar indeseable al que ves en Navidad que tiene el don de la inoportunidad. Dos noches seguidas que me he pasado en vela y hasta esta mañana no he sabido sumar uno más uno. La concepción del tiempo la tengo *regulinchí* con esto de la pandemia. La primera visita al baño del día me ha dado la respuesta. Esa pequeña marca roja me ha hecho ir corriendo al cajón de las bragas a buscar aquellas que tengo destinadas a esos días en que no me siento representada en absoluto por los anuncios de compresas, aunque las gaste como si fueran gratis. Mi flujo siempre ha sido abundante, y mis dolores y molestias suelen competir por llamar la atención. Cuando tengo la nueva muda en las manos, me quedo mirándola un rato antes de ponérmela. Estas bragas cumplen, por supuesto, todos los requisitos para que las utilice con esto: son viejas, no les tengo cariño, están dadas de sí e incluso tienen agujeros. Por un instante me pregunto si, en todo caso, no me habré excedido con su ciclo vital, si no deberían estar en la basura desde hace varias lunas. Si se piensa bien, en frío, determinar cuántos rotos, de qué tamaño, su ubicación, etc., son los máximos permitidos antes de darles boleto es complicado. La teoría dudo que sirva en estos casos. A esto podrían referirse con la intuición femenina, porque es de lo que tiramos todas en estas situaciones. Y no nos va mal.

Según avanza la mañana, me voy encontrando peor. Llego a pensar que es psicológico y que si mis ojos no hubieran percibido ese rojo matutino, me sentiría genial. Una estupidez como cualquier otra, porque era imposible que no me percatara de nada, especialmente del ataque del calamar agitado soltando toda su tinta cuando, al pillar un poco de frío con la corriente de la ventilación, he estornudado.

Al final, he salido a la farmacia a comprar unas pastillas para la regla. No me quedan y me ha venido este mes con una intensidad mayor que la del café que me gusta tomar: más negro que mi piel y menos que mi alma. Allí, he probado suerte preguntando por las mascarillas. A mí me daría igual tener que no. Por lo que sé, a los jóvenes nos contagia con menos potencia y además si de algo he podido fardar siempre es de mi sistema autoinmune. Demasiado limpio para el equipo Actimel. «No hay nada que hacer aquí, chicos».

Chelsi está empezando a desesperarse por no tener una mascarilla. Están tan codiciadas que les vuelan de las manos a las farmacias en cuanto llegan. Y eso que, según me informa, han puesto un límite de dos por persona para que no haya acaparadores que se hacen con todas, como si fueran Pokémon.

Ni siquiera espero a llegar a mi casa, me meto en el ultramarinos más cercano a comprar una botella pequeña de agua y me tomo un par de pirulas ahí mismo, en medio de la calle, con apenas personas cerca, y todas ellas, casi seguro, con un halo de tristeza a pesar del día tan esplendoroso que hace con una temperatura ideal.

Sé que no debería y que me juego una multa. Paseo por el barrio, me viene bien estirar las piernas y me calma los dolores. No tengo excusas para deambular y encima sé que podría usar la carta de Thor para hacerlo. Vivo al límite. Si algún policía me para, me inventaré lo primero que se me ocurra: «Tengo que ir a cuidar de una persona dependiente», por ejemplo. Cuando me parece, me vuelvo a casa.

A punto de entrar en mi portal, me encuentro en el de enfrente a la buena de Hécuba sobre el escalón de fuera llamando al telefonillo de su casa con bastante insistencia. Al acercarme me habla.

—Mi hijo, que no me abre, y mira lo cargada que voy con tanta compra para intentar alargar el siguiente viaje al supermercado todo lo posible con esto del virus. Luego tampoco lo daré tanto de sí, ya verás —me explica con un carrito tan lleno que también tiene tres bolsas adicionales cargadas hasta los topes, una de ellas puesta, de algún modo, sobre el propio instrumento con ruedas que tanto ayuda a transportar la compra y que es uno de los grandes inventos de la humanidad—. Encima este come como una lima y sale más barato comprarle un traje caro que ponerle un plato lleno tras otro, más todo lo que pica fuera de horas. No sé si será un hobbit o de pequeño se tragó un agujero negro en un despiste, porque ya todo se lo llevaba a la boca con curiosidad.

La noto muy agitada, quizás está nerviosa por si le ha ocurrido algo a su hijo en su ausencia. Es lo único bueno que le quedó del patán de su exmarido que nada más supo hacer una cosa en condiciones: desaparecer de su vida de repente, llamar un buen día colgado del brazo de una rubia siliconada, de esas que coleccionaba, y solicitar el divorcio. A ella le dolió un tiempo que los abandonaran de manera oficial, después comprendió que era como habían estado siempre a su lado y que eso les daba alas para hacer su vida sin sentirse mal por alguien que no merecía ni el menor de los aprecio.

Puesto que nadie responde al timbre, me presto a echarle una mano. Insiste en que ella tira del carro sola, que se apaña mejor aunque lleve mucho más peso, y me pasa esas dos bolsas sueltas, para que vaya equilibrada con una a cada lado del cuerpo.

Tan pronto como entramos al portal, sospecho que, en realidad, no me necesitaba para nada. Si su fuerza es natural o se debe a la adrenalina de la preocupación por el estado de ese hijo que no responde, eso no lo sé. Lo que puedo asegurar es que, sea por la razón que sea, está tan acelerada que no tardo en perderla de vista por las escaleras. Para cuando quiero darme cuenta oigo el ruido de las llaves abriendo su puerta, mientras yo sufro con el peso de esas bolsas que subo. ¿Qué ha comprado? ¿Ladrillos?

Cuando por fin llego hasta su casa (que conozco bien porque no son pocas las veces que la he ayudado como hoy con algo desde que nos conocemos o que simplemente me ha invitado a pasar para que viéramos *Pasapalabra* juntas mientras tomábamos unos dulces cuando yo no estaba tan estresada y ocupada por el proyecto actual, cuando no teníamos ni idea de que un virus trastocaría las vidas de todos), la puerta está abierta y entro para dejar las bolsas en la cocina y cerrar, no vaya a ser que se cuele algún indeseable o se escape Ascot, la perrita de Hécuba.

En el salón, cuando me asomo para informar de que me voy a ir a mi casa, me encuentro con ese imbécil al que solo le falta olvidarse de tragarse la babita. Está claro que la inteligencia no es

hereditaria o, en todo caso, que ha salido al padre, porque a la buena de mi vecina no puede ser. Esta mujer tan agradecida y simpática que siempre cuida de mí y que por un favor tan pequeño como este me obsequia con un par de cajas más de dulces, de esos que lleva a tiendas como comercial de cierta marca de bollería industrial y que suelen devorar más mis compañeras que yo, aunque tenga cierta perdición por algunos de ellos y me los tome sin control alguno.

Me ataca tanto ver el careto de ese idiota que, en cuanto llego a casa, me encierro en mi cuarto. No sé por qué, pero se me ocurre gestionarlo de un modo diferente, así que me pongo a buscar vídeos de zumba, *sh'bam* y cualquier otro baile deportivo. Después de crearme una lista de reproducción, me pongo ropa de deporte y tiro para la terraza con mi portátil para enchufarlo y ponerlo sobre la mesa antes de descubrir que lo de mover el esqueleto con coreografías rarunas al ritmo de BTS y otros grupos de *k-pop* es una nueva tónica que necesitaba incluir en mi vida y lo desconocía hasta el momento.

Capítulo X

HÉCTOR

Me cae una bronca monumental cuando mi madre y yo nos quedamos a solas. No es que ella fuera a cortarse por tener compañía en casa, y menos cuando me ha dejado claro que esa chica con la que me crucé el otro día es nuestra vecina de enfrente y que tiene una bonita amistad con ella. Me la ha descrito como una joven estupenda, maravillosa y muy trabajadora: todo lo contrario que yo, en su concepto. No sé qué me duele más, que me humille y solo saque a relucir lo negativo que considera que hay en mí (extrapolando incluso los momentos puntuales a la norma) o que admire tanto a esa tal Claudia de la que nunca me había hablado hasta el momento. La idolatra hasta el punto de contarme que la considera casi como la hija que nunca tuvo. Pues felicidades, pregúntale si quiere serlo, pero sin que sea mi hermana, por favor. Búscate la manera.

Es curiosa la psique humana, o eso creo, porque me da la sensación de que debería sentirme aún más ofendido con Claudia. En cambio, me provoca curiosidad. Necesito comprender cómo puede ser que la veamos de un modo tan diferente mi madre y yo. Ella es un hueso duro de roer y sé que las cosas que me dice y el tono que utiliza es por mera preocupación y porque durante tantos años tuvo que estar a la defensiva, así que se le ha quedado un poco por defecto dentro del hogar o bien que su carácter es algo agrio, cosa que no le censuraré porque ni lo considero un aspecto negativo ni me va la marcha, aunque reconozco que me duele que esté aún más crítica y picajosa que de costumbre.

Me disculpo con mis amigos cogiendo el móvil de manera apresurada y mirando bien a los lados, por si se avecinan más gritos y reproches. Mientras quito las cosas del salón, les escribo a todo correr en el chat que no puedo seguir, que ya les contaré. Me fastidia haberlos dejado colgados de repente, aunque estoy seguro de que han oído lo suficiente como para entender, sin estar ahí, lo que ha sucedido: que ha ardido Troya, vaya.

Después de colocar la compra con mi madre, me voy a mi cuarto a organizar un poco las cosas tanto de la universidad como de mis proyectos. Una vez más, se me va la vista a la ventana, a ese exterior tan soleado. Hace uno de esos días que tanto animan a salir a dar una vuelta, aunque la situación sea la menos propicia para ello y el aire de esta ciudad no sea el más sano con esa boina de contaminación que algunos todavía aseguran que no está, pese a que los datos de calidad del aire indiquen lo contrario.

A través de mi cristal me encuentro con una sorpresa. En la terraza del piso más alto del bloque de enfrente, donde antes no había nadie, está ahora bailando de un modo bastante torpe y gracioso alguien que saca de mí una sonrisa por primera vez desde que nos conocemos.

Capítulo XI

LAIA

—¿Te he contado que Elvin nos ha contado que van a hacer una fiesta de solteros en la casa de un amigo suyo? —me comenta Elena, que lleva un par de años yendo a clases de sueco a la Escuela Oficial de Idiomas de Jesús Maestre.

—Ehm, no. ¿Ya te quieres trajinar a tu profe? ¿Estás en esa fase? —le pregunto yo curiosa.

—No, no tengo interés en él. Es muy enrollado y hasta un amigo, pero no lo veo con esos ojos. Quizás tiene algún amigo buenorro que sí me guste. Y otro para ti, que estás más mustia que las plantas.

—Perdona, pero mis plantas no están mustias.

—Claro, porque eres jardinera profesional, pero el dicho es así porque a la mayoría de la gente se le dan mal y no controlan de temperaturas, nivel de regado, sustratos y todas esas cosas con las que nos mareas a nosotras. Lo cual es absurdo: teniéndote a ti no vamos a mover un dedo por cuidar de las macetas.

Meneo la cabeza y hago un gesto como de que son de lo que no hay.

—Bueno, entonces te vienes a la fiesta, ¿verdad?

Sé que no deberíamos andar saliendo por ahí, que el virus es peligroso. Sin embargo, al mismo tiempo yo salgo todos los días para ir a trabajar y siempre se me acerca gente con ganas de cháchara que no teme por su vida ni por la mía. ¿A quién quiero engañar? Tal y como están las cosas, es lógico sentirse un poco culpable por saltarse las restricciones, pero después de que el último majadero me dejara, me toca poner la mano de nuevo en la ruleta del amor. Ojalá esta vez me lleve un premio en condiciones.

Cuando le confirmo que cuente conmigo, sonrío, me abraza y me susurra: «Sabía que vendrías, vamos a pasarlo genial».

Cuando me cuenta detalles y cómo es el plan, empiezo a emocionarme un poco. Va a ser algo bastante tranquilo, para no molestar a los vecinos y para no estar con un letrero luminoso con las palabras «Fiesta aquí». Más que nada porque ahora no se puede andar uno juntando con no convivientes, y no queremos líos. O sí, es justo lo que buscamos, pero en otro sentido y que sea estable, por favor. No más memos, ni babosos ni críos confusos. La lista es larga porque sé de lo que hablo.

—¿Puede venirse Claudia?

—Bueno, yo dije que iría con una amiga, refiriéndome a ti, pero no creo que pase nada porque se apunte. Los avisaré y ya está.

Como sé que casi seguro estará liada trabajando todavía, me pongo a jugar al *Animal Crossing* nuevo, que me lo compré hace poco y estoy picadísima con mi isla. Una hora antes del turno de

aplausos —que no falte el agradecimiento a quienes nos cuidan y ponen las cosas más sencillas — le mando un mensaje para preguntarle si le viene bien que le pegue una llamada. Como respuesta, escucho el *Caramelldansen*, un tema que bailaba y conocía todo el mundo hace más de una década y que ahora está olvidadísimo por la mayoría de la gente, pero no para mí que es mi tono de llamada.

—¿Qué pasa, pájara? —me saluda ella, que a veces me llama así, no tanto por el uso habitual de la expresión, sino más bien por una modificación suya al decirme que como a pellizquitos pequeños como un pajarillo y que me encantan las plantas y la naturaleza. De ahí derivó a eso, y cada vez que le digo que necesito mi espacio, me dice que no deben cortarme las alas. Si le cuento que me siento agobiada por algo, me suelta que no debo quedarme enjaulada. Y así eternamente, sacando el tema de vez en cuando, que se ve que le hace mucha ilusión.

—Aquí, al vicio andaba. Haciendo tiempo para contarte una cosa, máquina —le respondo yo también con un pequeño doble sentido con la última palabra utilizada en mi frase.

—Ah, pues cuenta, que me has pillado de casualidad antes de ponerme a sudar de un modo bien divertido.

—¿Ibas a follar? —pregunto confundida—. No haberme llamado, entonces. Ya hablamos cuando sea. Si es algo serio lo tuyo, ya me hablarás de ese ligue.

Como respuesta tengo una risa aguda, estridente y sincera. Después, escucho cómo toma aire antes de comentarme lo errada que estaba.

—Tonta, que no tiene que ver con el sexo, aunque me anima y motiva que no veas. ¿Te acuerdas de cuando escuchábamos *k-pop* juntas en el patio del instituto?

—Sí, cómo no hacerlo, si te me acercaste porque estaba canturreando un tema que reconociste y así es como surgió nuestra amistad. Una manera preciosa, única y hasta envidiable, si me preguntan.

—Me encanta, porque no fui capaz de echarme ningún amigo de mi ciclo, y se supone que hay una especie de rivalidad con quienes no van a tu clase, como pasa cuando estás en 5.º A, que es tu deber detestar a los de 5.º B e incluso montarles una guerra. Somos una excepción tan grande que nadie se atreverá a decir que existe una regla. La hemos aniquilado.

—Pon una Claudia en tu vida. Con carcasa de titanio e interior de algodón.

—¿Qué tipo de metáfora es esa? Te ha salido un poco pichí pichá.

—Ya, amiga, yo qué sé. Será el encierro este —se me ocurre terminar la frase como si fuera vendedora de teletienda—, pero tengo la solución: la fiesta turbochachi 3000.

—¿Cómo es esa fiesta turbochachi?

—Pues turbochachi, si lo dice su nombre —contesto yo, y al no escuchar réplica por su parte, continúo—: es en un piso en El Retiro, un sueco con pasta amigo del profesor de Elena va a montar algo con otros expatriados, y ella me ha dicho de ir. Puede ser muy divertido. Hay suecos. Remarco de nuevo.

—No hay pisos en El Retiro, porque no hay viviendas dentro del parque —suelta con retintín—, y no sé qué te ha dado con los suecos de repente.

—¡Los suecos son mi tipo ideal de hombre! —exclamo borracha de la emoción de Elena por esta fiesta.

—¿No eran los coreanos?

—Vale, mis segundos favoritos —concedo—. ¿Te vienes, entonces? ¿Te paso ubicación, día y hora al *guachás*?

—Como veas, y ya me lo pensaré y te digo. Estoy hasta arriba de curro y quizás me va bien

para despejarme.

Con esa ambigua respuesta por parte de mi amiga me despido de ella. Se anime o no, yo iré a intentar pasarlo lo mejor posible. Me encanta socializar y quién sabe qué me podré encontrar. Podría ser una nueva desilusión, pero esta racha en algún momento ha de terminar; tras sacar tantas bolas del bombo, mi chico está más cerca. ¿Y si fuera esta mi oportunidad de conocerlo? La ilusión, como siempre, habla por mí.

Capítulo XII

CLAUDIA

Llevo un par de semanas con la rutina del baile. Otros llevan más tiempo con el *Resistiré* en bucle a todo volumen y aquí andamos, haciendo caso a la canción aunque sea por inercia. Es temporada de hábitos nuevos que nunca hubiera pensado que fuera a desarrollar, como el de aplaudir a las ocho de la tarde para agradecer su trabajo a aquellos que nos cuidan o nos abastecen alimentos o a Dios por crear a los perros. ¿Acaso hay animal mejor? En casa de mis padres tuvimos un gato, Tristón, que adoraba llorar de madrugada y los mimos a esas mismas horas intempestivas. Creo que dudaba en a quién acudir para reclamarlos y por eso hacía su desfile del dramatismo felino por todas las habitaciones con sus maullidos. Entre sus aficiones también estaba colarse en mi cuarto si no cerraba bien la puerta; una vez ahí, procedía a dormirse en mi ordenador y descubrir atajos ocultos a golpe de pata. Yo toda la vida estudiando para que un estúpido gato me las lée pardas en un instante. Un día decidió hacerse paracaidista, para así no tener que tomar más decisiones. Hay a quienes les encantan esos peludos lastimeros, como a mi hermano, que hasta alimenta a callejeros; a mí me parecen seres lamentables, no como los perros, que eso sí que es porte y saber estar. No hay bicho más inteligente y fiel. Muchas personas deberían aprender de ellos. El mundo sería un lugar mejor.

Con el buen cuerpo que se me queda tras el ejercicio, noto que mi humor ha mejorado, también puede deberse a más factores, aunque yo lo achaco a eso. Quien siempre está contenta es Thor, que en cuanto se huele que vamos a salir de paseo va como loca a coger la correa con la boca para que me apresure en ponérsela para estirar las patas y jugar un poco en el exterior. Con la locura del virus soy la única que no la mantiene pegada a mí en todo momento. Los demás no sueltan a los perros ni permiten, así como así, que se les acerquen otras personas, por miedo a terminar hospitalizados o enterrados. Son unos hipocondríacos y dramáticos de cuidado al ir con tanto miedo por la vida. Sí, el virus es una cosa seria, sobre todo por cuanto desconocemos de él y por esas cifras horribles que comparten a diario con nosotros, pero si te recluyes y lo evitas todo, te metes en una mera subsistencia sin sentido. En parte, por no querer entrar en ese bucle de negatividad y aislamiento me estoy pensando lo de la oferta de Laia. Por un lado considero que es imprudente y peligroso, pero por otro me encantaría irme de nuevo de fiesta con ella. Justo en una casa de tranquis con unas bebidas, músicaailable a un volumen que no resulte atronador y un poco de picoteo es un planazo.

En el parque, suelto a mi perra y me siento en un banco. He recaído también en una mala costumbre: fumar. Estoy a punto de dejarme llevar por los cantos de sirena de otra decisión horrible: activar de nuevo mi cuenta de Tinder. Lo de las citas es más por buscarme un entretenimiento adicional esporádico. Y porque así tengo más razones para salir, porque he

estado fumando solo fuera de casa y las ganas de hacerlo dentro cada vez son más insoportables. Cuando no pueda más y se lo cuente a estas, se van a reír de mí otra vez con sus comentarios cansinos y cero jocosos como «Eres como el cangrejo, siempre yendo al revés» o «Un pasito p'alante, María, un pasito p'atrás». Mi sensación no es la de avanzar por un lado y retroceder por otro, sino la de experimentar la vida desde distintos frentes. A otros les hace felices verse todos los *reality shows* y a mí el tabaco negro. Dirán que lo mío es peor, en mi opinión es justo al contrario. Y sí, conozco los riesgos y peligros de fumar. No necesito charlas al respecto; personas del mundo, os las podéis ahorrar, en serio.

Me pongo a hacerme selfis como una loca para publicar una imagen más reciente con la que atraer a otros usuarios si acaso reactivo mi cuenta. De repente escucho a mi izquierda la voz de alguien que se dirige a mí, «¿Qué haces?», y que utiliza un tono con el que deja claras dos cosas: que me conoce y que le parece motivo de burla que me haga fotos con el móvil.

—¿A ti qué te importa lo que hago? —respondo yo a la defensiva. Veo que está con Ascot y que Thor viene corriendo del fondo del parque para saludar a su amiga.

—Chica, que es un saludo, no te lo tomes todo tan a la tremenda. Es increíble el mal humor con el que estás siempre, ¿es que desayunas vinagre?

—¿Y tú entrenas para ser tonto? Menudo machista.

—¿Yo? ¿De dónde te sacas eso, si ni nos conocemos?

—Es cómodo que te pongan el ColaCao y te lo hagan todo, ¿eh? Y seguro que estás todo el día en internet en esas webs y comunidades que frecuentáis los de tu calaña.

—Soy de Nesquik y no has acertado en nada.

—Apuntamos «experto en luz de gas» en tu ficha —le contesto con sorna y veo que, por su expresión, o no entiende lo que significa o lo que no comprende es que lo asocie a él. Que las críticas nunca vayan con ellos es otra muestra más de la masculinidad tóxica de aquellos que son como él—. De verdad que alucino con que seas el hijo de una señora tan maja y que vale tanto. No os parecéis en nada. Ni eres, en absoluto, como ella me había contado. El mayor timo de la historia, ni la estampita ni el humo de las criptomonedas.

—Ni tú eres como la chica que vive contigo y que se asoma cada día a las ocho a aplaudir a tu lado. A ti se te ve asqueada haciéndolo, como mostrando que es por compromiso, por no ser menos que los demás, o quizás lo haces por complacerla a ella. Siempre chocas las palmas sin fuerzas.

—¿Y tú qué? También te he visto que te asomas alguna que otra vez cuando oyes el ruido y no participas. Tú sí que eres triste, que te crees mejor que los demás.

—Por lo menos pienso por mí mismo y actúo en consecuencia, no para agradar a nadie. ¿Es tu novia y estás indecisa por si te deja? ¿Andas baja de autoestima y necesitas validación externa?

—¿Pero de qué vas? ¿Además de cotilla, gilipollas y machista, también eres homófobo? Las tienes todas, menuda joya.

—Mira, me cansas con tus insultos. No he conocido a nadie más faltona que tú. Un impropio tras otro, que ya está bien. Encima homófobo yo, que mis mejores amigos son *gays*.

—Ah, sí, la típica de «Qué voy a ser yo homófobo si tengo amigos *gais*. No soy homófobo, PERO» —le grito, recalcando la última palabra.

—Está visto que te van las broncas y que piensas que soy lo peor. No voy a hacerte cambiar de opinión porque estás ahí como los burros, pues muy bien. Me voy con Ascot a que termine de hacer sus cosas y ahí te quedas con tu estúpida sesión de fotos —se despidió ofendido, como si no lo tuviera ya calado.

Ya me ha fastidiado el día. Le tengo una tirria...

Capítulo XIII

HÉCTOR

Para todo refrán o dicho popular existe otro que defiende la idea contraria. Esto creo que refleja un poco cómo somos: siempre queremos respaldarnos en aquello que nos dé la razón. Lo complicadas que aparentan ser las casualidades y encuentros frente a lo sencillo que es, en realidad, verse en la otra punta de este mundo que tantos aseguran que es un pañuelo. Yo solo sé que, viviendo casi puerta con puerta con Claudia, es normal que nos crucemos de cuando en cuando. Seguramente lo hago con muchos más vecinos del barrio, pero como no he tenido encontronazos ni intercambios de palabras (amables u hostiles), no conozco a ninguno. Esto se debe además de a mi pasotismo con respecto a socializar con desconocidos, a que durante muchos años nuestra residencia estaba en otra zona de Madrid, pero que un par de años antes de que yo comenzara la universidad (y en parte por lo que supondría económicamente esa nueva etapa en mi vida), dejamos atrás. El alquiler (con opción a compra) en este piso, aquí en Lavapiés, es mucho más barato. Es pequeño, viejo y no tiene ascensor, igual a nuestra anterior vivienda, aunque sin la maraña de recuerdos sobre mi padre, por lo que todo son ventajas si se piensa en frío. Él era el mayor problema.

Después de clase llamo a mi par de patas para el banco predilectas. Lo hago antes de que regrese mi madre de «repartir chuches», como le digo yo de broma, porque su trabajo consiste en llevar bollos de cierta marca por diversas tiendas a las que tiene como clientes y en tratar de captar más gente que ignore las campañas de odio contra el azúcar. El veneno del siglo XXI, que lo llaman muchos. Vale que sea malo, es obvio, pero yo soy débil y tampoco creo que haya que ser tan radical y quitarse por completo todos los pequeños placeres. Reducir la ingesta, si acaso, podría ser la solución para quienes, *motu proprio*, consideren que estaban ya en la zona de excesos y sientan culpa o temor por ello. Al resto habrá que dejarnos tener nuestras dosis de alegría.

—La he vuelto a ver, en persona, digo. Se sigue comportando como una imbécil, pero creo que es una coraza —les comunico a través del teléfono.

—Ah, ahora crees que es una coraza —repite con sarcasmo Román.

—Que no es que sea una pava ni nada, que te gusta y no ves más allá —aclarar Álvaro, que siempre anda chuleando de que las pillar al vuelo.

—Puede que la solución sea cerrar los ojos y que nuestras miradas se encuentren.

—¿Qué tontería sin sentido es esa? —consulta Álvaro.

—Quería sonar poético y creo que no he sabido explicarme.

—Machado no eres. Vamos, que ni un poquito te explicas tú. Mira, amigo, déjate de chicas que te maltratan, cuando tienes a Lorena a tiro.

—No le gusto, ni ella a mí. Somos amigos y así seguiremos siendo.

—Sois tal para cual y ella está por ti. No la miras con esos ojos y no entendemos por qué, pero hacéis una pareja increíble. Fíjate hasta qué punto tiene que ser así para que yo alabe a dos heteros.

—Y dale. Dejaos de barquitos en el mundo real. Eso de los *shippeos*^[1] está bien para la ficción, pero, por favor, no hagáis esto con personas de carne y hueso.

—Barquitos, dice —interviene Román—. Seríais más bien naves espaciales de una *space opera* a punto de colisionar y no te enterarías ni así de cuánto le gustas. Que no te ha tirado fichas, que te ha tirado el tablero entero a la puñetera cara.

—Para ser tan evidente como decís, os recuerdo que me trata bastante peor que a vosotros.

—Oh, vamos, con la otra chica, la tal Claudia, bien que te pones en modo «Los que se pelean se desean», y no te ha dado ni una sola muestra de aprecio, por lo que nos has contado.

—Los místeres perfectos tenían claro por qué se gustaban y tiraban de pura lógica, entiendo —suelto yo con acidez—. Y eso es extrapolable para cualquiera, eso pensáis. Error.

Discuto un rato más con ellos en tono de broma. Tienen razón en una cosa: me siento atraído por Claudia, lo cual no tiene sentido porque debería detestarla por su arrogancia, por esos humos que se gasta y el modo tan dañino en que me habla.

Después de comer, mi madre se echa la siesta. Está cansada del trabajo. Su jornada no es de turno partido, pero se levanta a las 5:00 cada día para comenzar sus primeros repartos una hora después en cafeterías y tiendas de 24 horas. Recuerdo cuando se echaba aún más horas y trabajo sobre sus espaldas. Ahora tampoco es que haga las cuarenta semanales, siempre son unas cuantas por encima de eso. A menudo se le hace más tarde por imprevistos en la carretera o con algún cliente que la entretiene, o tiene que recoger provisiones o estar atenta a que lleguen a casa para que las carguen en su furgoneta aquellos que las traen. Eso por no hablar de las llamadas de teléfono referentes a su labor. ¿Le gusta? Más le gustarían otras muchas cosas, pero no las tiene y no está como para escoger o buscar, ni tiene tiempo o energías para formarse en algo que le llene más. Su curro nos da de comer y nos permite vivir al día. Mi vocación es más complicada, si consigo cumplir mi sueño seré muy afortunado. La mayoría se quedan por el camino, sin importar cuánto se esfuercen. Sé que yo mismo podría terminar trabajando en cualquier otra cosa. Soy el primero que no quiere seguir siendo una carga económica.

Cuando termino de fregar los platos, bajo al supermercado, rezando por que a esa hora no haya colas kilométricas y que tengan cosas que nos puedan venir bien para los siguientes días. No cesan los acaparadores de productos y hay ciertas cosas que cuesta encontrar —más allá de las modas como la de hacer pan y bizcochos, que olvídate de conseguir cosas como harina, huevos o el propio pan, por todos los que desconfían de sus capacidades o la cagan estrepitosamente y necesitan de un plan B—.

De camino, paso por delante de una pequeña frutería de barrio. Está muy llena, pero otro día debería entrar.

En Salamanca no suelo ir a esta cadena de supermercados, pero aquí este comercio es el más próximo a casa. Según entro, su melodía, tan pegadiza como aterradora, me da la bienvenida. En el pasillo de las pastas me encuentro de puntillas, intentando alcanzar algo sin éxito, a alguien a quien ya conozco bien. Desde detrás de ella, sin esfuerzo alguno, cojo un paquete de fideos y se lo ofrezco.

—Gracias —me dice rápidamente, antes de mirarme a la cara. Cuando lo hace, pone una mueca, como de desagrado.

—Otra vez tú. Estás hasta en la sopa.

—No soy uno de esos. —Le señalo el paquete que aún tiene en la mano.

—Sí, no eres más que un idiota que no sabe ni quién soy. Me ha quedado claro. Gracias por esto. —Señala ella ahora la pasta.

Sé que me está echando, que no quiere que hablemos. Me ha sentado mal su actitud. La corrijo.

—Claro que sé quién eres. Creía que había quedado claro. Eres Claudia.

—Ya, y tú Héctor, el hijo de Hécuba. ¿Y? ¿Te acuerdas acaso de cuando fuimos juntos al instituto?

—¿Lo hicimos? ¿Tú eres esa Claudia que se metía en la red de ordenadores en clase de informática y nos dejaba archivos a todos en la carpeta que teníamos con nuestro nombre? ¿La empollona que decía que pasaba de la universidad y a la que todos los profesores sermoneaban por ello? Por más que te mire, no me suenas de esa compañera. No te pareces, menudo cambio has pegado.

—¿Pero tú a cuántas Claudias negras has conocido, vamos a ver? Partamos de ahí. ¿Y cómo no me voy a parecer si no han pasado tantos años? Además, ¿tú qué sabes, si nunca me mirabas, si no te fijabas en mí?

Detecto que está nerviosa, como si hubiera metido el dedo en alguna vieja herida o en un tema por el que sea más sensible. ¿A través de algo como esto podría romper su máscara? Sospecho que así es. Dudo sobre si sería lo apropiado.

—Eres varias. Mínimo la que siempre está enfadada y a la defensiva insultándome sin razón.

—Abre la boca y le hago un gesto para que se calle y me deje hablar—. Y la que disfruta de la vida y parece una joven alegre y vivaracha. —Veo que me mira extrañada y sigo—: Me refiero a la que baila en su terraza, la que disfruta cuando llega la hora de seguir su propio ritmo imitando los de otras personas y muestra una amplia sonrisa además de su cuerpo serrano.

—¿Me has estado espionando? Eres un perverso.

No sé si esa última frase la ha dicho en un tono de voz más elevado, pero en mi cabeza resuena como un tambor. Siento que todo el mundo me mira dentro de ese supermercado y seré un tema de conversación más junto con lo que han podido encontrar y lo que no.

¿A mí por qué me atrae esta chica? ¿Me han embrujado? ¿De verdad hay algo bueno que rasca debajo de esa capa de hielo que solo parece fundirse cuando mueve sus caderas?

[1] Palabra inglesa que se utiliza en jerga de internet y juvenil para referirse a emparejar mentalmente a otros de manera romántica, exista o no un motivo para ello.

Capítulo XIV

CLAUDIA

En la pausa para comer, Chelsi me comunica que su abuela la ha llamado por teléfono antes y que se ha llevado un pequeño susto cuando le ha dicho que le iba a hablar del virus.

—Mi abuela y Carlos estuvieron en una fiesta en casa de unos amigos suyos, por un cumpleaños, y ahora ha resultado que uno ha dado positivo y seguro que es cuestión de tiempo que lo hagan más asistentes. No sé, espero que no les toque, pero pinta mal. El caso es que se van a confinar de manera preventiva, tanto si lo tienen como si no. Así que he pensado en irme allí el par de semanas de la cuarentena a cuidar de ellos.

—No tendrían que haber ido, vaya irresponsables. Cogen y se ponen a celebrar cosas ahora con la que está cayendo. Ellos son factor de riesgo, un poquito de cabeza —digo, culpándolos por su edad, cuando yo misma he estado valorando irme con Laia a una.

—Bueno, lo fue a decir la que pasa bastante de todo y sale a la calle cuando quiere a fumarse un pitillito o a sentirse que el barrio es suyo —me recrimina.

Me sorprende que sepa lo de mi recaída con el tabaco. No cedo, sigo en mis trece. No sé por qué me sienta mal lo de su abuela, tiene que ser envidia pura y dura. Tenía ahí a punto de caramelo lo de los suecos y tendré que rechazarlo tras esto. Nosotras no hemos tenido ninguna fiesta ni evento memorable desde que se fue Max, si exceptuamos cuando nos tomamos unos calimochos o unas cervezas frente a la pantalla con esa chica que hasta en ocasiones especiales brinda con agua o, si puede, con leche, que es más auténtica, asegura con frecuencia.

—No sé yo si lo tendrán y les vendrán los síntomas en cualquier momento. Tiene toda la pinta. Y tú también lo cogerás, pero entiendo que vayas.

—Tú, con lo negativa que eres con todo, sí que sería curioso que dieras positivo en una prueba, amiga.

—Menos mal que te hiciste psicóloga y no cómica, porque no tienes ni puñetera gracia.

Esa es nuestra forma de decirnos que nos echaremos de menos, puesto que no sabemos ser dramáticas ni tampoco comportarnos como amigas civilizadas. Somos idiotas, pero adorables. Ahora, sin ella y sin Max, me quedaré completamente sola. Miento, tengo a Thor, que en este instante está tumbada en el sofá dando vueltas sobre sí misma, en los momentos previos a acostarse para echarse una de sus siestas legendarias. Opino que más que los partidos del siglo que hay varios cada temporada, deben serlo esos periodos de sueño profundo. La maestría con la que duerme es incomparable al escaso mérito de esos señores que caminan sobre un césped al que escupen y sobre el que se revuelcan con interpretaciones baratas sobre colisiones inexistentes.

El día en que se va, todo transcurre sin percances y así es también el siguiente a este. No es

que sea Chelsidependiente, pero tenía miedo de que algo fuera a suceder en su ausencia. Al final, cuando bajé la guardia, mi temor se cumplió. El jueves amaneció sin internet. El *router* dijo adiós. Sin previo aviso, dejó de emitir señal. Sé lo suficiente de estos temas como para tener claro que no había nada que yo pudiera hacer. Ojalá hubiera bastado con mi mano para arreglarlo, pero no es la de Dios como la de cierto jugador de fútbol adicto a la mortadela y a diversas sustancias. Llamo a nuestra compañía. Dicen que no pueden hacer nada. No ahora. No es porque el contrato no esté a mi nombre. Ese dato lo desconocen, ya que me he hecho pasar por mi amiga para agilizar el proceso. Parece ser que en estos días, con el virus, están hasta arriba de gente con contrataciones y problemas variados al estar más tiempo en casa tirando de internet. Dejan anotada mi incidencia para tratar de resolverlo cuanto antes. Será a lo largo del día, me dicen. Si tuvieran que desplazarse y no bastase de manera remota, me llamarían para concertar una cita. Genial, pues para que otros se echen sus *FIFA* o vean la última serie de moda yo me quedo sin poder trabajar. Tengo varios plazos de clientes casi encima y una presión tal que salgo a la terraza para evitar coger objetos al azar y reventarlos dentro de casa de la rabia que me provoca esta impotencia. Allí, rompo a llorar.

El torrente de lágrimas sale con toda la fuerza que pensaba no tener. Me ha sobrepasado esta estúpida situación que creía tener controlada. En un tiempo que me parece eterno, suena mi teléfono. La pantalla me anuncia que es Hécuba. Me extraña que me llame. ¿Le habrá pasado algo? Por un instante los nervios recorren todo mi organismo. Descuelgo y descubro que no es ella, sino su hijo. Me cuenta que me ha visto desde la ventana. Miro hacia su casa y lo veo saludándome con una mano y con el móvil de su madre en la otra.

—¿Estás bien? ¿Necesitas hablar?

Dice estar preocupado por mí. No lo entiendo, ni siquiera nos llevamos bien. Me he comportado como un ogro con él. ¿Qué digo, un ogro? Shrek es un ser de luz a mi lado, vaya fama tienen estas criaturas y qué bien las plasmaron los de DreamWorks. Le cuento que no tengo internet, que estoy desesperada, que tengo unos plazos de entrega a los que temo que no voy a llegar como descansa un solo día, que ando con una cantidad de curro que no deseo ni a mi peor enemigo. Me sorprende contándole todo esto, abriéndome así a él, pero estoy vulnerable. Sé que no siempre se avanza lo mismo en el trabajo, pero estoy siendo mucho menos productiva desde que estamos encerrados en casa. Me enfado, porque no debería notar nada, porque para empezar yo ya teletrabajaba de siempre y porque me he escaqueado bastantes veces saltándome el confinamiento antes de que comenzásemos con los horarios para pasear, con esta desescalada por fases en las comunidades autónomas para prepararnos ante lo que está por venir: la nueva normalidad. ¿Qué me sucede? No lo sé, pero todo me afecta más. Sé que pasará y no es más que una fase, o quiero creer que así será.

—Todo tiene solución menos la muerte —me suelta, con una de esas frases manidas que suelo detestar, aunque no replico, me siento débil y agotada. Él sigue—: ¿Tienes ordenador portátil o lo que necesites para trabajar desde mi casa? Si necesitas ayuda para traer algo, me lo dices y ahí voy.

No esperaba que justo él fuera a tenderme la mano sin dudar. Me ha salvado la vida. Tengo un concepto muy diferente de él tras esto. A veces hay que ignorar la información de las primeras impresiones o, por lo menos, referirnos a las primeras de verdad, a cuando íbamos al instituto y lo veía con los mismos ojos con los que lo hago ahora mismo tras rascar en esa superficie de grava que yo misma le había lanzado.

Capítulo XV

CHELSEI

—¿Qué haces aquí? Te lo he contado solo para que estuvieras al tanto, por si enfermábamos y necesitábamos ayuda con que nos dejases comida en el descansillo o medicinas o lo que fuera.

Según abre la puerta, me saluda recriminándome que me presentase en su casa al enterarme de lo suyo.

—Se siente, tenía que venir a cuidar de mi abuelita querida y de Carlos. Tú siempre has estado ahí para mí y yo no iba a ser menos.

—Pues ya te puedes largar, porque estamos perfectamente.

Me lanzo para darle un beso en la mejilla.

—De eso nada. Hemos estado muy juntitas y hasta te he tocado. Ahora debo quedarme. El virus, si lo tienes, ya ha estado en contacto conmigo.

Menea la cabeza y se echa a un lado para que pase junto con mi mochila y la maleta pequeña que he traído con algo de ropa para ponerme, mi portátil, el móvil, los cargadores y mi bol favorito para mis chutes de deliciosa lechecita.

—Eres una cabezota, no sé a quién habrás salido.

—A ti, a quién va a ser.

—Pues se saltó una generación... —carraspea ella.

Saludo a su novio, que está en la mesa haciendo un puzzle bastante extraño en el que en lugar de copiar la imagen de la caja, esa es una referencia del tipo de escenario o su ambientación, pero en realidad está frente a lo que hay que resolver. Como un espejo. Es su afición más reciente y se le da muy bien resolverlos. A mí me parece un jaleo complicadísimo y parezco la señora esa de internet del meme con cara de confundida y un montón de fórmulas matemáticas inconexas saliendo de su cabeza.

Me monto mi campamento en el cuarto que tiene para mí y Max y donde, en realidad, ya tengo ropa de casa, de calle, pijamas y otro ordenador portátil más viejo para los apuros. No es que acostumbremos a quedarnos en su casa, pero alguna que otra vez sí que se nos ha hecho tarde y hemos pasado aquí la noche y una cosa ha llevado a la otra. No sé si por previsoras o por ser unos auténticos desastres. Cada cual que juzgue lo que considere oportuno, no es algo que vaya a quitarme el sueño. Apenas nada lo hace, porque mi vasito de leche templada con miel cada noche me ayuda a apaciguarlo y descansar como una bendita. Es un truco que aprendí de aquella a quien amo.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —me pregunta mi abuela, a la que noto que sigue poco convencida con mi decisión.

—El tiempo que haga falta. Dos semanas. Tres. Las que sean. Hasta que os curéis si

enfermáis, o hasta que pase la cuarentena.

—Estuvimos en la fiesta hace ya ocho días, así que quedarían seis. Me parece a mí que este se contagió más tarde o que todavía no contagiaba en aquel momento, porque nadie más lo tiene. Lo dicho, has venido para nada.

—Para nada no. Me quedo más tranquila aquí con vosotros.

—¿Y Max?

—Ella no está por aquí, sigue en el pueblo.

—No digo eso, te pregunto si le parece bien.

—Lo entiende perfectamente, es la primera que se fue a cuidar de alguien que lo necesitaba.

—Te voy a resultar muy pesada, hija, pero de verdad que estaremos bien, y tú tendrás mucho lío.

—Parece que moleste de verdad. Estoy preocupada por ti, ¿es que no lo ves?

—Lo sé y te lo agradezco, pero no quiero ser un lastre. Ni siquiera estoy segura de ser factor de riesgo por edad.

—Es cierto que eres una abuela muy joven, siempre fardo de eso y de lo moderna que eres, que para algo tenías ese apodo.

—Es lo que tiene haber sido madre a los diecinueve recién cumplidos, que aunque tus padres no se dieran tanta prisa, al final eso tiene su peso.

Le comunico que moví todas las citas que tenía y que ando con el resto de la mañana libre, por si quiere que baje a algún recado o algo, ya que ellos están de cuarentena.

—Muy bien, ¿quieres quedarte? Pues aquí quietita. Has entrado en el área contaminada y tú también debes guardar cuarentena. Necesitamos a otra persona para que compre las cosas y las deje en la puerta, porque como entre en contacto con nosotros, se sumará al ciclo sin fin.

—Abuela, déjate de bromas. ¿Necesitáis algo, sí o no?

—No te preocupes, aunque hay que pedir con bastante antelación por lo saturado de los servicios con la pandemia, estamos haciendo compra semanal por internet y nos apañamos bastante bien. Carlos es muy organizado y siempre se monta un menú de comidas y qué ingredientes hacen falta o qué necesitamos para limpiar, etc.

Ni yo uso internet para el supermercado. A lo sumo, para que me llevasen cena ya hecha en alguna ocasión puntual porque es más sencillo y rápido que llamando por teléfono cuando uno no quiere o puede salir y queda descartado prepararse algo. Mi abuela es una fuera de serie. La adoro y admiro.

Por la noche, antes de hacer videollamada a Max, aviso a mi abuela y a Carlos por si quieren saludar. Les falta tiempo para hacer que me lleve el portátil al salón y colocarse pegadísimos a mí, tanto que siento que de lo que me apretujan podría convertirme en polvo y desaparecer.

—¡Max, preciosa! ¿Cómo vas? —saluda mi abuela, mientras Carlos, con una camiseta de Extremoduro, saluda sonriente con la manita. Yo, en el medio, tengo cara de circunstancias; de «Ya ves».

Mi mujer los saluda animada y ellos la ponen al día sobre cuál es mi razón para estar ahí. Ni siquiera me dejan hablar. Cada vez que intento decir algo, me interrumpen. Max levanta pasiones entre ellos y hacía mucho que no hablaban, así que entiendo esa emoción, aunque me siento extraña al estar ligeramente desplazada, un poco como si no fuera la protagonista de mi vida. Será sensibilidad por estos tiempos, supongo, o que me va a venir la regla, que siempre me

pongo blandita.

—¿Pero cómo se os ocurre ir a una fiesta con la que está cayendo? Los adultos que dan ejemplo al resto sois vosotros, por encima de nosotras, que tenéis más experiencia en la vida. Y, sin embargo, miraos, con Chelsi preocupada metida en vuestra casa —los sermonea ella.

—Bueno, nadie es perfecto —responde Carlos imitando no solo la voz del actor que pronuncia la frase en *Con faldas y a lo loco*, sino también sus gestos. Lo sé porque vimos la película con él y mi abuela hace unos meses, ya que él adora a Billy Wilder, a Jack Lemmon y tantos otros del cine clásico que resulta imposible para mí retener tantos nombres.

La prueba tangible de que Max también ha entendido la referencia que no habríamos pillado sin la educación filmográfica de los clásicos está en que, por un momento, se ríe, aunque rápidamente le suelta otra cosa.

—¿Ni siquiera Robe es perfecto? —consulta señalando la camiseta del novio de mi abuela.

—Él, posiblemente, menos que la mayoría, porque él es minoría absoluta.

—Bueno, cuidaos y no hagáis tonterías. En *Buenismo bien*, o *Buenismo diario*, ya que comenzaron a emitir vídeos con sus idas de olla desde sus casas en cuanto nos confinaron a todos, defienden que es mejor follar con uno y saltarse restricciones para ello que andar a liarse con varios, irse a un *chill* o lo que sea.

—Fue un cumpleaños —aclarar de nuevo mi abuela, que sí entiende que con *chill* se refiere a orgía. Dudo en si Carlos lo habrá pillado o no, pero no pregunta nada al respecto, solo asiente.

—Os tenéis el uno al otro en la comodidad del hogar, no corráis riesgos innecesarios sin necesidad, porfa —repite Max.

—Eso —digo yo, para darle más fuerza a ese argumento.

—Sí, tendremos en cuenta a U2 y seremos más responsables, porque si perdemos lo primordial, tampoco podremos encargarnos de lo demás —admite Carlos.

—¿Cuál de las muchas cosas? Porque ese grupo nos ha enseñado unas cuantas.

—Que el amor es lo más fuerte que hay.

—Oh, *love is bigger than anything in its way* —concuerta Max canturreando el ritmo de la canción con el título de esta.

Capítulo XVI

LAIA

Elena y yo hemos estado maquillándonos un poco de manera que no resulte sobrecargado, pero sí nos veamos con un poco de iluminador, los labios pintados y el *eyeliner* y sombra de ojos. Queríamos que destacaran nuestros rasgos faciales y encajasen con nuestra vestimenta. Nuestro propósito es sentirnos tan guapas como poderosas en la fiesta. Ella lleva una falda de tubo azul marino y una blusa sin mangas de color mostaza con unas manolequinas. Como accesorios me ha tomado prestado un juego de pendientes de delfines y un colgante de piedras de distintos tonos de azul. Yo he optado por un vestido *midi* ceñido de color celeste con unas sandalias negras planas y unos pendientes de aguamarina. Hemos optado por el azul porque va a juego con la mascarilla, esa que nos toca llevar a todas partes y que estamos deseando quitarnos de encima, aunque eso ya tiene pinta de ir para largo. Ambas llevamos el pelo suelto, aunque yo tengo un par de gomas en mi bolso por si más tarde me lo quiero recoger por tener demasiado calor o sencilla apetencia.

—¿Dónde van ese par de pibones? ¿A un concurso de belleza? —exclama el novio de Sara cuando pasamos por delante.

Ambos están tirados en el sofá, él jugando a *Call of Duty* con su método ruin de esconderse en un punto poco transitado, quedarse esperando y matar por detrás a quienes pasen por su ángulo de tiro para sumarse puntos sin correr riesgos. Eso tiene un nombre y no es cobarde traicionero, pero eso lo describe bien y nos entendemos. Mi amiga anda haciendo un crucigrama, que es una afición que heredó de su madre y esta a su vez de la suya. Estoy convencida de que si tiene hijos —y espero que no sean con este gorrón— les tratará de inculcar su amor por rellenar cuadrados con palabras.

—Por ahí a tomar algo —responde Elena, que no está faltando a la verdad, aunque tampoco le ha dicho que es a una fiesta en un piso y, puesto que ya están reabiertos los bares y no solo para pedidos a domicilio, estoy convencida de que él piensa que nos vamos a una terracita con quien sea.

—Ay, a vosotras sí que os van a querer tomar con lo ricas que estáis. Yo porque soy una patata comprometida, que si no os tiraría la caña.

Le respondemos con una sonrisa nerviosa para salir de allí por patas sin malos rollos. Yo, además, miro a Sara con cara de «Amiga, date cuenta».

Vamos con un montón de tiempo, así que decidimos ir andando. Desde Tetuán es un buen rato caminando.

Claudia al final se echó para atrás y eso que encima se pospuso unas semanas para evitar follones. Estuvimos el otro día hablando un rato de que no le apetecía nada. Ojalá sea un fiestón

impresionante con gente genial para decirle luego lo que se ha perdido, por rajada.

—Los amigos de Elvin serán majos, ¿no? A ver si van a ser imbéciles integrales —me comenta Elena, que le están entrando los miedos de última hora ante lo desconocido.

—No creo, él tiene buen ojo escogiéndolos.

—¿Y tú cómo lo sabes? —pregunta toda inocente, sin percatarse de que me refería a ella.

Le pego un codazo flojito, le hago un gesto para evidenciarlo aún más y me río.

—OK, tienes razón, tiene muy buen ojo y va a haber temas de conversación interesantes con los demás.

—¡Que vienen los suecos! —bromeo yo alargando la segunda vocal de la palabra y entonando como uno de los grandes del cine español.

—¿Qué ha sido eso?

—Una imitación de José Luis López Vázquez —contesto mientras veo que no desaparece la confusión de su rostro, por lo que me siento obligada a añadir algo—: un actor de películas viejunas de estas que veían nuestros padres o incluso abuelos.

Mi aclaración no le disipa la duda y ahora me siento como si no fuera digna de pertenecer a mi generación. ¿Será esto una razón más para que los chicos se aburran de mí? Quizás estoy un poco obsesionada. Mis razones tengo con varias decenas de maletas a mis espaldas, y varias de ellas a las que no solo no tuve que dejar, sino que me abandonaron sin demostrarme previamente que fueran imbéciles, malas personas o que hubiera indicios de que lo nuestro no funcionaba. Debería haber llevado un diario con las anotaciones de qué cosas decía o hacía cada uno antes de romper conmigo, así Claudia podría haber hecho una base de datos con ellas. Quizás esa información sería útil para alguna otra chica, o podríamos crear una aún mayor con la participación de todas nuestras amigas y de las amigas de estas. Me pongo a pensar más y más en ello durante una parte del trayecto en que mi compañera y yo vamos en silencio.

Casi delante del portal, Elena sale corriendo porque Elvin está a punto de pasar a su interior. No sé si lo hace para que nos evitemos tocar el telefonillo si se cierra la puerta o porque, aunque ella lo niegue, siente algo por él. Están próximos en edad, es un chico muy divertido y tienen muchas cosas en común. Si les pusieramos un nombre compuesto de pareja como Brangelina, serían El-El, y ellos sí terminarían bien y no a ladrillazo limpio. Lo intuyo. Tengo olfato para los amoríos de los demás. Todo el que me falta para los míos.

Elvin sujeta la puerta con un pie, mientras ambos comienzan a hablar antes de subir. A mí justo en ese instante me suena el móvil al tiempo que mi amiga y su profesor se apartan para dejar salir a un chico rubio del portal. Cuelgo al ver que era un comercial que la tiene tomada conmigo y al que debería haber bloqueado hace semanas. Antes de guardar el teléfono, ese chico con el que me estaba cruzando me dice:

—*Caramelldansen*.

—Así es. Me encanta.

—Oh, a mí también. —Sonríe ampliamente al decirlo. Podría ser uno de esos modelos de dentaduras perfectas para promocionar una clínica.

En el piso, según entramos vemos que no hay ningún tipo de pasillo, sino que estamos en una zona amplia conformada por el salón y la cocina y que todo el mundo está ya ahí, o eso me parece, porque Elena me aseguró que no seríamos muchos, sino algo más como una reunioncilla para charlar, escuchar música a un volumen moderado y comer y beber lo que el cuerpo aguante. Esto último se lo han tomado en serio, porque ni siquiera he puesto bien los pies ahí y ya me ofrecen algo de picoteo. En una mesa larguísima hay varios platos con cosas. Entre ellos, tienen

una bandeja con unos mini perritos calientes que me resultan muy apetitosos. Además, Elena, en lo que me he estado fijando en esto, ya se ha enganchado a Elvin y yo no conozco a nadie, así que prefiero llenar el estómago primero y socializar después. Cuando voy por el tercero, un hombre con el pelo blanco, sin ni una arruga, me saca de mi empane de mirar a la nada mientras mastico casi por inercia. Esos perritos ni siquiera están tan buenos, pese a lo apetecibles que me habían resultado.

—Hola, ¿quieres un poco de *saft*? Lo he hecho yo mismo. —Me muestra un termo más grande que el bolsillo de Doraemon, por lo que supongo que podría caber un Ikea entero, y señala una torre de vasos de plástico junto a los perritos.

—No tengo ni idea de qué es. La que sabe cosas de la cultura sueca y estudia el idioma es mi amiga, pero eso no me va a frenar para probarlo y descubrir su sabor —contesto yo.

Agarro un vaso y lo alargo junto a él para que me lo rellene. Antes de que pueda darle las gracias, alguien detrás de mí se dirige al hombre de cabellos níveos.

—¿Ya estás intentando hacer que España entera caiga rendida a los efluvios de tu brebaje?

—Bien sabes que lo bueno se comparte.

—Ulf, eso es porque somos suecos atípicos, lo de la frialdad con la que se nos asocia suele acertar con nuestros camaradas y familiares en un porcentaje más alto que el Everest.

—Brindemos por ser diferentes, más cercanos y menos huraños —invita él.

—Brindemos —respondo yo alzando mi vaso lleno en señal de que ahora debemos beber.

—¡La del *Caramelldansen*! —exclama el hombre a mi derecha.

—La misma. Y me llamo Laia.

—Huele a *kärlek*^[2] —se excusa Ulf. No entiendo qué significa, pero quien se queda conmigo pone cara de sorprendido y le responde algo en sueco.

—Soy Gustav. Dime, ¿qué te gusta además de esa canción tan maravillosa?

«Tú», me gustaría decirle al deleitarme con lo guapísimo que es.

—Muchas cosas. Podemos empezar a hablar de ello, pero, si de verdad quieres saberlo, no va a llegarnos con solamente hoy —contesto haciéndome la interesante y demostrándole que no soy nada tímida y que me ha llamado la atención.

—No te preocupes, tenemos toda la eternidad por delante.

¿Pero este chico tan lanzado de dónde ha salido? ¿Y por qué he sentido un flechazo a primera vista? ¿Me han hechizado?

^[2] *Kärlek* significa amor.

Capítulo XVII

HÉCTOR

Estaba en medio de una clase cuando a través de mi ventana la he visto llorando. A ella, a la mujer de hierro. Sabía que no lo sería tanto, y mi corazón tampoco podía soportar percibir su desesperación. Sus gestos exagerados y sus lágrimas me han obligado a hacer algo. Me he ido en mitad de la clase, dejándolo todo a medias, con intención de subir hasta su azotea, como si fuera un héroe de película. Ni lo soy ni lo pretendo en sentido estricto. Tampoco ella es una princesa desvalida, solo una persona con alguna inquietud o problema del que me encantaría librarla, si me lo permite. Al revés, es decir, en mi caso, estaría más que dispuesto a aceptar ayuda externa. No tengo llaves ni idea de cómo entrar hasta ahí para abrazarla y ayudarla. Por suerte, mi madre libraba hoy, y en cuanto me ha visto alterado le he contado lo de la vecina y me ha pasado su teléfono móvil para que hiciera esa llamada necesaria para comunicar que aquí estamos para lo que necesite.

Su rostro, una vez en casa, con la clave de la red wifi y un lugar donde montarse un despacho exprés en medio del salón, mostraba auténtico agradecimiento, aunque de sus labios no salió palabra alguna al respecto. No la he molestado en todo el día, cada uno ha estado a lo suyo, salvo a la hora de comer, que hemos compartido una maravillosa pasta con tomate y chorizos cebolleros que sabía a gloria. Una de las muchas recetas de Hécuba con las que podría sembrar el conflicto, dar lugar a la paz mundial o incluso conquistar el universo si se lo propusiera.

Este pequeño favor nos ha acercado más. Ahora si nuestras miradas se cruzan en la distancia de nuestros pisos, me saluda e incluso me deleita con su sonrisa. Esto ha dado pie a que me sienta más creativo y a que piense en ella como si fuera la fuente de mi inspiración, mi musa, si se me permite utilizar ese término. He comenzado incluso un nuevo proyecto, el más personal e íntimo de mi carrera. Desde que me he puesto a ello, los días los he ocupado con eso y con los estudios. Aunque siempre encontrará cómo apretarme las tuercas con no demasiado tacto, el caso es que mi madre ya no puede recriminarme que pierda el tiempo porque ya he aprobado todas las asignaturas de la carrera y estoy acariciando mi título a falta de defender mi proyecto de fin de grado, para el que tengo una cita telemática el 8 de julio. Ya mismo, porque estamos a punto de que se levante el último estado de alarma, en tan solo tres días, el 21 de junio, fecha esperada con ganas por la mayoría.

Cuando la gente ya salía en tropel de vacaciones a otras comunidades autónomas, porque el fin del encierro obligatorio fue el pistoletazo a la huida de las residencias habituales y de realizar récords personales de permanencia en exteriores, yo tenía pensado seguir preparando mi defensa ante el tribunal y dibujar ese cómic en el que voy avanzando a buen ritmo y en el que estoy

dejándome el alma en cada página.

Mientras entinto una viñeta, me suena el teléfono. Hoy en día, como a la mayoría de los menores de cincuenta, se me hace muy extraño lo de las llamadas, sobre todo cuando no son apalabradas primero. Por un instante he creído que sería algún vendedor de esos que no se sabe muy bien de qué manera consiguieron tus datos, pero sospecho de mafias que trafican con ellos impunemente. Sin embargo, me sorprende al ver que es Lorena. Desde nuestro encierro apenas hemos chateado en el grupal en el que está ella y jamás hemos hablado a solas, por mucho que Román y Álvaro estén erre que erre con lo de emparejarnos.

—Adivina dónde estoy —me dice juguetona cuando descuelgo.

—Ni idea, ¿en Salamanca de vuelta por alguna cosa que te dejases en el piso?

—Frío, frío. En Madrid, tú seguías por allí, ¿no?

Cuando le digo que sí, me dice que le encantaría que quedemos, y cuando le pregunto dónde le va bien, me dice que se acerca donde sea. La sorpresa es mayor para los dos al decirle mi barrio. Ella desconocía que yo andaría por Lavapiés; yo, que de aquí eran sus abuelos y su madre, que esta se fue a Valladolid por amor y que el desamor la trajo de nuevo a la capital, a su viejo hogar, una vez firmados los papeles del divorcio. Por alguna razón, y probablemente el caso de mi madre tenga algo que ver, cada vez que se me habla de un divorcio me imagino a una mujer liberada y feliz dando saltos. Se me vienen a la cabeza unas instantáneas de Nicole Kidman. Por supuesto creo en el amor verdadero romántico en pareja, en que cada uno tiene a otro con quien encaja. Los divorcios solo demuestran que esa persona no era la adecuada y que aún ronda fuera, en algún lugar, esperando a que sea el momento oportuno para cruzarse en tu vida para cuidarte y brindarte aquello que solo ella puede.

Al final quedamos en el parque donde suelo sacar a Ascot. No por nada en especial, sino por decir un sitio tranquilo donde no estemos de pasmarotes en mitad de la calle. Imagino que estaremos un rato para ponernos al día sobre cosas de la uni, hablar sobre subir a recoger las cosas del piso, donde al menos yo ya sé que no seguiré el curso que viene. Lo cual es una alegría inmensa tanto para mí como para mi madre. La misma que un día pasó de apoyarme tanto en palabras como en acciones, a dejarse los mensajes de Mr. Wonderful en la picadora de carne y a darme mucha caña a ver si espabilaba. No era un método muy bueno, porque nos enfrentaba y me ocasionaba un estrés añadido innecesario, pero cualquiera le decía nada a quien podría vencer al mismísimo Heracles con las manos desnudas sin esfuerzo; incluso en los días malos.

En el portal veo a Claudia con un chico. Me pregunto quién será. Una parte de mí se preocupa por su identidad, por si fuera un novio o un candidato a serlo. Están hablando de un modo muy amistoso. Desconozco de qué. No es asunto mío. Le hago un gesto con la mano a modo de saludo, pero está tan centrada en su conversación que no me ve.

Cuando llego al parque, veo que Lorena se ha rizado el pelo, lo tiene por encima del cuello, se lo ha teñido de rubio platino y lleva un vestido rosa pálido con volantes y maquillaje a juego. Me llama la atención, porque ella era de camisetas largas, vaqueros, deportivas, cara lavada y pelo castaño despeinado y de cualquier manera, tanto que incluso se lo cortaba ella sola cuando le parecía. «Total, no se notan las imperfecciones así de largo», decía. Claro que se veían, pero eran parte de su encanto. Ahora parece una chica *pin-up* como de un anuncio de Coca-Cola de los que tenían a Marilyn Monroe como modelo con un diseño *vintage*.

—Estás muy...

—¿Guapa? —remata la frase que yo había dejado colgada y para la que se me ocurría la palabra «rara» junto con una retahíla de sinónimos. Al decirme eso, se abalanza a darme dos

besos y sonríe. Para ella no existen el virus ni el miedo.

Hablamos de estos últimos meses, de la universidad, de qué hemos estado haciendo. Cosas triviales, banales. Lo hacemos sentados en un banco. Yo estoy en la zona normal y ella en la parte del respaldo, en lo alto, con los pies pisando esa área donde otra persona se sentar  en otro momento. De pronto me sorprende con sus palabras.

—Tenía muchas ganas de verte, no podía quedarme sin decirte algo antes de que fuera demasiado tarde. Ahora que nos hemos graduado, o casi, no podía dejar pasar la oportunidad. Llevo años con nervios, queriendo que te fijaras en mí como lo hago yo en ti.

— Es esto una broma?  Ese par te ha dicho que sigas el juego que se traen contigo?  D nde est  la cámara oculta?

—Est s nervioso y lo entiendo. Más lo estoy yo. —Se baja a mi altura, me agarra de una mano y me suelto de ella.

—No, a ver, esto es extraño y precipitado. Creo que est s confundida.

—Me gustas. Siempre lo has hecho, Héctor.  No te habías dado cuenta?  No te gusto yo a ti ni siquiera un poco? Sal conmigo. Soy lo mejor que puede pasarte en la vida.

—No creo que sea lo más adecuado, no encajar amos.

—O s , t  qué sabes. Para eso se sale, para conocerse mejor, para saber cosas de otro que de otro modo no se sabrían. Seguramente tienes dudas y es legítimo.

—Lo siento... —contesto yo con timidez. No me esperaba una declaración por su parte. De repente me vienen a la cabeza las conversaciones con el par de melones que me lo venían diciendo. Antes de que pueda decirle algo más para que no se sienta mal por rechazarla, ella se me abalanza y me besa. Me quedo petrificado mientras me come los morros. No siento nada. Vale, siento su boca contra la mía, pero no emoción, placer, alegría ni comodidad. Más bien rechazo y angustia.

Me mira como diciendo: « Y bien?».

—No ha estado bien eso, Lorena. Podemos ser amigos, pero no puedes intentar forzar que me fije en ti de otros modos, compr ndelo.

No pretendía hacerle daño, pero creo que lo he hecho. Veo cómo se estremece, cómo comienza a llorar y se aparta de mi lado. Mientras se aleja, siento lástima por ella. Me lamento por no ser capaz de corresponderla. Mi corazón pertenece a otra persona que podría no fijarse nunca en mí, lo tengo asumido. Quizás otro día sea yo el que lllore, el culpable de provocar la mayor inundación en la tierra al regarla con la inmensidad de mis sentimientos resquebrajados como esas rocas que el mar consigue perforar.

Capítulo XVIII

CLAUDIA

A mediodía he hecho mi pausa habitual en el trabajo con vistas a sacar a Thor a dar una vuelta y comer algo antes de continuar con mi jornada. Esta vez la he adelantado con respecto a cuando suelo tenerla. Además, retomaré el trabajo algo más tarde porque mi hermano pequeño había quedado en acercarse sobre las doce y media. Tan puntual que me he asustado cuando ha sonado el portero automático de casa. Lo he invitado a subir, pero no ha querido.

Pasar un rato con él no me afecta en nada. Media hora arriba o media hora abajo no me supone mayor problema. Incluso un poco más lo tendría bajo control si no se convirtiera en una costumbre y fuera algo puntual. Ahora bien, si me hubiera dicho de comer con él y pasar la tarde juntos, me estaría trabajando hasta altas horas de la madrugada para llegar hasta el punto de que tenía previsto y planificado en mi agenda, de la que si me salgo es para adelantar algo los días que son fructíferos, pero jamás me quedo por detrás de lo que yo misma me he impuesto. Es así y ya ando agobiadísima pensando que mi carrera entera podría descalabrarse por aquello en lo que estoy. ¿Que me presiono? Sí, soy un peligro conmigo misma, pura autodestrucción si mis sueños laborales están en juego. A los que digan que envidian a los autónomos, que no hay nada como ser tu propio jefe y trabajar desde casa, les saco el dedo corazón extendido hasta el cielo. Entiendo que no desplazarse puede suponer una ventaja, pero no lo es que tengas que asumir los gastos de todo aquello que, por cuenta ajena, no recaería en ti, que te toque acondicionarte una zona para ello, privándote de que sea para otra cosa o que algunas personas te tomen por el pito del sereno. Sobre todo es que por norma general las pasamos canutas y trabajamos tanto o más que la mayoría de asalariados con una nómina fija cada mes. La incertidumbre y el esfuerzo titánico son el pan nuestro de cada día. Que nos lo digan a mis amigas y a mí. Chelsi está hasta arriba, tanto que aunque se ha levantado el estado de alarma y se permite viajar entre comunidades, no se ha ido zumbando todavía a Arizuela a estar con Max, quien la está esperando para que pasen unos días junto a su padre, que no dejaba de preguntar por ella, porque la adora y considera que ha ganado otra hija. Seguramente se pasen allí todo julio, antes de irse de vacaciones en agosto, el único mes en que se permiten «cerrar» su consulta, salvo por urgencias. Ese mismo mes suelo descansar también yo, excepto cuando tengo algo pendiente que entregar en septiembre u octubre y sé que si no dedico al menos un rato de vez en cuando, después volveré a estar desbordada una vez que las empresas habituales a las que doy asistencia vengan de golpe a aporrear en mi puerta y freírme el timbre con su insistencia.

Creía que iríamos de paseo juntos. Sin embargo, mi hermano se apalanca en el portal. Está apoyado con la espalda en la pared, de cara a la calle. Es su costumbre o su «deformación profesional», como la llama él. No entiendo por qué hace eso, ya que no trabaja de nada. Ojo,

porque tampoco es un nini, que él no ha dejado de estudiar. Ahora mismo está preparándose para ir vestido de uniforme azul oscuro y conducir un coche patrulla. Se obsesionó de pequeño con las voces que Michael Winslow ponía en *Loca academia de policía* y se le metió en el tarro que quería ser uno. No seré yo quien le insista en que no le pega por valores ni color de piel. Paso de que me repita que precisamente su héroe era negro, que Eddie Murphy en *Superdetective en Hollywood* también y que encima yo estoy llena de prejuicios y él será uno de los buenos, el mejor de todo el país.

—Desde que te mudaste nos tienes abandonaditos —me recrimina mi hermano.

—No es verdad. Es que estamos en medio de una pandemia, ¿sabes?

—Sí, y he tenido que cumplimentar el formulario A-38, porque hasta sin planes y con pánico colectivo es complicadísimo verte incluso por videollamada. ¡Si hasta me pones tiempo límite como si fuera el bizcocho de un horno!

—Pit, has salido muy quemado, muchacho —le digo en referencia al color de su piel. Pongo voz como de tipo duro al hacerlo.

—Das más miedo que risa cuando te pones en plan broma. Cómo se nota que no es lo tuyo. Mira, a mí con un ratito ya me recargas la batería, y entiendo que estés con mogollón de curro, porque no quieres perder oportunidades y tienes que crecer y sacar pasta para sobrevivir en este sistema capitalista. ¿Pero sabes una cosa? Te vendría bien descansar un poco, por tu salud y también por papá y mamá. Se mueren de ganas de verte.

Me siento un poco mal, tiene razón con que, para lo cerca que vivimos, llevo sin pasarme por ahí desde Navidades y esto del virus nos recluyó en marzo. Me siento algo avergonzada por el desapego que he despertado. Nunca fui de las niñas que tienen que sentirse respaldadas por su familia en todo momento, siempre he sido un poco rebelde y bastante reservada en casa en lo que respecta a ciertos temas que solo compartía con mi mejor amiga, Chelsi, y ahora también con Max. Por contra, a ellas no las mareaba en ocasiones con historias familiares, menos aún si eran sobre tíos o primos y toda esa fauna a la que tengo un menor aprecio, incluso nulo en según qué casos. En lugar de reconocérselo, contraataco. No sé por qué lo hago. Según lo hago me siento mal conmigo misma.

—Podrían venir ellos a verme, la distancia es la misma. Igual que tú has venido hoy o tantas otras veces.

—Claudia, sabes que les da reparo porque esta, además de ser tu casa, es de tus amigas y no quieren importunarlas. En cambio, allí tú no eres alguien de la calle ni ellos tienen a otros compañeros que no sean de la familia y que pudieran querer tener su privacidad o tranquilidad sin visitas no relacionadas a ellos.

Sé que tiene razón. Toda la del mundo. Sin embargo, vuelvo a saltar a la defensiva. Me imagino mirándome al espejo, como la imagen famosa que circula por internet, diciéndome a mí misma aquello de «¿Por qué eres así?».

—Mucho que no quieren molestarme, pero me pusieron un nombre que es para toda la vida sin consultarme si me parecía bien.

—Es lo habitual y no es para tanto. No suena a venganza ni es un insulto o una palabra horrenda. Está bien, si no, siempre podrías cambiártelo. No digo necesariamente en el registro, pero para tu entorno que a fin de cuentas es lo importante...

—Pit, que me llamo así por cierto actor belga que estaba de moda hace unas décadas y que pegaba unas patadas voladoras con las que se le marcaba el paquete.

—Ya, a mamá le encantaba. Pero mira el personaje aquel de *Sense8*: se hacía llamar

directamente Van Damme y lo llevaba con orgullo. Lo tuyo queda camuflado, no como lo mío, y está relacionado justamente con lo que dices que se le marcaba al intérprete.

—La verdad es que sí, porque vaya con mamá. Mira que llamarte Agapito por esa gran fascinación que no oculta en absoluto.

—Desde hace mogollón de años soy Pit.

—No sé si suena mejor.

—Claro que sí. Sin duda. Además, esto es parte de su encanto, ese sentido del humor que no has heredado, hermanita. O quizás lo tienes dormido y falta un detonante para que aflore.

—Sí, el amor verdadero, no te digo...

—Lo que sea, pero piensa en lo que te he dicho, y si de paso consigues ese amor, nos lo presentas.

Hablamos un poco más de cosas variadas y, después, frota la cabeza de mi perra a modo de despedida. A mí me muestra su dedo índice y el corazón tras pasárselos por la frente con un gesto que es muy característico de él y que a pesar de haberlo visto miles de veces no sé describir, pero me resulta natural y gracioso. Él se quedó con todas las virtudes sociales, con el encanto que me esquivó cuando nací.

Una vez solas, procedemos a pasear. Thor va tan feliz como siempre. Me pregunto si alguno de sus amigos se encontrará en el parque. Si serán de los pocos con los que aún le permiten jugar o si, por el contrario, me pedirán a toda prisa que no me acerque o, en caso de ir suelta, amarre a mi perra por miedo a contagiarse de este estúpido virus que nos está arrebatando todo, comenzando por las pequeñas alegrías y por lo dulce que se encontraba en esa rutina que teníamos siempre en el punto de mira y que ahora añoramos.

Una vez cruzada la vía que da acceso a ese lugar en el que mi pequeña peluda socializa y hace sus necesidades, me dispongo a que demos un pequeño paseo de exploración para valorar si le permito ir a sus anchas un rato mientras me siento en un banco cualquiera a empaparme bien de vitamina D.

A unos cuantos metros de nosotras, veo a Héctor. Está sentado en un banco, en compañía de una chica a la que no conozco. Están los dos de frente, con la cabeza girada hablando de lo que sea. No quiero parecer una cotilla y me incomoda que me vea mirándolos y piense que de verdad los estoy espiando; sin embargo, no puedo retirar mis ojos de ellos. Están muy animados, se nota que se conocen bastante bien y que hay una confianza que no existe aún entre nosotros. Poco a poco se ha ido fraguando y no podría estar más feliz por ello. Mi yo adolescente sale a relucir con él, para lo bueno y para lo malo. Debería haberlos ignorado, haberme marchado. Si desconoces cosas, puedes continuar con más calma, con menos dolor. No sabía que tenía novia ni que me sentiría como si un millón de agujas perforasen mi piel cuando me enterase. Jamás podré borrar de la retina la imagen de cómo sus labios besaban otros que no son los míos.

El mundo está lleno de tontos. Como yo, sin duda. Sí, esa soy yo por pillarme, por segunda vez de alguien que, al final, no me merecía.

Para pasar página, decido crearme finalmente la cuenta de Tinder. Subo una foto vieja en la que me veo bien. Hablo de mi pasión por la tecnología en la presentación, no solo porque es algo importante para mí, sino porque es un primer filtro de aquellos que consideran que lo de las máquinas es poco femenino. Y me dispongo a ir mirando otros perfiles a ver qué va sucediendo. Este es mi año para el amor. Lo intuyo.

Capítulo XIX

HÉCTOR

Me ha dejado con mal cuerpo que para Lorena solo fuera un posible interés romántico. Eso es justo lo que no tiene ella para mí: interés. Me lo habían advertido y no supe verlo. El amor será ciego; yo también lo era sin él. He caminado con una venda en los ojos y no podía percibir el brillo de los demás al mirarme, ni sentía nada especial por persona alguna. No me preocupaba por ello, siempre he pensado que, quizás, eso no estaba hecho para mí o lo entendía de un modo diferente a las masas. Esa tela, sin embargo, se ha desenrollado con la presencia de Claudia. Se ha hecho jirones con su sonrisa. El recurso más necesario para mi supervivencia podría no ser el agua. Con esta chica no puedo ser una momia, me gusta todo de ella.

El mal sabor de boca que me ha dejado ese beso que hubiera preferido no recibir y con el que mi reacción ha sido quedarme paralizado como una estatua, en lugar de hacer una cobra, me ha tenido pensando en lo feo que es que las amistades terminen así, cuando se buscan cosas distintas. No entiendo que haya un alejamiento por no recibir lo que esperabas, si la otra persona no te había enviado ningún tipo de señal para que pensases así. Me da la sensación de que no era amor, sino un capricho, de que vas con una máscara por conseguir algo y que en caso de no hacerlo, te apartas. Se suele decir que somos nosotros los que nos acercamos a las mujeres para eso, que las vemos como trozos de carne. Soy yo quien se siente así con ella. Si han rechazado mi amistad por no querer ser su novio, me quedo en el lugar de esa persona a la que se acercaban por interés, no porque le importase lo más mínimo. Perdón, pero no opino que ser amigos sea malo, para ser pareja también es necesario, más incluso. Eso de la *friendzone*^[3] no lo entiendo ni lo haré nunca.

Procedo a olvidarlo todo centrándome en aquello que me ha mantenido ocupado y feliz últimamente: dibujar ese cómic tan diferente a cualquier otra cosa que haya hecho nunca. Mi trabajo más personal e íntimo va cobrando una forma maravillosa. Todas mis fichas de apuesta están sobre su casilla, así que podría hundirme o recibir la mejor de las recompensas.

De vez en cuando miro por la ventana, pero no llego a verla. Imagino que he estado tan centrado que no habremos coincidido. Cuando hace su aparición para bailar, la saludo y ella a mí no. Insisto, por si no me ha visto. No hay respuesta. Pasan un par de días en que se repite y me extraña mucho. Habíamos acortado distancias, aunque lo achaco a que le habrá sucedido algo y no estará de humor para nada. Seguro que ni se percata de mi presencia y está con el piloto en modo automático para hacer sus bailes y tener ese rato de disfrute consigo misma. Esta idea se revienta contra el suelo y se hace un millón de pedazos cuando nos vemos en la calle, paseando a las perras, y me tuerce la cabeza con una mueca de rechazo después de que yo la salude bastante contento.

No la entiendo en absoluto. Hemos pasado de llevarnos mal a tener un pequeño acercamiento para que me ignore otra vez como si estuviéramos en el punto de partida. Solo que peor, porque tras haber visto su lado amable y bueno, ahora me hace daño su comportamiento. Creía que éramos amigos, pero resulta que es bipolar o una idiota caprichosa más veleta que los gallos de las azoteas. Para colmo, los vecinos de abajo tienen puesto el *Resistiré* a todo trapo y a mí me parece una coincidencia espantosa que esa palabra me martillee la cabeza en este preciso instante.

[3] Zona de amigos. Es un término que utilizan quienes tienen un interés romántico o sexual en una persona que no los ve del mismo modo y que les trata de un modo cordial, como a amigos.

Capítulo XX

CLAUDIA

He quedado en Plaza de España con un chico de Tinder con el que he estado hablando los últimos días. No es que haya sacado nada bueno de la aplicación jamás, pero la esperanza es lo último que se pierde. Aparte, o es una de las mejores campañas de *marketing* de la historia, o realmente mucha gente sí encuentra relaciones serias aquí, porque lo de los polvos sin compromiso sí que está tirado lograrlo incluso sin esto, que, en todo caso, lo facilita todavía más. Diversión sin ataduras es tendencia internacional y no esas cosas que destacan en Twitter de manera temporal.

Cuando llego, el chico con el que había quedado está ahí esperándome. Sé que es él porque, como me dijo, va con una camiseta de Naruto y unos pantalones vaqueros cortos amarillos justo por debajo de la rodilla. Me pregunto si considera que es de buen *ninja* ir con colores estridentes y si corre con los brazos estirados hacia atrás con el tronco inclinado hacia delante. Solo de imaginarlo tengo que reprimir la risa.

A mí me identifica por mi vestido plisado de cuadros magenta y blancos y el moño alto que me he hecho.

Nos saludamos con un par de besos y, sin mediar palabra, me arrastra con él a una cafetería cercana. Se muere de sed, dice.

Se sienta en la primera mesa que ve, esperando que haga lo mismo.

—Un tercio, sin vaso. De Mahou, ¿eh? Nada de cosas raras —exige al camarero en cuanto se acerca, sin saludarlo y mirándolo con desprecio.

—Hola, a mí me gustaría tomarme un café solo. Doble o triple. El más grande que tengas —solicito yo, que considero que merezco algo así tras la primera impresión con este tío que ya me está haciendo saltar varias alarmas, aunque espero equivocarme y que tan solo sea que la cita ha empezado con mal pie, pero resulte encantador.

En lo que nos traen las bebidas, habla él primero.

—Hace un buen día, ¿eh?

¿En serio vamos a hablar del tiempo?

—Sí, no está mal.

—Yo soy muy complaciente, ya lo verás. En nada me tienes ganado, no estés nerviosa.

—No lo estoy.

Se queda callado, imagino que pensando en algo. Antes de que ninguno reanude la conversación, aparece el camarero con la bandeja y un datáfono. Nos sirve, a él su tercio sin vaso y a mí un café humeante inmenso porque se me olvidó añadir que, con la temperatura actual, lo prefería con hielo, y ahora me sabe mal pedirlo.

—Disculpad, os tengo que cobrar ya la ronda, aquí funcionamos así.

—No hay problema —le respondo yo.

—Son 3,30 todo, por favor.

—No, no. Por separado, que no estoy yo para pagar las cosas de ninguna aprovechada.

Al escuchar eso, noto cómo me tiembla el labio, pero aguanto el tipo. Me daba igual que me invitasen o no, eso no significa nada, pero ese desprecio gratuito sí que me hace pensar que, una vez me tome mi café, me largaré de allí sin volver la vista atrás. Bloqueado de la aplicación y de la vida.

—No digo que tú seas una atrapafortunas, pero por si acaso te pensabas que soy de los que se lo pagan todo a sus ligues: aquí no es.

Me mantengo en silencio. Aun así, estoy convencida de que la información que no sale a través de mis labios a modo de palabras la expreso con mi cara.

Me quedo mirando mi café, que parece sacado del infierno, y asumo que tardaré un buen rato en podérmelo beber.

Es él quien vuelve a sacar conversación.

—Eres igualita a la fotografía de perfil —comenta cuando volvemos a quedarnos a solas.

—Ya, tú también. Es lo que tiene ir de cara y no colgar la primera que se encuentra una por internet, una grupal o la del primo de Cuenca. Lo habitual, vaya.

—Pues sí, más de lo que parece. Las tías sois unas traicioneras y unas mentirosas. Por eso pensaba que lo tuyo era maquillaje o un filtro de alguna aplicación de móvil.

—¿Qué es lo mío? ¿Mi belleza natural?

—Lo de que eres mulata, chata.

Me ha terminado de enervar. Los gilipollas cuando cogen carrerilla es que no tienen frenos y toca ser el muro contra el que se estampen o no se detendrán por sí mismos.

—Mira, lo de mulata no te lo paso.

—Es lo que eres.

—No. Nadie merece ser llamado de tal modo. Ese término nació de cuando los blancos, denominados caballos, se aprovechaban de sus esclavas negras, a las que llamaban burras. Y a los bebés que nacían de esas violaciones se los llamaba mulas. ¿A ti te parece algo bonito para llamárselo a alguien?

—Las palabras cambian, no seas tan tremenda, que a ver si va a ser que además de mulata también eres un poco burra, siguiendo tu explicación.

Me harta tanto que no lo soporto más. Tomo mi café hirviendo, se lo lanzo a la cara y me largo de ahí. Sus gritos histéricos son música para mis oídos.

Decido que, ya que tenía conversaciones de chat con otro chico, lo mejor que puedo hacer es ofrecerle una cita. Un clavo saca a otro clavo. O cómo intento olvidar a un gilipollas con, posiblemente, otro; así, en bucle. La historia de mi vida.

Ojalá me hablasen mujeres para algo serio y no solo las raritas que quieren darle como regalo un trío al depravado con el que están y que no las merece. Me noto terriblemente alterada y de un mal humor mayor al habitual.

Antes de guardar mi móvil, tengo respuesta del tío de Tinder:

«Hola, Claudia, nos podemos ver cuando quieras, yo ahora, como te dije, estoy de baja por una lesión, así que tengo disponibilidad total para pasear y charlar».

¿Es esto un eufemismo de cuántas ganas tiene de acostarse conmigo? Como soy yo quien le ha propuesto quedar y son algo más de las seis y media, le consulto qué tal le va en un par de horas

por el centro.

«¿Qué tal en Sol? Conozco una cafetería por Sevilla que está genial, aunque si tienes otro plan, dime», propone él.

Le confirmo que me parece bien y qué pintas voy a llevar. Le pido que me diga cómo irá él para reconocerlo.

A la hora acordada, nos encontramos.

Me saluda dándome la mano, tímidamente, y también me ofrece un libro sobre Ada Lovelace. Nada menos que la madre de la informática, la primera programadora. La pionera, por delante de los hombres. Ella consiguió que su nombre no se borrara.

—Me dijiste que te encantaban los ordenadores y que eras programadora, así que te he traído un detallito. No sé si lo tendrás ya, pero es que me he pasado antes por una librería y me ha parecido muy adecuado —explica él rascándose la nuca con una mano, mientras me ofrece ese obsequio con la otra.

Lo acepto. Eso sí, me siento encantada por un lado y abrumada por otro. Se lo hago saber.

—Gracias, seguro que me encanta. No esperaba nada, la gente con la que he interactuado toda mi vida no suele ser muy detallista y menos en primeras ocasiones, así que no esperaba nada por tu parte. Ahora me siento mal por no tener nada para ti. Si quieres te invito a unas tapas para cenar o algo —le ofrezco.

—No te preocupes, está bien así. No me debes nada —contesta él con una sonrisa.

La cafetería a la que vamos es muy bonita por dentro. Lástima que, por el tema del virus, tan solo se pueda consumir en el exterior y que haya varias restricciones más; aun así, nos sentamos tras esperar un par de minutos a que quede una mesa libre.

Nos tomamos unas patatas bravas con un par de cervezas y pasamos una buena velada. Insisto en pagar, diciéndole que ya él lo hará la siguiente vez, y me pregunta en el momento si podría ser mañana mismo. No veo razón para negarme, así que volvemos a quedar, sobre la misma hora, así por lo menos no tendré que quedarme sin bailar, como hoy.

Volvemos a la misma cafetería. Ayer prácticamente solo hablamos de mí, de la informática, de mi trabajo, de mis amigas. Hoy me ha estado contando algunas cosas de su familia y de cómo por su trabajo tan absorbente está sin amigos porque no tienen paciencia con sus turnos extraños y sus marrones de última hora cuando hay demasiadas reservas o algún evento. Es camarero en un local inmenso donde tienen contratado a mucho menos personal del requerido para la cantidad de trabajo que hay.

Lo he pasado bien con él. Seguiremos viéndonos y en contacto. No siento mariposillas, pero quizás es pronto porque, a fin de cuentas, nos estamos conociendo. Al menos, tengo un poco de ilusión con él. Simplemente con ser majo y no un idiota integral se ha ganado mi interés. Así de mal considero que está el mundo, cuando casi es un milagro dar con un chico agradable que no suelta una perla tras otra ni busca únicamente llevarte al catre.

Capítulo XXI

HÉCTOR

Por conveniencia, siempre he acostumbrado a ir al supermercado a comprar todo lo necesario. Recuerdo de pequeño ir al mercado con mi madre y a tiendas variadas del barrio en lugar de tirar de coger la mayor cantidad de cosas en un único lugar. ¿Cuándo ella misma dejó de hacer eso? Hace tanto que no sabría ubicarlo. Cuando comencé a hacer recados yo, sobre todo a encargarme de mi supervivencia en Salamanca sin que mamá me ayudase tanto debido a la distancia, ya lo de ir de comercio en comercio lo había desechado. Me he dado cuenta de que, quizás por salud, economía y apoyar a los vecinos, debería regresar a aquello de que el champú se compra en la droguería, el fiambre en la charcutería y la merluza en la pescadería. Las grandes superficies no lo van a notar, los demás sí. Esa es la idea que se me viene cuando desde la calle veo una frutería con un montón de género variado, con una pinta fresquísima y a unos precios imbatibles.

Cuando entro, una señora me saluda con una sonrisa amplísima: «¡¡Hola!! ¿Qué tal, guapo?». A ojo, debe de tener la edad aproximada de mi madre. Lleva un delantal con el nombre de la frutería y está tras un montón de fruta, porque es ella quien la sirve y no el cliente quien la escoge. No temo que me estafe y me dé las peores piezas, sino que pienso lo contrario: ella entiende más del tema y sabrá guiarme según mis necesidades. En breves me doy cuenta de que estaba en lo cierto. Cuando pido plátanos me consulta si son para comenzarlos a comer ya o en unos días. También me dice que si tengo manzanas o tengo pensado comprarlas, no los ponga juntos porque por los gases que sueltan se estropearán. Es así como me entero de que colocar correctamente la fruta tiene su complicación y que debe de haber pensado muy bien cómo poner la suya en la tienda para que aguante más tiempo en las condiciones óptimas.

Me quedo mirando unos melocotones diferentes que jamás había visto. «Melocotón blanco», reza el cartel. Pensaba que todos serían amarillos rojizos. La duda sobre si por dentro son blancos me asalta a la cabeza. Tienen una pinta espectacular.

—¿Quieres un par? —pregunta ella mientras me sirve medio kilo de pera ercolina en una bolsa de papel.

—¿Están ricos?

—A mí me encantan, pero desafortunadamente desconozco tus gustos. Sé que han salido buenísimos, pero...

—Es que nunca los he comido y para saber si me gustan debería probarlos.

—Bueno, no siempre es así, yo a simple vista sé bastante bien qué sí o qué no, pero te entiendo y es una característica que te hace muy atractivo. ¿Qué te parece si te regalo dos bien gordotes?

—Me sabe mal. Te los pagaré. Es lo justo.

—Quiero regalártelos. Acéptalos, es un obsequio de la casa.

—En serio, que no es necesario.

—Claro que sí, un cliente feliz es un cliente que vuelve, y nada me gustaría más que volver a ver tu cara bonita.

Tras su insistencia se los acepto, le pago el resto de la fruta y, mientras coge mi cambio, me quedo mirando una máquina de zumo natural de naranjas en la que no había reparado. «Otro día», me digo.

Según vuelvo a casa con mi bolsa de papel repleta de más bolsas individuales con todo bien organizado, pienso por un momento en que esa señora me ha parecido un poco extraña con su cercanía. No estoy acostumbrado a que utilicen apelativos cariñosos conmigo y menos aún los desconocidos.

Yo, un vago redomado comiendo fruta y más con todos esos bollitos de mi madre al alcance de la mano, me sorprende ahora tomando alguna que otra pieza triturada dentro de yogur o con una pequeña macedonia para picar mientras dibujo.

Mi madre está encantada no solo con el descubrimiento de este lugar a tiro de piedra, sino con que yo solito haya decidido introducir algo tan sano en nuestra dieta diaria, puesto que esta fruta no tiene nada que ver con la que comprábamos antes de cuando en cuando y que solíamos ignorar hasta que no quedaba otra que tomarla por no tirarla. No tardo en aparecer de nuevo por la frutería, esta vez ya sabiendo a qué ritmo desaparece todo cuando nos gusta de verdad, por lo que quiero comprar bastantes cosas para ahorrar viajes a la tienda.

—Hola, pero si eres tú de nuevo, ¿cómo te llamabas? Que lo he olvidado —saluda la mujer de la otra vez. No recuerdo que le dijera mi nombre, pero lo hago esta vez.

—Héctor.

—Ay, sí, eso era, monada. ¿Te gustaron los melocotones blancos?

—Sí, y todo lo demás también, por eso ando aquí de nuevo.

—Genial, dicen que la forma más efectiva de conquistar a un hombre es a través del estómago y parece que voy por buen camino.

—Ehm, sí —contesto contrariado al no entender nada ese comentario. Después ya procedo a hacer mi pedido y esa vez no solo pruebo un zumo en el instante, sino que me llevo un montón de naranjas a casa para hacerlos yo de vez en cuando.

Es curioso lo feliz que me está haciendo la frutera desde que la conozco.

Capítulo XXII

LAIA

—Chicas, hoy tengo una cita con Gustav y estoy emocionadísima —les comunico a mis amigas, quienes están en el salón viendo *Élite*, que es un poco como su placer culpable, porque no dejan de criticar lo mala que les parece y lo poco creíble que les resulta todo en esa historia de adolescentes ricachones psicópatas y ninfómanos, pero al mismo tiempo no pierden comba.

—Siempre lo estás cuando conoces a alguien nuevo —responde Elena.

—No lo entendéis, estoy ilusionada de veras. Con él es distinto.

—Justo, lo que yo decía —dice con retintín Elena de nuevo, mientras Sara se ríe. Están especialmente cómodas con su serie fetiche ahora que el cafre del novio de Sara sigue dormido. Al menos yo lo interpreto así, como que la verdadera felicidad solo se da cuando no está en casa con nosotras o cuando duerme, que, por fortuna, es una cosa que hace bastante, porque su segundo apellido es Lirón. No literalmente, aunque bien podría.

Las citas con Gustav han sido escasas y breves, o es que estos tiempos pandémicos hacen que se me pase el tiempo volado con los paseos y las bebidas en las terracitas. También me da la sensación de que, más que de nosotros, hemos estado hablando de los respectivos amigos por los que nos hemos conocido. A él también le gustaría que fueran pareja, así que nos ponemos a planear cómo lograrlo. Tan centrados estábamos con eso, que considero que incluso nos olvidábamos de nosotros mismos, de que quizás podría fraguarse algo. Quizás me equivoque y eso sea, precisamente, lo que nos ha unido más; la razón por la que hoy vayamos a tomarnos nuestro primer *brunch*.

—¿Estamos aquí por algo en especial? —me consulta él cuando, tras saludarnos y caminar unos metros, nos sentamos en la cafetería que yo había decidido de antemano.

—Tienen buena comida y además sirven el *brunch*, que aunque vaya siendo más habitual, no es que esté todavía tan extendido como los restaurantes de pokes.

—Ya, si me parece bien, lo decía más por los bollitos de canela.

—¿No te gustan?

—Al contrario, me encantan, pero me resulta extraño encontrarlos y, al verlos en la carta, he pensado que habríamos venido por ellos.

—Ya, no es tan común ver cosas danesas por aquí.

—¿Danesas? —pregunta con un tono de crispación—. Pero si es sueco, amiga —me aclara.

—Ostras, perdona, creía que eran daneses, como los dálmatas. Ya sabes, los perros.

—Esos son croatas, por Dalmacia.

Me muero de la vergüenza. Aprieto los labios y alzo las cejas inhalando aire fuerte por los nervios de mi doble metedura de pata.

—No pasa nada, ya has aprendido dos cosas nuevas hoy, así que podrás dormir el doble de bien, por aquel refrán vuestro de «Nunca te acostarás...».

—Alucino con tu dominio del español. Es que quitando el acento que tienes, ese deje tan curioso y encantador, pareces nativo.

—Gracias, mi trabajo me ha costado. Elvin y yo somos amigos de la infancia y siempre hemos amado este país, así que nos pusimos a estudiarlo en serio con catorce años, y todo porque no conseguimos convencer a nuestros padres para hacerlo antes ni allí sobran las escuelas de este idioma tan bonito.

—Pues qué tiempo más aprovechado, a mí con el inglés no me cundió tanto.

—Seguramente porque tú no estabas tan ilusionada, sino que era lo que te tocaba.

—Tienes toda la razón, pero, ¡guau!, alucino de verdad con tu destreza, aunque no te lo haya dicho hasta hoy.

—No he dejado de usarlo ni un solo día desde que comencé a estudiarlo. Cuando ya teníamos cierto nivel, Elvin y yo a veces nos hablábamos en español en público para cotillear de cosas que no quisiéramos que entendieran los demás, un poco como un juego, más que por privacidad o que nos diera palo que se enterasen de nuestra vida.

—Qué curioso —respondo antes de sentirme apurada y añadir algo más—. Ay, perdona, estarás cansado de contar cosas sobre cómo aprendiste el idioma y todo eso.

—Qué va, la gente suele callarse esas cosas o mencionarlas con tonos que me dejan claro que no es una curiosidad genuina, sino más bien incredulidad, como de que tengo mil errores y ellos estaban siendo demasiado agradables por obviarlos. O simplemente dicen cosas como «Ah, un extranjero no latino que habla nuestro idioma, ya era hora, porque todos siempre con el “guchuguchu”».

—¿Tanto racismo has visto en este país?

—¿Tú eres feminista?

—Por supuesto.

—Entonces sabrás que todos, por culpa de la sociedad, somos machistas. Lo tenemos asimilado y nos toca deconstruirnos por un futuro mejor. —Asiento y continúa hablando—. Lo mismo creo que sucede con el desprecio a los forasteros. No creo que en la mayoría de casos sea con maldad, sino con desconocimiento. La educación es vital en esta lucha.

—¿Y cómo es que te viniste a España? Perdona si te hago muchas preguntas —le digo sin añadir, por los pelos, que estoy nerviosa y que es muy guapo.

—No te preocupes, no me molesta. Quería decírtelo antes ya, pero es que me voy por los cerros de Úbeda —comenta haciendo alarde una vez más de que su dominio del español no tiene parangón—, que tengo un don para notar cuándo te hablan porque estén interesados de verdad. Sé que lo tuyo es curiosidad genuina, que quieres saber de mí, y yo también quiero saber de ti.

—Gracias —respondo con timidez.

—Respondiendo a tu pregunta, tanto Elvin como yo decidimos venirnos a la aventura, con unos pocos ahorros y con muchas ganas de comernos el mundo. No teníamos trabajo, ni un visado más allá del normal de turista, así que fue nuestro mayor salto de fe. ¿Y sabes qué? Salió tremendamente bien.

—Me alegro muchísimo. No solo porque es genial que a la gente en condiciones le sucedan cosas buenas, sino porque... —hago una pausa para hacerle un inciso—, bueno, esto va a sonar muy egoísta, pero es porque sin eso no te habría conocido.

—También yo estoy muy contento de que hayas entrado en mi vida y no me gustaría que

salieras de ella.

Estoy en una nube y siento que, bajo ella, no está el duro suelo, sino un colchón mullido de Ikea.

Capítulo XXIII

CLAUDIA

Al soltar a Thor en casa, me dispongo a ir a mi habitación para enredar un rato en internet. Cuando paso por delante de Chelsi la oigo decir:

—Mírala, ya está aquí.

Está hablando con Max, que está muy risueña y preciosa. Veo que se ha vuelto a cortar el pelo y tiene ese rapadito por detrás que tanto le gusta acariciar a su mujer. También se ha puesto unas mechas como de color berenjena que le quedan genial. Saludo desganada, y mi amiga, pese la distancia, detecta que no estoy muy animada, porque me pregunta por ello.

—Mal de amores con Aquiles —aclara Chelsi.

—Pero que se llama Héctor y no tenemos nada.

—Mírala qué pronto salta a corregir el nombre. Está pilladísima, para ella, él es una croqueta —recalca mi amiga.

—Nada menos que la maravillosa comida que arrasa por donde va y no deja a nadie indiferente. Bueno, pues si no tenéis nada aún, tendrás que lanzarte, digo yo —suelta Max entre risas.

—Y dale. Vaya dos. Que la croqueta esa de la que habláis escondía un puñetero ladrillo dentro. Resulta que no tenemos ni vamos a tener historia alguna porque tiene novia, y a mí eso de meterme en medio o del poliamor no me va.

—¿Te lo ha dicho él? ¿Ya habéis hablado de esos temas? En ese caso sí que lo siento y no haré más bromas —me dice muy sentida Chelsi.

—No me ha dicho nada. Ni falta que hace. Lo he visto besándose con una tía.

No sé por qué no añado que además yo estoy viéndome con otro.

—¿Lo has visto seguro? Porque sin gafas no ves ni torta y con ellas tampoco es que seas muy de fiar, que siempre las llevas sucias. Bueno, y menos que verás ahora que las tienes empañadas siempre con la mascarilla cuando no la llevas colgando de la barbilla o del codo —replica quien segundos antes aseguraba que no se burlaría más de mí.

—Sí, ves menos que Pepe Leches. Estás hecha toda una Rompetechos. No hay anécdotas ni nada contigo —vocaliza Max desde el otro lado de la pantalla partiéndose de risa.

—Muy chistosas os veo, y gracia ninguna. Os estáis pasando.

Se disculpan, porque notan que estoy afectada de verdad, y después hablan de cómo mañana se verán en persona. Ya ha llegado el día en que la compañera que quedaba conmigo en el piso se marcha al pueblo junto a los brazos de su amada. Cómo las envidio. Ojalá algo similar para mí. Pienso irremediabilmente en Héctor. Cada vez creo más que mi hilo rojo no está atado a ninguna parte más allá de mi dedo o que se ha desatado de donde le correspondiera. Vine

defectuosa, como con lo del pan bajo el brazo, que no traje nada. Estaré en soledad toda la vida. Así no comparto la cama y duermo con más espacio, como aspecto positivo. Luego veo la carita de Thor que siempre duerme conmigo y se estira tanto como puede en ella, por lo que hasta eso es mentira.

A la mañana siguiente bien temprano, antes de que baje a correr y de paseo con la perrita, Chelsi viene a despedirse de mí. Ha cogido billete para el primer tren y quiere ir con tiempo. Noto que está nerviosa y emocionada por ese reencuentro. Le doy un abrazo y ella a mí me corresponde con un capón cariñoso en la cabeza.

—No la lías esta vez, que parece que no, pero eres muy dependiente y un desastrito.

—¿Qué? Eso no es cierto.

—Ni siquiera miras la fecha de caducidad de las cosas, se te caen los platos como si jugases a tirarlos para que los cogiera Thor como si fueran un *frisbee*, se te olvida todo lo que no tenga que ver con el trabajo si no te andan encima y sueles tener accidentes estúpidos e inexplicables. ¿Quieres que siga?

—Eres una exagerada. Estaré bien y no va a pasar nada. —Evito decirle que no lie ninguna cuando ella se fue con su abuela, porque podría sacarme en cara tantas otras veces en que, tal como ha señalado, tuve problemas, de una forma u otra...

—Bueno, porque no quiero tener que estar viniendo a la carrera desde el pueblo por alguna de las tuyas. Nada de jaleos raros, ¿eh?

—Sí, mamá —respondo con sorna.

Retomé el entrenamiento desde el primer día en que permitieron salir a la calle a pasear y realizar actividades al aire libre mediante horarios dependiendo del grupo de edad al que pertenece cada cual. Por eso, ahora que no existe restricción alguna, ya he recuperado buena parte de mi forma, si es que perdí algo al machacarme con los bailes, que son un ejercicio muy completo y que adoro. Las aplicaciones y webs para realizar seguimientos exhaustivos unidos al teléfono o a relojes deportivos son uno de los mejores inventos, aunque aún considero que podrían implementarse más gráficos y detalles para los suscriptores del servicio *prémium*. Quizás en el futuro, si me veo más desahogada de trabajo con clientes, me ponga a programar algo por mi cuenta para vendérselo a quien sea o montarme una nueva iniciativa. De nombres solo se me ocurren cosas como «runrun», «fastfalto» o «Claurrer», pero no me terminan de convencer. Quizás debería darle una vuelta.

Los poco más de cinco kilómetros que recorro en ese circuito que un día me inventé y del que no ha habido variaciones me sirven como canalizador de mi cúmulo de emociones dañinas. Al estrés y ansiedad del trabajo se juntó la rabia por ver aquel beso que no me saco de la cabeza. No lo soñé, ocurrió, y solo mis zancadas y mis movimientos de baile me permiten sobrellevarlo sin romper a llorar. Tenemos ya el puñetero virus, no quiero que me culpen de una inundación sin precedentes, que rieta tú del diluvio universal.

Cuando subo a casa, Chelsi ya no se encuentra en su interior. Me quito la ropa de correr, me pego una ducha rápida, me pongo guapa para estar contenta conmigo misma por mucha mascarilla que me tape media cara y llamo a Thor para su salida matutina. En el parque, pegamos un buen paseo para que mi amiga peluda estire bien las patas y ambas disfrutemos de ese día soleado a esas horas de la mañana en que todavía no hay apenas gente saliendo a pasear, sino más bien hasta el trabajo aquellos que tienen que hacerlo de manera presencial y que acuden bien

pronto para ganarse el sustento.

En el portal me doy cuenta de que me he dejado las llaves en la riñonera que utilizo cuando salgo a correr, así como mi documentación. Lo único que tengo conmigo, además de a mi perra unida a la correa que cuelga de mi mano izquierda, es mi teléfono móvil. No me puedo creer que me pase esto justo el día en que Chelsi se ha marchado por una buena temporada y que se encontrará a varios kilómetros de la ciudad para reunirse con su amada tras meses separadas.

Me agobia la situación y vienen a mí un montón de pensamientos. Llamarla para comunicarle mi extrema torpeza queda descartado de momento. Tampoco quiero telefonear a un cerrajero, porque luego ella y Max no tendrían las llaves nuevas y, por tanto, estarían sin la manera de entrar en caso de que coincidiera que yo no estuviera a la vuelta. Lo único que se me ocurre es llamar a algún vecino y colarme desde su terraza a la nuestra, que tenemos la puerta abierta — como cada mañana— para que se ventile el piso. Así podría abrir desde dentro y dejar pasar a Thor. Con ese plan, no tendría que reconocer mi error de ninguna manera, no lo sabrían a no ser que el vecino de al lado se fuera de la lengua. El problema es que si me falla el pie para saltar de su cornisa a la mía o de su tejado al mío, seré yo quien no lo cuente. Me lo pensaré.

Como es demasiado pronto para andar llamando a nadie, me siento en el suelo. Estoy procurando dar con otra solución mientras veo que Thor se tumba junto a mí como si nada. Ojalá ser una perra y no tener preocupaciones. Menuda envidia me da.

Alguien se queda parado de repente frente a nosotras. Siento su presencia, aunque ni siquiera miro. Estoy demasiado concentrada buscando la manera de entrar a casa de vuelta.

—¿Qué hacéis ahí las dos? ¿Una *performance*? —me pregunta una voz masculina que me suena familiar, aunque no logro ubicar.

—No, que no tengo llave y no podemos entrar en casa —respondo sin pensar, con la vista fijada en mi teléfono.

—¿Y va a tardar en volver tu amiga? Si quieres puedes venirte a mi casa mientras.

En ese momento miro quién me está hablando con tal cordialidad y descubro que el ofrecimiento viene por parte de Héctor. Antes incluso de sacarlo de su equívoco, Thor y yo lo seguimos. No se me ocurre un plan mejor que resguardarme con él para evitar la cólera de Chelsi. Quizás así pueda tantear cómo es su vida sentimental y si esta pende de un hilo. Me siento como un depredador vigilando a su presa: agazapada tras unos arbustos esperando el momento oportuno para atacar.

Capítulo XXIV

HÉCTOR

Cuando he visto a Claudia en la calle pegada a su portal con Thor me he dado cuenta al instante de que era algo inusual. He pensado en bromear diciéndole que para que le echasen monedas le vendría bien tener un vaso y unos cartones con cualquier cosa escrita. Incluso lo del vino puede funcionar, porque saca el lado gracioso de los transeúntes. Sin embargo, como ya sé qué mal humor tiene ella en concreto y lo fácil que es desatar su vena irascible, me he frenado bastante.

Debo decir que creía que había quedado con alguien y que estaba esperando a que llegara, no que la muy despistada se hubiera dejado las llaves justo cuando no había nadie en ese piso que comparte con un par de amigas. Lo menos que podía hacer era ofrecerle mi techo. Dudo que a mi madre le moleste que haya tomado esta decisión sin preguntar, pero voy a llamarla para que esté informada al respecto.

—Mamá, me he encontrado a Claudia en la calle sin llaves y le he dicho que se venga a casa. No te importa, ¿no?

—¿Qué Claudia?

—La vecina, ya sabes... Tu amiga.

No me incluyo como amigo suyo por dos motivos. El primero es que creo que a ella le parecerá mejor que se la describa de este modo, y el segundo es que Claudia está escuchando y no tengo muy claro que me considere su amigo con esa manera suya de comportarse conmigo, que parece que dependa de por dónde sople el aire.

—Muy bien hecho, hijo. Me alegro de que hayas estado rápido ahí invitándola a casa. Es muy buena chica como para que se quede tirada de cualquier manera. Dile que no se preocupe, que yo me encargo de su problema.

Apenas nos da tiempo a compartir tiempo juntos. Al poco de que ella se siente en el sofá de casa y se ponga a jugar con las perritas para despistarse, y quizás para ignorarme —no lo descarto—, se abre la puerta. Es mi madre.

No llega sola, lo hace con un hombre que no me suena de nada. Pide a Claudia que los acompañe. Resulta ser el marido de una cliente suya que es cerrajero y viene a hacerle el favor. Me hubiera gustado que se demorara algo más.

En fin, bien está lo que bien acaba.

Capítulo XXV

CLAUDIA

En el descansillo, el hombre que ha llevado Hécuba consigo ha hecho su magia en un periquete. Me ha parecido tan rápido y alucinante que no he podido mantenerme callada.

—¿En serio ya está? ¿Eso es todo? ¿Tan fácil es abrirle la puerta a alguien sin necesidad de llave ni romper la cerradura?

—Bueno, no cualquiera puede hacerlo, y quienes sabemos cómo no vamos abriendo puertas ajenas sin permiso. Eso es un delito grave. Aunque no lo fuera, existe la ética, chiquilla. Para este oficio, hay que tenerla. Lo ideal sería que todo el mundo tuviera sus principios. Incluso sin estos, creo que ante un caso de hurto en un domicilio sin forzarlo todo el mundo sospecharía de nosotros una vez excluidos quienes tuvieran llave. De hecho, no solemos abrir como lo he hecho yo y siempre rompemos la cerradura vieja y la cambiamos por una nueva, pero he hecho una excepción al ser tú amiga de esta fuera de serie que hace siempre mucho más de lo que debería por trabajo y que ha ayudado a mi santa tantas veces sin tener por qué.

Noto ahí unas notas de paternalismo y un tufillo a Farias que no me gustan, pero no estoy yo para sermonear a alguien que acaba de salvarme la vida y que seguramente habla así sin ningún tipo de maldad. Aun así me parece que me ha metido un rollo tremendo y la cabeza comienza a echarme humo como si tuviera una chimenea dentro. Fumo, pero no tanto. Thor, además, no me ayuda a relajarme. Está tirando fuerte de la correa para meterse dentro de casa y me está haciendo daño en el brazo. Agradezco al hombre su labor, le pregunto cuánto es y me indica una cantidad que le prometo pagar en cuanto baje de casa una vez soltada la perra dentro.

—Te espero. No salgas sin llaves, a ver si te vas a quedar encerrada en la calle —me contesta bromista. Sé que no es su intención, pero me incomoda bastante. Me sucede siempre cuando un desconocido me toma el pelo. No sé si se activa un mecanismo de autodefensa frente a gilipollas que utilizan el humor (o lo que denominan como tal) para lanzarte la caña o soltarte improperios.

De vuelta en casa, con ganas de retomar mi vida tras ese estresante episodio, no tardo en darme cuenta de que quizás hubiera sido mejor no levantarme hoy de la cama.

Esto no puede estar pasándome a mí, ¿acaso me ha mirado un tuerto?

Por más que intento conectarme a internet desde el ordenador, no hay manera, y tengo ese encargo que creía que me estaba consumiendo la vida. Ahora sí que lo va a hacer como no arranque esto. Miro el *router*, las luces no están encendidas. Venga, ¿pero qué pasa hoy? ¿Es que la tecnología me odia? Con lo que yo la quiero. Además, ¿cómo puede irse el internet siempre cuando Chelsi falta en casa? Está claro que la gafe soy yo.

Le doy al botón de reiniciar el aparato. Sin cambios. Desenchufo, espero unos segundos y vuelvo a enchufar. Canto de grillos.

No me queda otra que llamar a la compañía. La última vez me salió regular.

Cuando me lo cogen doy todos los datos, haciéndome pasar por mi compañera de piso. No tardan en decirme que han tramitado una baja a nombre de María Isabel López Rodríguez, les digo que muy bien, pero que será otra porque aquí nadie en casa quería borrarse, que nos lo habríamos dicho y que las cosas no se hacen así. Me dice que es lo que le consta, y por más que discuto con ella para que cancele dicha baja y me reactive la conexión esto es como hablarle a una pared. Se ve que me ha tocado con la testaruda que no escucha, que simplemente te repite las instrucciones de una ficha modelo con respuestas predefinidas. Insisto en que se trata de un error, que será de otra clienta con el mismo nombre (con el del DNI, no con el verdadero, aunque es el que toman ellos en cuenta), y ella solo me repite: «Baja solicitada por María Isabel López Rodríguez, si quiere dar de alta sería comenzar un nuevo contrato, pero primero tiene que devolvernos el equipo y después ya podría usted solicitar un servicio y se le enviaría un técnico a casa en un plazo de diez días para que le haga una instalación y pueda disfrutar del plan contratado». Me lo dice con una voz mecánica y aburrida y me dan ganas de introducirme por la línea telefónica, salir por su aparato y reventarle el teléfono en la cabeza hasta que se calle. Seguro que cualquier otro operador puede atenderme y arreglarme este malentendido. Le pido que me pase con un compañero, me indica que eso no es posible. Insisto y me cuelga. Seguro que si ahora llamo me lo cogerá otra persona, a fin de cuentas es una compañía enorme con cientos de teleoperadores que siempre tienen los teléfonos echando humo. Vale, me equivocaba y me lo vuelve a coger la misma señora, que por supuesto me repite cómo proceder, según ella. Vaya, que no se baja de la burra, que no quiere comprender que no he pedido ninguna baja y que necesito internet ya. Le pido que busque en su base de datos, que seguro que hay otra mujer con el mismo nombre y apellidos y que seguro que se les ha traspapelado y que mi DNI (el de Chelsi, en verdad) se corresponde con el de una persona que quiere mantener el contrato con ellos —al menos hasta que haya un plan B y no nos quedemos tiradas, porque mi conversación con esta señora me está crispando tanto que empiezo a valorar que nos cambiemos a otra compañía en cualquier momento—.

—Los datos de otros clientes son información confidencial. Envíe su equipo y, si necesita realizar algún trámite, no dude en contactarnos de nuevo —dice antes de volverme a colgar.

Ya volveré a insistir. Además, tengo que llamar a Chelsi para ponerla al día. Seguramente también se haya dado cuenta ella de que no tiene conexión en el móvil, a no ser que haya estado durmiendo y despistada todo el tiempo, cosa que me extraña, porque lo suyo es que fuera mandándole mensajitos a Max en el tren como el par de enamoradas pegajosas que son.

Empiezo a sentir vértigo, creo que podría venirme un ataque de ansiedad en cualquier momento. En medio de la desesperación, me percató de que he de pedir ayuda. Necesito trabajar, no puedo quedarme de brazos cruzados, y creo que las bibliotecas públicas todavía tienen sus limitaciones por el maldito virus del demonio. Además, si me surge alguna llamada o algo, tendré que contestar y allí lo de hablar como que no. Intento respirar y pensar qué hacer. Por motivos de movilidad, descarto llamar a mi familia como primera opción. Quizás esté abusando de la confianza de los vecinos, pero es a ellos a quienes acudo una vez más, después de que aquel a quien quiero ver y preguntar tantas cosas me haya vuelto a tender la mano sin dudarlo. Estos sentimientos contradictorios me gustaría aclararlos. Sobre todo porque necesito saber qué significa para él esa chica con la que se estaba besando. Espero saber gestionar todo correctamente y no parecer una vez más ese ogro que aflora sin control y que yo misma odio.

Capítulo XXVI

HÉCUBA

Al poco de que Claudia se mudara a Lavapiés ya habíamos coincidido las suficientes veces fuera como para entablar conversación. Me resultó curioso que ambas terminásemos en el barrio de rebote. Que ella tuviera una perrita preciosa además me animó a mí a hacerme también con una cachorrita a la que cuidar para sentirme menos sola. Eso nos unió más, porque al sacarlas sobre las mismas horas al parque, nos veíamos con más asiduidad, y después llegaron las meriendas compartidas algún que otro día en mi casa, donde, por mi trabajo, no faltan los bollos. De hecho, tengo tantos que suelo regalarle bastantes cada poco para que ella y sus compañeras de piso no tengan que gastarse dinero en *snacks* nada saludables, pero que endulzan la vida y hacen que todo sea un poco más llevadero.

Tengo varias amigas, entre las que está precisamente esta chica tan responsable. Claudia es, por supuesto, la más joven de mi círculo de amistades. Es casi del tiempo de mi hijo, por lo que he descubierto, gracias a ella, que no existe una edad para confiar y tener aprecio por alguien, siempre que se trate de una persona afín y con la cabeza centrada.

Cuanto más la fui conociendo, más pensaba en que tendría que presentársela a Héctor. Quería buscar la manera de que tuvieran una cita y que congeniaran. No sabía cómo hacerlo, pero en algún momento me percaté de que la consideraba la nuera perfecta. De vez en cuando, le vendía a mi niño (tenga la edad que tenga, siempre será mi niño) como una persona maravillosa. Que lo es, ojo, pero suelo ser muy estricta con él y, sin embargo, a ella solo le contaba sus bondades.

El motivo de mi dureza con Héctor es porque lo quiero y prefiero ser yo quien le dé caña cuando lo vea perdido o confuso a dejar que se hunda y que encima, quizás, otros se aprovechen de él o lo pisoteen. Es un chico muy sensible y sé cómo y cuándo apretarle las tuercas. También le digo cosas buenas cuando corresponde, para compensar. Es cierto que últimamente quizás esas últimas me costaban más, pero porque la vida es tan complicada ahí fuera que he creído pertinente recordarle que estudie tanto como pueda y que se esfuerce por conseguir aquello que anhela desde pequeño: ser un gran dibujante reconocido. Sé que es una profesión unida a la precariedad, pero lo ayudaré en todo lo que necesite. Incluso lo animaré para que, si se busca un empleo no relacionado con eso para ir teniendo ingresos (algo más que habitual entre los artistas de toda índole), no abandone su sueño y continúe esforzándose por conseguirlo.

Lo he amenazado en no pocas ocasiones con irse a Mercamadrid a doblar el lomo, es cierto. Pero no iba en serio. Era el recurso fácil para hacerle ver que, a malas, siempre le quedará eso si no se esfuerza y que, de hecho, si remolonea será un futuro más factible que cualquier otro. Soy un poco un fantasma puñetero que te recuerda que, si quieres algo, tienes que ser constante. Me sale esa vena porque lo lógico es que yo no esté ahí durante toda su vida para ayudarlo. Ahora

bien, durante el tiempo que sí forme parte del mundo de los vivos y pueda apoyarlo, no le faltará jamás un plato de comida y cobijo.

Puede que no sea la madre perfecta. A mí no me dieron ningún manual al tenerlo. Al contrario, tuve muchos problemas, casi todos ligados no a él, ni a mí, sino a mi ex. Por fortuna él ya está lejos y no volverá a molestar más.

Quizás, lo que pueda ser es una suegra buena, abierta y que se lleva genial con la persona que Héctor decida tener a su lado. Es posible que parte de la culpa de la pasión de mi hijo por los cómics sea mía. De pequeña leía *La tía Tula*, un tebeo sobre una mujer que tenía al pobre de su yerno molido a palos. Siempre había pensado que, cuando llegara el momento, trataría de ser lo opuesto de esa señora. Ahora estoy bastante tranquila, porque quería mover ficha para que el encuentro entre mi posible nuera elegida se diera, y es por eso que le encomendé como labor que fuera él quien sacase a Ascot. De ese modo, tendrían que cruzarse, y confiaba en que no tardarían en hablar al acercarse las cánidas a jugar entre ellas. Es increíble cómo la pandemia, pese a ser horrible por todo lo que acarrea consigo (una crisis inmensa sanitaria en la que hay sufrimiento, secuelas y hasta muerte), a otros los beneficia. Por ejemplo, ha ayudado mucho a que ella y mi retoño se hayan encontrado mientras me he mantenido en segundo plano, al tanto de todo. No he necesitado tirar de artimañas celestinescas todavía, más allá de usar a Ascot, porque me ha bastado con ver cómo se miran, y además la fortuna ha hecho que, por una pequeña desgracia suya muy sencilla de solucionar, ahora la tenga en casa de manera temporal. Aun así, los últimos en enterarse de que se gustan fijo que son ellos, por más obvio que resulta. Por eso considero que algún empujoncito tendré que darles ahora que están más a mano que nunca.

Capítulo XXVII

HÉCTOR

Claudia ha pedido cobijo político. Vale, no exactamente, porque es orgullosa y tiene un estilo particular de comentar sus problemas. «Veréis, vosotros tenéis internet, ¿verdad? Sí, claro que tenéis, si lo sé, tengo fichadas todas las redes cercanas y aparte de que la vuestra era obvia («Troya resiste»), estuve aquí hace no tanto. Mirad, ¿me realquiláis un pequeño espacio donde sea con una mesa y un enchufe durante unos días?». No se me ocurre nadie que fuera a pedir ayuda dando tantas vueltas y tan nerviosa. Por supuesto, se la concedimos. Su plan era el de quedarse a trabajar en nuestra casa cada día laborable. Eso y nada más. Quería hacer las comidas, dormir y demás que no fuera currar en su piso. Según ella, para no causarnos molestias. A mi madre no le parecía bien y a mí menos, aunque mi opinión no fuera a tomarse en cuenta, por lo que me mantuve callado. ¿Estaba yo dispuesto a recibir ataques por ambos lados por abrir el pico sabiendo que, sin duda, ocurriría? No, gracias, no me van esos rollos. Por fortuna, una vez que habló con su compañera de piso hubo un cambio de parecer por su parte. Su amiga Chelsi acordó que ella misma iría donde hiciera falta a arreglar el contratiempo en persona y a poner una reclamación por los problemas que la compañía había ocasionado. Lo intentaría cuanto antes incluso desde su retiro espiritual, acudiendo a Segovia y llamando o escribiendo a quien fuera necesario para solucionarlo cuanto antes. De ese modo, entre la insistencia de mi madre y que a fin de cuentas en su casa estaría incomunicada prácticamente en su totalidad hoy día que hace falta internet para todo, cedió. No hay más que pensar que si quieres ver una película, casi seguro que utilizarás alguna de las diversas plataformas; si quieres mandar mensajes a amigos y familiares, harás uso de una *app* específica para ello, y estoy convencido de que incluso para esos bailes suyos en el tejado necesita conexión, así que no tendría demasiados entretenimientos posibles fuera de su trabajo alguien para quien la tecnología es su vida, incluso más que para casi cualquier otra persona. Me sorprendería que tuviera o desarrollara alguna afición más allá de los circuitos mecánicos, los botones y las pantallas, o en la que esto no estuviera involucrado de modo alguno.

Una vez resuelto el tema de que será una inquilina en nuestro piso, o, mejor dicho, una compañera o invitada de honor a la que por supuesto no cobraremos dinero por más que haya insistido, se ha montado una especie de despacho improvisado en una mesa camilla auxiliar que tenemos en un rincón del salón, pegada a la terraza. En el lado opuesto tenemos la que utilizamos para comer. Entre ambas está la que denominamos de centro, junto al sofá, frente a un mueble donde hasta no hace tanto teníamos un televisor prehistórico de los antiguos dueños. Era tan viejo que había que levantarse para cambiar de cadena y, aun así, mi madre puso el de nuestro anterior piso en su lugar y ese se lo llevó a su habitación, hasta que compró otro más moderno y

decente en una oferta de esas que hay unas semanas antes de Navidad en un montón de comercios, cuando la gente se vuelve loca por el consumismo. Me sorprendió cuando lo pilló, porque siempre vamos justos de dinero y bastante le ha costado pagarme la carrera, como me ha informado hasta la saciedad. Por eso, entre otras cosas como la satisfacción personal por graduarme o el hecho de que con un papel será un poco más plausible dedicarme a lo mío, aunque ella crea que no, me he estado esforzando tantísimo todo este tiempo y ahora solo me falta el pequeño empujón final: esa defensa del TFG ante el tribunal.

Mi madre le ha indicado a Claudia que traiga tantas cosas como quiera, que puede dejar sus enseres en el lugar donde vaya a dormir. Textualmente ha dicho:

—Por comodidad, deja tu maleta o bártulos donde vayas a querer dormir. A ver, mi cama es grande. No inmensa, pero está bien para mí. Me muevo demasiado, así que te recomiendo que te vayas con Héctor. Seguro que a él no le importa que saquemos la cama nido y que te acoples ahí. Espacio tienes y así nadie te despierta de una patada.

Mamá, ¿qué estás haciendo? Mamá, ¿desde cuándo pareces una maldita celestina? Mamá, me va a dar un ataque. Gracias, mamá, ahora mismo te quiero y odio al mismo tiempo más que nunca en la vida. Noto que el corazón se me va a salir del pecho y que voy a reventar la pulsera esta inteligente con podómetro y medición de pulsaciones. Voy a estar muy feliz de tenerla tan cerca, pero muriendo de los nervios por lo mismo. ¿Así cómo voy a conseguir yo pegar ojo? No va a ser en la misma cama y aun así no dejo de pensar en cierta escena de *Pagafantas*, una de mis comedias románticas favoritas. Voy a transformarme en algún bicho raro, o mutaré en un vampiro, no me queda otra. Si no puedo dormir de noche, espero si eso al menos hacerlo de día, en siestas intermitentes. Podría aprovechar el respaldo de la luna para terminar de preparar mi defensa, quizás. ¿Pero y lo demás? ¿Cómo se supone que me voy a concentrar en mi cómic estando ella en mi mismo cuarto, que en cualquier momento puede levantarse y ver lo que estoy dibujando? No es que sea de aquellos que no muestran absolutamente nada de sus proyectos, pero de hacerlo quiero ser quien seleccione qué, cuándo, a quién y cómo. En este que encima es tan íntimo no voy a hacerme promoción, no lo hago para vender ni una sola unidad, sino como carta de presentación, como una meta personal, como una manera de mejorar y definir lo que siento, como una forma de expresarme. Y, de entre todas las personas en el mundo, Claudia es quien no debe ver nada de él bajo ninguna circunstancia durante el proceso de creación. Es también ella quien, en exclusiva, deberá leerlo y opinar sobre su contenido.

En un instante, se me vienen a la cabeza diversos escenarios de una convivencia fugaz con ella. Es como una película de una vida futura que quizás no se parezca a lo que mi imaginación me muestra de forma nítida. Incluso con la posibilidad de malentendidos y discusiones, esta situación me abruma mucho menos que lo que me ilusiona.

Capítulo XXVIII

CLAUDIA

No voy a decir en voz alta que esté emocionada con el resultado alcanzado a través de algo que, *a priori*, era un golpe de mala suerte. Negaré ante un tribunal que me haga ilusión permanecer bajo el techo de Hécuba y Héctor de acogida temporal. Por supuesto, estoy tan expectante como cuando era más pequeña y me acostaba el 5 de enero y deseaba dormirme y que fuera ya la mañana del día en que me esperaban más regalos que en el resto del año.

Suelo ser del tipo de personas que lo planean todo antes, de las que tienen una agenda llena de pegatinas y colorines dependiendo de qué tengan anotado para saber de un plumazo a qué tipo de tarea o actividad me refiero y así tengo que leer solo, por ejemplo, las que tengan que ver con el trabajo, que es lo más habitual. Mi día a día consiste en anotar cosas e ir siguiendo lo que me haya marcado el día antes justo en el orden establecido. Improvisar siempre me ha puesto nerviosa. Y trastocar cosas de la agenda, un poco también, pero me siento respaldada por las modificaciones cuando logro adelantar algo (variando así la faena de otros días), al mismo tiempo que me tiro un adoquín a un pie cuando voy con retraso, porque eso implica que tenga que sacar tiempo de donde no lo tengo o robarme horas de sueño. Soy muy meticulosa y suelo saber con una precisión apabullante cuánto me lleva cada tarea. Es por eso, en parte, que me he sentido tan agobiada con el problema de la falta de conexión a internet. Que haya sido cuando estoy sola en casa y justo después de haberme quedado «encerrada» en la calle, quieras que no suma a que mi estrés se dispare y mi capacidad de reacción se resienta.

Para mi gusto, todo ha sido muy caótico, aunque por fortuna se ha solucionado rápido. No quiero molestar a nadie. Se han tomado casi como una ofensa que solo quisiera estar de paso el mínimo tiempo posible, así que aquí estoy ahora de paseos con lo más esencial. ¿Cuenta como pequeña mudanza temporal irme a casa de los vecinos? Lo desconozco, pero es en lo que pienso mientras agarro mis cosas de trabajar y pongo apiladas cuatro cosas de mi perrita, que, por supuesto, va en el *pack* conmigo.

Dejo esta habitación en solitario para tener de vecino de cuarto a aquel por el que suspiro. Hecho que me reprocho a diario, porque no entiendo esta obsesión mía con él. ¿Cómo se le ha podido ocurrir a su madre ponernos juntos? No es que fuera a preferir dormir en el sofá, pero se me hace raro. Cuanto más lo pienso, más me alboroto. Parezco tonta, porque he ido a un montón de campamentos y a varios campus informáticos haciendo noche de cualquier manera en sacos como para haber compartido espacio con gente de todos los géneros, creencias y costumbres como para alterarme ahora por esto, que debería ser una nimiedad. El detallito de que me guste y que se me hayan despertado con él sentimientos dormidos... ¿es eso para tanto?

Me instalo en su salón, en un punto donde creo que no molestaré demasiado. Hécuba trabaja

fuera de casa y cuando para en ella durante el día es casi de paso, excepto ya bien avanzada la tarde, que es cuando se relaja y se sienta en el sofá. A esas horas yo, por lo general, también me habré retirado de mis obligaciones, y si no fuera así, basta con que active la cancelación de ruidos de estos auriculares tan magníficos de Max que casi podría decir que son míos, porque los llevo utilizando meses a diario y ella incluso se ha comprado otros y me ha dicho varias veces que no se los devuelva, que son los únicos míos anti-Thor de calidad. Quizás por un miedo irracional que roza la superstición, me refiero a ellos como suyos.

El día se me da bastante bien. Ha sido muy productivo. El cambio de aires, para mi propia sorpresa, me ha ido genial. Por la ventana veo mi balcón, y aunque echo de menos salir a pegar unos botes al ritmo de Blackpink o de Girls' Generation, me siento muy a gusto. Considero que es el momento de ir a por más cosas a casa, así que informo a Héctor, que alza la cabeza de lo que sea que esté haciendo en su escritorio y sonrío guiñándome un ojo y alzando el pulgar de su mano derecha.

—¿Te ayudo a traer algo? Esta mañana ya has tenido que pegarte un par de viajes, porque no contaba yo con que fueras a traerte tanta cosa. La otra vez con el portátil y el cargador ya tiraste, ¿no? Esta vez además de eso ha sido, que yo recuerde, un monitor adicional, unos cascos más grandes que mi cabeza, una *tablet* y no sé cuántas cosas más tecnológicas, junto con un montón de cargadores, cables y, aun por encima, chismes y comida para Thor, que viendo que no lleva una dieta especial, podía usar lo mismo que Ascot.

Me sorprende que haya prestado tanta atención. Es que no se ha dejado nada. Aun así, estoy tentada a decirle que no necesito que ningún tío me ayude, que seguro que a otro no le dice nada y que me ve como una señorita frágil. Sin embargo, ahora que lo conozco sé que se prestaría con cualquiera, que la falta de ascensor se nota y que, por muy en buena forma que esté yo, me viene bien su fuerza. Como poco, me ahorraré viajes cargada con trastos y quién sabe si incluso una posible lesión de espalda.

—Claro —le contesto. Según lo hago me asusto un poco. Va a ser la primera vez que él entre en mi casa. Más me vale hacerle que espere en el salón mientras recojo mi ropa interior para tener mudas durante mi estancia fuera. Siempre me ha dado igual que me la vieran puesta o quitada. Desconocía qué era la vergüenza a mostrar cualquier parte de mi anatomía, pero con él me doy cuenta de que algo me frena, que sí que me da palo que sepa qué me pongo o cómo es mi cuerpo bajo las prendas.

Lleno un par de maletas con ropa. Meto tanta que parece que me vaya a ir para no volver. También cojo un estuche con bolígrafos, un paquete de pañuelos, un neceser con cosas del baño para la higiene personal, otro con maquillaje... A lo tonto son bastantes trastos. Héctor se ríe con ganas cuando me ve con todo eso. No se lo toma a mal. Solo dice: «Anda que... De no querer venirte en absoluto a traerte la casa a cuestas como un caracol. Eres tremenda, me encantas».

«Me encantas». Esas palabras resuenan en mi cabeza. Voy como en una nube hacia su piso. Lo demás no importa. Allí, me dice que vamos a preparar la cama para que la tenga lista para cuando quiera, que después da más pereza. Es entonces cuando descubrimos que debajo de la suya no hay otra, que no hay nada. Eso sí que es extraño. La cama prometida es una mentira mayor que Agatha. No hay cajones con objetos variados, ni revistas ni tampoco una triste mota de polvo bajo el lugar donde él duerme.

El primer sorprendido es él. Me dice que vamos a pedir explicaciones a su madre, porque no entiende nada. Soy yo quien le pregunta qué pasa, dónde está esa cama que iba a utilizar yo.

—Ya, como Héctor no vivía aquí y nunca recibo visitas que pasen la noche, me olvidé de que

al final había comprado solamente una y no la que iba dentro —se excusa Hécuba, y suena a trola y encerrona—. Podéis dormir juntos, tampoco es que fuera a quedaros espacio en el cuarto para moveros después por ahí a ir al baño o a la cocina, e iba a ser un rollo entrar y salir con dos camas desplegadas en este espacio. Al final es una ventaja que solo haya una cama, ¿no?

Repito que quizás peco de desconfiada si digo que, en mi opinión, ella lo sabía desde el principio y lo tenía planeado. ¿Por qué? Eso ya escapa a mi conocimiento. Me quedo tan cortada que no digo nada. Por la noche, a la hora de dormir, escojo el lado externo de la cama, para poder huir de ahí si me siento incómoda. Antes de cerrar los ojos, le pregunto algo a Héctor y creo que, por mi tono más las palabras elegidas, puedo haberle vuelto a enfadar. Soy muy directa y bocazas. No era mi intención dejar aflorar de nuevo esa parte violenta de mí.

—¿Pero tú cómo no podías saberlo? ¿Es que no haces ni la cama? ¿Es mamá quien te recoge la habitación y te hace todo? Increíble —le reprocho.

—A ver, nunca me ha dado por mirar debajo. El pie me entraba bien al poner las sábanas y demás, pero jamás me dio por pensar que tendría que haberse chocado con otra cama. A ti te habría pasado lo mismo —me lanza en señal de defensa.

—¿A mí? ¡No me tomes por alguien como tú! Por supuesto que lo habría sabido, y además no es solo poner las sábanas para arriba de vez en cuando, ¿es que no las cambias? ¿Es que no das la vuelta al colchón?

—Yo qué sé, llevo unos años fuera y ya te digo que no era consciente de nada. Simplemente hacía las cosas cuando estaba por aquí. Puede que haya sabido todo el tiempo de forma inconsciente que solo estaba mi cama, por no haber visto nunca otra, pero podría haber estado y que no reparase en ella. Por eso he pensado que estaba ahí cuando mi madre ha dicho que durmieras en ella. Tampoco te lo tomes a la tremenda. Estaremos más pegaditos, pero no pasa nada.

¿Que no pasa nada? ¿Pero de qué va? Sí pasa y me enfada que no se percate el muy melón.

Capítulo XXIX

HÉCTOR

Me ha salido la vena pachorra cuando Claudia se quejaba, con razón, de que solo tenemos una cama. Por dentro estaba temblando como un flan recién volcado en el plato desde su molde, así que no sé cómo he podido exteriorizar una aparente indiferencia. Mamá me la ha jugado una vez más. Va a acabar con mi salud. Con la física y con la mental.

Por supuesto, duermo bastante mal. No sé cómo Claudia, que tan en contra estaba y tanto protestaba, se ha quedado roque casi en cuanto se ha callado. ¿Es acaso su superpoder? ¿Se duerme en cualquier lugar sin ningún esfuerzo? El mío no sé cuál es. Una de dos: o no lo he descubierto (y puede que me vaya a la tumba sin hacerlo) o no tengo ninguno. En cuyo caso, otra persona ha de tener dos. Se dice que todos tenemos alguna habilidad innata que no tiene que ver con cosas que se te den bien o disfrutes, sino que simplemente te salen solas.

El despertador de Claudia me hace pegar un salto en la cama. Ha sonado cuando estaba más dormido y feliz. No me lo esperaba. Ella sale de ahí sin remolonear, se lleva algo de ropa al cuarto de baño y se marcha sin decir ni mu. Cuando vuelve, que yo ando en el salón tomándome un té al que procuro que no le caiga mi enorme cabeza dentro del sueño que tengo, descubro que había salido a correr.

—Voy a sacar a Thor en breves, ¿quieres que saque también a Ascot de paso? —me pregunta.

Las mañanas no son lo mío. Es bastante más pronto que de costumbre, además, así que solo soy capaz de balbucear mi respuesta. Casi que sí, que aproveche, y ya si eso, cuando yo sea persona, estiro las piernas de nuevo con ella y, si quiere, con su perra también. Un paseo de propina no creo que les parezca mal. A estos bichos peludos les encanta la calle. Aparte, mi madre, que con bastante probabilidad es la encargada de poner las calles, me lo había delegado, así que lo suyo es que vaya igual, por más que ahora Claudia ande por aquí y las cosas hayan cambiado en casa con su presencia.

Cuando termino de desayunar, friego mi taza y voy a mi cuarto. Me sorprende que la puerta esté medio cerrada, no recordaba haberla dejado así, pero entro igualmente. Me encuentro a Claudia en bragas, secándose el pelo con una toalla. Mi cuerpo se queda petrificado, porque estaba tan dormido y alelado que no me había enterado de que seguía en casa, que se había ido a duchar y que, como compartimos cuarto, estaba aquí.

—¿Tú no sabes llamar o qué?

—Lo siento, no sabía que estabas aquí.

—Solo hay una manera de salir por la casa, que es por la única puerta que hay, pasando por ese salón donde estabas acomodado. Bueno, quizás los ingleses sean más atrevidos, aunque sin una piscina debajo y decenas de litros de alcohol corriendo por sus venas, lo dudo.

No sé cómo me apaño, pero siempre me chupo alguna bronca. Empezaré a valorar echar el currículum como saco de boxeo para ganarme unas perras en lo que avanzo en el que espero que algún día sea mi curro principal y no uno adicional.

—¿Quieres irte o por lo menos darte la vuelta? Vaya pervertido.

—No me estaba fijando en ti —me excuso mientras me giro.

«Estaba demasiado alucinado como para hacerlo».

—¿Qué pasa? ¿Que soy fea?

¿En qué embolado me he metido?

—No he visto nada, de verdad. Solo de refilón esas bragas rosas de Hello Kitty, que, con lo bruta que eres, no te pegan demasiado.

—¿Le pegan entonces más a tu novia? ¿Es ella mucho más femenina?

Está sacando las cosas de quicio. No voy a enfrentarme a ella, pero sí quiero hacerle una consulta.

—¿De qué novia hablas?

—Esa con la que te besabas el otro día.

—Ah, Lorena. No es mi novia. Es una amiga.

—Ya, con derecho a roce. Menudo golfo.

—Te lo puedo explicar.

—Seguro, pero no me interesa —me suelta cortante. Después, completamente vestida, pasa por mi lado y veo cómo se aleja, llamando a las perritas con un tono de voz completamente opuesto a ese tan seco y agresivo que ha utilizado conmigo. Perfecto, acabamos de comenzar la convivencia temporal y ya me odia tanto como hace unos meses o más, porque tiene un concepto de mí que me da pavor.

Mi único refugio ahora mismo es ese cómic. El problema es que percibo que estoy en un lugar encerrado sin apenas aire y que estoy apostando todo a una casilla de la ruleta. O me ahogo y muero como un héroe o renuevo de aire nuevo y fresco mi organismo.

Capítulo XXX

CLAUDIA

Ahora mismo no pienso con claridad. Entiendo que lo de verme casi desnuda ha sido un accidente. Eso sí, me ha molestado sobremanera. Más aún que no reaccionase y se quedase como una estatua. Asegura que no sale con esa chica. Laura o como se llame. ¿Sería un rollo? ¿Una follamiga? ¿Es de esos? ¿Debería molestarme cuando yo misma he tenido un montón de amantes? Quizás no debería, pero lo hace. El imaginarme con él como algo más es el origen de estos celos, supongo. Intentaré quedarme con la información obtenida: no está con nadie. Y si mi intuición (por lo que conozco de él) es buena, lo de que ande jugueteando por ahí o no es improbable y, si ocurriera, sería temporal. Debe de ser de los que cuando se comprometen lo hacen de verdad. Me niego a haberme pillado de alguien que no sea así. Una cosa es que no seas mi ideal (al final, las alas de los sueños nos hacen fliparnos demasiado) y otra que no cumplas unos mínimos para comenzar una relación. Lo de mantenerla eso ya es aún más complicado, porque no es solo tener unos valores e ideología similares a los tuyos (lo siento, polos opuestos no se atraen y solo se está cómodo con alguien con quien compartas la manera de pensar y llevar las riendas de la vida), sino volcarse por el bien común y sacrificarse cuando sea necesario. Al igual que es vital tener temas de conversación, aficiones comunes y dejar ese espacio a solas que todos necesitamos. La gente no encaja por lo general como Chelsi y Max, pero hay que aspirar a ser lo más cercanos al entendimiento y amor que se profieren.

Me tiro el día entero sin hablarle más que lo justo. Vamos, contestándole con monosílabos y poco más. Él me suelta tonterías de continuo, como tratando de que hagamos las paces, y puede que me haya pasado y que me esté perjudicando a mí misma, pero no sé qué hacer. Ni siquiera estoy enfadada, más bien confusa.

La noche siguiente, soy yo quien casi lo ve desnudo, porque se estaba poniendo el pijama cuando yo iba a entrar a poner a cargar los cascos de Max. Me hace gracia la situación y me empiezo a reír según me giro y me quedo de espaldas en el pasillo. Él también se ríe al escucharme. Damos por firmado el tratado de paz. Durante la cena, hablamos todos en la mesa de las películas de Marvel. Para sorpresa de nadie, saca el tema él. Lo hace por el nombre de mi perra. Me cuesta un poco reconocer que sí, es por mi amor platónico al personaje de las películas modernas interpretado por el buenorro de Chris Hemsworth y no por la mitología. Tuve mi pequeño momento de coqueteo con cuentos y mitos en el instituto, cuando me monté una web personal en la que mezclaba un montón de temas diversos que no pegaban ni con cola, pero que eran una excusa para probar a encajar mis conocimientos de informática y practicar o aprender nuevas cosas.

Una vez finalizada la charla, y la comida, me encargo de fregar los platos, que ya era mi

costumbre en mi casa y aquí insistí para que me permitieran aportar como mínimo eso.

Cuando termino la labor, como estoy molida, me voy al cuarto de Héctor. Lo de llamarlo mío, aunque sea así en cierto modo de forma temporal, es algo que no me sale. Él ya se ha cambiado antes y ahora es mi turno. Cojo una camiseta vieja larga y un pantalón muy corto con la goma medio raída y me los pongo en el baño. Cuando salgo, me pregunta si voy a dormir.

—Sí, ¿por?

—No, por nada. Puedes apagar la luz de la habitación si quieres, yo voy a seguir un rato con esto —me señala un folio en el que está dibujando vete a saber qué— y tengo luz propia en la mesa, más este flexo que, espero, no te molestará.

—OK.

—Pero antes un beso de esquimales para que duermas bien, ¿no? Yo ya me agazaparé desde abajo a mi sitio en un rato.

No sé qué es un beso de esquimales y debe de notar mi confusión en la cara porque se ríe mientras se acerca a mi cuerpo. Espero que no sea tan lanzado así de la nada como para comerme los morros, porque no importa cuánto lo esté deseando, sé que le soltaría un guantazo más grande aún que su descaro.

—Tranquila, mira.

Se pega muchísimo a mí. El corazón me late a mil por hora, y entonces hace que nuestras narices se toquen, mueve un poco la cabeza en esa posición de lado a lado, como negando, y se va satisfecho.

Los besos de esquimal son mi nueva cosa favorita. Lo siento, patatas fritas con ketchup, habéis quedado desbancadas a un nada despreciable segundo lugar.

Capítulo XXXI

HÉCTOR

Que Claudia estuviera enfadada conmigo me traía de cabeza. El beso de esquimal que nos dimos, la ternura con que rozamos nuestras narices, la cara preciosa que puso... Todo eso fue una inyección potente de energía y ánimos que recibí. Quizás es por eso que hoy he bordado esa parte final del grado: mi defensa de manera remota debido al coronavirus. No me puedo creer que haya finalizado esta carrera de fondo, que sea merecedor de ese papel que acredita el haber completado esta etapa.

—Mamá, mamá, que ya está. Me lo he sacado —le cuento casi a gritos con una emoción tremenda según descuelga el teléfono.

—¿Ves como cuando quieres, puedes? Solo había que apretarte un poco las tuercas para que te centrases.

No, si encima el mérito será suyo. Voy a sonar como Román, pero la presión adicional no ayuda, al contrario, *people*^[4]. ¿Por qué no puede acompañarme en mi alegría como una persona normal? ¿No es acaso motivo de celebración que lo haya logrado aunque haya tenido que dar alguna vuelta más a la pista que otros? Quizás en realidad en mi camino había más obstáculos o empecé desde más atrás que otros con más apoyos, recursos o, simplemente, estabilidad emocional.

La euforia es mi conductora. Voy al salón casi pegando saltos y haciendo un baile extraño que no será tan estiloso como el que se marca Tom Holland con su versión del *Umbrella* de Rihanna, pero me sale de dentro.

—¿Qué sucede? ¿Ahora practicas para ser el nuevo Billy Elliot? —me pregunta extrañada Claudia, que se ha quitado a todo correr los cascos y me está mirando con asombro y una sonrisa preciosa.

—¡He aprobado todo! ¡Soy graduado en Bellas Artes! ¡Ya es oficial que soy un español más en paro con estudios superiores! Queridos fans de la titulitis, allá voy con mi pedazo de papel que acredita que he conseguido la más sencilla y dura de las metas.

—¿Sencilla y dura al mismo tiempo? —Se ríe Claudia.

—¡Sin duda!

De repente, sin que me lo espere, se levanta, viene lanzada hacia mí y me abraza fuerte mientras me susurra al oído: «Felicidades, pintamonas».

¿Está acaso de buen humor el guionista de mi vida? Me están saliendo demasiado bien las cosas. Así como hay días en que es mejor no levantarse de la cama, hoy tengo la sensación de que todo está dispuesto a mi antojo. Sé que me ha llamado así de broma, no de manera despectiva, que es su manera de expresar afecto sin sentirse vulnerable. El tono de su voz y la

calidez de su abrazo están por encima de cualquier palabra con connotaciones negativas que haya podido soltar ahora. Comprendo que es un efecto de su coraza. Eso no evita que mis mejillas vayan por libre, a su aire, y se enciendan de un rojo brillante como la nariz de Rudolph, el más popular de los renos que ayudan a Santa Claus cada Navidad en su inestimable labor.

Aprovechando la invasión de sentimientos positivos en mi ser, voy a mi cuarto a continuar con el cómic. Había estado avanzando muy bien y algo me dice que el chute de felicidad que llevo encima va a ser una inyección de creatividad en este proyecto tan personal.

Cuando estoy entintando una página, cosa que siempre hago después de tenerlas a lápiz, me suena el móvil. Es una videoconferencia con los tortolitos adorables de Álvaro y Román.

—Tío, ¿qué tal ha ido eso? ¿Has pinchado o lo tienes?

Me sabe un poco mal decírselo. Uno tiene lo suyo mañana y como le salga mal, a lo mejor anímicamente no se encontrará bien si le da por compararse conmigo y su novio, que también es merecedor ya del birrete horrible y de esa orla que todos ignoran, por más que haya quien la enmarca y pone en su despacho, sobre todo si son abogados o dentistas, para mostrar a quienes los visitan que no son unos impostores, que tienen ese papel que los certifica como unas personas capacitadas para extirparles las ganas de vivir, mientras se encargan de sus divorcios o de esas muelas incapacitantes. Queda para la posteridad esa orla, junto con el diploma, dicen algunos. Bueno, salvo las excepciones de aquellos con un ego desmedido y graves problemas a la hora de decorar un espacio interior, es algo olvidable. Lo es siempre menos para quien esté salido de una película americana y sea un nostálgico tras reencontrarse treinta años después con alguien a quien había perdido la pista. «Sí, Luis Alberto, ni siquiera te recuerdo, pero, al parecer, nos graduamos juntos, y ahora que nuestras vidas se han cruzado eso ha de tener un significado místico. Por supuesto que abandonaré todo y nos iremos en esa autocaravana a Texas para infiltrarnos en esa secta liderada por tu exmujer malvada». De locos.

Después de una pequeñísima pausa, contesto a mi amigo. Lo hago de la manera más comedida posible, incluso bastante cortado, me atrevería a decir.

—Bien, lo he conseguido.

—¿¿Qué?? ¡Felicidades! —me grita Álvaro.

—¡Pero eso es genial! —expresa en voz altísima Román.

Los dos se ponen a celebrarlo gritándome que soy un amazo, que me lo merezco, que habrá que montar una fiesta, y yo sonrío como un tonto. Quizás como lo que soy. Los adoro.

Pasados unos segundos, cambian de tercio la conversación.

—Como ves, estamos en el piso, ¿tú tienes pensado volver?

—Sí, cuando sea me paso por allí a recoger el resto de mis cosas. Ya, evidentemente, no tengo motivos para tirarme otro año en Salamanca. —Ni creo que mi madre me lo fuera a permitir.

—Es que estamos muy rayados, tío —me comenta Álvaro—, desde que hemos llegado apesta la cocina que no veas. Da ascazo tremendo.

—Hemos limpiado todo a fondo y sigue oliendo como a rata muerta o yo qué sé —añade Román.

—Mira, está esto más brillante incluso que cuando se instalase de cero con todo nuevo —me indica Álvaro entrando en la estancia de modo que pueda echar un vistazo a través de esta videollamada.

Por encima de sus cabezas, en lo alto de un armario veo, donde no debería estar, la *crockpot*, esa olla de cocción lenta, y tiemblo con la información que golpea mi mente.

—Chicos, ¿habéis limpiado también toda la parte de arriba? ¿Habéis limpiado el perolón?

Unos segundos después caras y gritos de la mayor de las repugnancias llegan hasta mí como respuesta.

—Qué asco, tío, que esto seguro que es una nueva forma de vida desconocida que tendrían que investigar los científicos, si no fuera a su vez un arma de destrucción masiva o el peor de los venenos químicos —reprocha Álvaro.

—Es un puñetero microuniverso que no va a salir jamás. Hay gente que ha muerto por mucho menos.

—Aparte de que no sobraron tantas. —Enfoca con la cámara y me percató de que, efectivamente, se ha formado un nuevo ecosistema y parece repulsivo. También hay muchas más lentejas que antes de marcharnos meses atrás. ¿El milagro de los panes y los peces? De aficionados.

La olla era mía. Digo era, porque obviamente la doy por perdida. No creo que sean capaces de volcar esa mierda en algún sitio y meter la mano dentro sin perderla. Seguro que lo que desprende si tan siquiera lo rozas es peor que el ácido sulfúrico y la lepra combinados. Ni el más poderoso (y temerario) de los superhéroes se jugaría el tipo así. Por fortuna para mí, hoy es el único día en que no temo una bronca tremenda por parte de mi madre por mi despiste, ya que pesará mucho más esa otra noticia que ya le he dado. El motivo de la mayor celebración del lustro no puede emborronar la pérdida de un utensilio de cocina, por caro y útil que fuera y por el mal lugar en que me deje el olvidarlo sin limpiar durante meses. Según regresa a casa, compruebo que estaba en lo cierto. Ni la inmunidad que se dice que se otorga a los cumpleaños ha funcionado jamás tan bien a nadie y me tengo a mí mismo como ejemplo de tal afirmación. ¿Os suena Terele Pávez repartiendo collejas y haciendo de señora con mala leche? Mi madre es una rival digna de esa señora y además no interpreta ningún papel, lo suyo es un don natural, muy a mi pesar.

[4] Gente.

Capítulo XXXII

HÉCTOR

Durante el desayuno, Claudia ha puesto en el medio su móvil para enseñarme un poco qué tipo de música le gusta y qué era lo que escuchaba en sus sesiones de baile, que ha dejado abandonadas, o en hiato, hasta que se vuelva a su casa. Me apena un poco saber que ese momento llegará cuando menos me lo espere. Ya me he hecho a tenerla aquí. Me cuesta imaginar lo que sufren los enamorados a los que separan un montón de kilómetros y que están obligados a no verse ni tocarse durante largas temporadas. La parte buena nuestra (esa ventaja maravillosa) es que somos vecinos y podremos quedar con una facilidad apabullante. La mayoría de las parejas no tienen esa suerte. Me refiero por supuesto a quienes no hayan pasado al paso de la convivencia, como sus amigas, que además se casaron rapidísimo. Eso sí que es tener las cosas claras. Habrá quien opine que están locas, ¿y qué es el amor si no eso? Una dulce y agradable locura por aquellos que te importan, no necesariamente tu pareja.

Hablo como si fuéramos novios. Ojalá. Para mí es la mujer más importante de mi vida y no contemplo tenerla lejos de mi lado.

—Echo de menos a mis amigas, aunque ahora te tengo a ti... —comenta de pasada, y me estremezco de la ilusión por ver que me considera ya uno y que le importo.

—¿Se van a sorprender de que hayas ampliado tu círculo de amistades?

—Qué va. Se lo veían venir. Llevan chinchándome contigo desde el mismo instante en que pronuncié tu nombre, aunque a Chelsi le cuesta aprendérselo, o quizás es parte de su juego lo de decirlo mal.

No pregunto cómo me llama. Me da igual. Simplemente me rio mientras agarro un bizcocho del centro de la mesa.

—¿Tú no tienes otros amigos? No lo digo por criticar, ¿eh? Entiendo que hay auténticas personas de mierda que joden a otros y que por diversos motivos uno puede encontrarse en esa tesitura. De hecho es muy común. También sé que, sea como sea, me tienes a mí, y seguro que el par de zumbadas te cogen cariño y también te incluyen en sus planes. Verás lo adorables que son. Unas fuera de serie mis bollos.

Es muy tierna cuando se quita esa maldita coraza. Me cuesta no acariciarle la mejilla en ese instante. Le respondo a su pregunta.

—Sí, tengo amigos. De una ya te hablé, por lo del malentendido aquel del beso que me robaron a traición. No me interesa de modo romántico, jamás lo ha hecho. Ni siquiera sabía que yo a ella sí. —Omito decirle que me habían advertido sobre ello millones de veces y yo no me lo creía—. Los otros dos compis de piso que tenía, Álvaro y Román, son alucinantes y, al igual que tus amigas, también son pareja. Algún día te los presento. Saben muchísimo de música, así que te

caerán bien.

Cuando nos separamos lo hacemos para trabajar. Yo en continuar el cómic de la declaración más personal y propia que puedo imaginar (y con ganas de acabarlo y atreverme a dar el paso), y ella en hacerle una aplicación por encargo a lo que ha llamado «una oportunidad de las que no hay que dejar pasar cuando se te presentan». No soy un experto en tecnología, así que lo que me viene a la mente es si tiene Google contratos externos con talentos de fuera de la plantilla y si, en caso de ser así, les dan algo para que sean creativos y con visión personal sin contar con un equipo. Sé que Claudia es complicada en el trato, eso de socializar le cuesta horrores. Dicho de otra manera: es toda una loba solitaria y que solo puede estar codo con codo con gente a la que conozca previamente, personas en las que confíe, y no es carne de ganado de horarios, entornos y mecánicas de empresas. Aunque, eso sí, es muy metódica y exigente consigo misma.

Claudia me ha hablado del método Pomodoro. No lo conocía, pero al parecer es muy popular y a mucha gente le funciona. Se supone que aumenta tu productividad si tienes la capacidad y oportunidad de llevar a cabo su sistema. Trabajas durante períodos de veinticinco minutos y descansas otros cinco para hacer estiramientos, pegar un pequeño paseo por casa, ir al baño, acariciar a tu perra, conectarte a las redes sociales. Lo que sea. En cuanto suene la alarma, tienes que centrarte de nuevo en el trabajo sin distracciones. Cada cuatro pomodoros te has ganado un descanso más grande, un premio: quince minutos para ti. No tengo ni idea de si a mí me irá bien, si procrastinaré cuando llegue a los descansos y retomaré más tarde de la hora o si lo haré entre medias como si no tuviera un desafío pendiente conmigo mismo. Incluso podría ser al contrario, podría hacer trampas y no descansar porque esté muy centrado con lo mío. Soy imprevisible.

Tras el cuarto tomatito llega ese instante en que tengo un descanso más largo para tomarme un segundo desayuno, jugar una partida corta o leer unas páginas de un libro.

Es el momento ideal para mandarles un mensaje a mis amigos. Me debato entre hacerlo por escrito o en llamada. No soy muy de audios porque no es tan inmediato y sencillo como leer algo. Si estás ocupado o rodeado de gente, es posible que lo leas sin problemas en cualquier instante, pero para escucharlo tienes que estar a solas o con los cascos puestos y que nadie más te esté hablando o requiera tu atención al mismo tiempo. En estos tiempos en que todo va tan rápido, en que prima la multitarea, soy un firme defensor de la palabra escrita contra esos mensajes grabados que se van de las manos y, en ocasiones, terminan siendo más largos que un pódcast. Mi mente va a mil por hora. Estoy nervioso por contarlos. Por un lado creo que pulsar sobre una videollamada grupal es mejor, pero no sé si es un buen momento, y avisar antes de que quiero llamarlos a todos creo que rompería la magia, aunque por otro lado me encantaría ver sus caras. Empiezo a estresarme con que, si tardo demasiado en tomar una decisión, se me van a ir los minutos de descanso del método este de trabajo.

«No os lo había contado antes, pero llevo unas semanas en el mismo cuarto que esa chica que os dije», escribo en el chat grupal. «Se llama Claudia, es mi vecina y es una mujer que tiene las cosas muy claras. Es muy directa y le encantan los ordenadores. No voy a entrar en detalles de cómo es posible que estemos bajo el mismo techo, pero pronto dejaremos de hacerlo. Entonces me declararé a ella con un cómic, porque, por lo visto, no sé hacer las cosas como una persona normal. Eso es parte de mi encanto, supongo».

«¡Qué guay, heteruzo, felicidades por el progreso!», me contesta Álvaro dándome la enhorabuena mientras añade el falso despectivo por el que se refiere a mí a veces.

«¡Me alegro mucho! ¡Seguro que sale genial! ¡Nos la tienes que presentar!», espeta Román.

«¡Sí, montamos una fiesta! ¡O tenemos una cita doble o lo que sea, si nos enteramos de cómo

va eso y no es una movida rara!», comenta Álvaro entre risas.

Nos intercambiamos unos pocos mensajes más entre los tres y justo al mismo tiempo que comienza a sonar mi alarma del Pomodoro para proseguir con el trabajo veo un último mensaje en la pantalla de mi móvil: «Lorena ha abandonado el grupo».

Capítulo XXXIII

CHELSEI

«La pandemia es una movida». Con esa frase me ha despertado Max esta mañana antes de que cantara el gallo. Bien es cierto que no tenemos uno y que estamos a una distancia tan grande que no podemos oír el de ningún vecino del pueblo. Lo curioso es que lo ha dicho soñando en voz alta. Es algo habitual en ella, pero a lo que no me acostumbro. El estrés que supone esto del virus es real. Lo es tanto como que ella me sorprende a diario de un modo u otro. A veces hasta involuntariamente, como en esta ocasión.

Quien también me dejó alucinada fue mi amiga Claudia, que cogió y se metió en casa de Aquiles el mismo día que me vine a Arizuela para reunirme, por fin, con el amor de mi vida tras meses separadas. Ya sabía que estaba loco por él, pero ¿tanto como para colársele hasta la cocina sin dudar? Esta de tímida no tiene nada, y encima con la madre merodeando por ahí, que por muy amiga suya que se haya hecho, da un poco de mal rollo. Es que no se me ocurre cómo se le puede insinuar o lo que sea con comodidad así, con las paredes escuchando. Suena raro que diga eso sobre esa señora tan maja que siempre le regala cosas riquísimas, porque, para empezar, yo estoy bajo el techo de mi suegro. La diferencia es que no estoy conquistando a nadie con él pululando a nuestro alrededor y oliéndose la tostada. Lo mío fue una batalla ganada antes de participar, y menos mal, porque en la asignatura el Arte de la Conquista habría suspendido hasta quedarme sin convocatorias.

Mi costumbre de darle vueltas a la cabeza y desbarrar me tiene atrapada. Me cuesta mucho concebir que lo que *a priori* era un golpe de mala suerte ella lo haya tornado en buena. Con la excusa de que no tiene internet para trabajar se ha lanzado a por su interés romántico, del mismo modo que una bola va hacia un Pokémon: de golpe, sin pensar en que puede no salir bien. Si le dijera algo, me contestaría que no está ahí por su héroe antiguo. Puede decir misa, porque la tengo yo calada y a mí no me engaña. Por algo nos conocemos desde enanas.

Le he prometido que me encargaría de solucionar el problema de internet y así es. Posiblemente, no sea para tanto una vez que me persone en una tienda de Segovia con Max para reclamar. Estoy convencida de que le tocó con la teleoperadora más inútil de la empresa. Mi abuela María, que es una sabia, siempre dice que todo tiene solución salvo la muerte. Así que, de un modo u otro, esto lo vamos a arreglar. No diré que no es raro estar sin datos en el móvil, pero como Max y yo estamos teletrabajando en casa con la wifi y no estamos saliendo por ahí, la verdad es que no lo notamos mucho. Ya en agosto cuando vayamos a mover nuestro culo para irnos de vacaciones, será otra cosa. De hecho, deberíamos arreglarlo para entonces. Imagino que Claudia seguramente incluso se ha desactivado ya los datos y todo hasta saber algo, así que quizás me demore en darle la noticia. Quien pone esa pequeña improbabilidad (yo) está

asegurando en realidad que pondré a mi amiga al tanto más adelante, cuando lo considere adecuado. Es mi manera de echarle un cable con lo suyo. Como dijo Jaime Lannister, que es otro sabio (aunque no exista en la vida real): las cosas que hago por amor. En mi caso, a mi amiga.

Capítulo XXXIV

CLAUDIA

Todos los días, cuando bajaba a Thor, comprobaba si, «por arte de magia», se había solucionado lo del internet. Lo hacía desde la calle, porque mi señal es tan potente que desde el portal tengo wifi cuando todo funciona como es debido. Finalmente, fue Chelsi quien me avisó de que ya debería estar todo operativo y que me acercase a comprobarlo cuando pudiera. Existe el personaje este de dibujos animados, Speedy González creo que se llamaba. El caso es que el ratón ese, a mi lado, todo un aficionado. Salí escopetada a saber si tenía conexión. Ahora que lo pienso, quizás di la sensación de estar deseando escapar de aquel lugar donde se me tenía mejor que en un hotel de cinco estrellas: con todo hecho y encima sin pagar un duro. Si es así, lo lamento, más por Hécuba que es un encanto que por aquel con el que ya parece que congenio, pero que continúa despertándome tantas dudas. El caso es que no es el único: Samuel, el chico de Tinder al que no he dejado de mensajear ni un día, aunque llevemos sin vernos desde mi encierro vecinal voluntario, también me lleva por la calle de la perdición. Al menos en el sentido de que no sé qué tengo con él ni si lo nuestro podría prosperar.

De repente tengo la imperiosa necesidad de quedar con él. Y también con Laia, por separado, claro. Les escribo a la vez, en chats paralelos. Comienzo del mismo modo brusco en ambos: «¡Hey! ¿Cómo te va quedar?».

El primero en responder es Samuel. Se nota que está de baja ahora mismo y que estamos en horario de mañana, porque Laia estará con sus setos y sus flores.

«¡Bien! ¿Ya estás libre entonces? Que me dijiste que tenías muchísimo lío».

Mi eufemismo para ocultar que estaba durmiendo con otro chico sale a la luz. No quería hablar a ninguno del otro hasta aclararme. Si esto es jugar a dos bandas y estoy condenada, que así sea. Mi confianza en apostar todo al mismo número en la ruleta está más desaparecida que los dinosaurios.

«Sí, ya estoy más liberada y me gustaría verte. Esta misma tarde, si puedes».

«¡Estoy más libre que una mariposa! Dime dónde y cuándo y allí estaré».

No soy la más ingeniosa del lugar, porque decido que, una vez más, lo mejor es ir a una cafetería. A fin de cuentas, ahí se está tranquilo y se puede charlar. Lo típico lo es por una razón. Yo no pongo las normas.

Él me dice que, con el día que hace, es mejor que vayamos a la de al lado de la que había propuesto, si no es inconveniente. Su razón es que nos lo ponen para llevar y así podemos pasear un poco.

«Es que no salgo mucho, ¿sabes?».

«Ah, yo varias veces al día con mi perrita», respondo mientras me suena el móvil por un

mensaje de Laia que ya leeré más tarde a solas.

Samuel, al enterarse de la existencia de mi cánida, se vuelve loco y me empieza a preguntar su nombre, edad, raza. También me pide fotos y expresa sin tapujos que le encantaría conocerla. Cuando, más tarde, le muestro imágenes de Thor desde mi móvil, no hace más que alabarla y repetirme que le encantaría jugar con ella y achucharla. Yo sonrío complacida, porque si de algo siento orgullo es de Thor, y me gustan las personas que valoran a los perros como lo que son: animales inteligentes, fieles, dóciles y unos compañeros increíbles.

Nos acercamos a pedir nuestras bebidas y las dejamos pagadas. En los vasos de plástico van escritos los nombres de los clientes, aunque considero que para que te contraten en esa cadena tienes que no pillar ni uno. A él lo han bautizado como Ismael y a mí como Laura. Al primer sorbo, certifico que no pecan únicamente de sordera: es uno de los peores cafés que he tomado nunca y escuece aún más al pensar en el precio exacerbado del producto. Como diría Max: *nunca mais*^[5].

Al final, caminamos un ratito en el que él me habla de que se encuentra mucho mejor y que cree que la siguiente semana ya en la revisión van a mandarle a rehabilitación y que pronto estará trabajando de nuevo.

Yo no puedo ya más. Es un chico muy agradable y quiero saber qué opina de nosotros. Se lo consulto sin rodeos.

—¿Pero no estaba claro que somos amigos? Era lo que buscaba, eso y nada más. Lo puse en Tinder. ¿No me consideras ya una amistad o al menos un contendiente a serlo?

¿Contendiente? ¿Como si estuviéramos en el campo de batalla? Sé que no ha elegido la palabra adecuada, pero yo lo he entendido, que es lo importante. Me sorprende, eso sí, el saber que jamás valoró tener una pareja a través de la aplicación.

—Supongo que somos amigos, sí.

—Bueno, además de que hemos quedado varias veces y todas de buen rollo, hablamos a diario. Si eso no es por ser amigos ya sí que no entiendo nada —me responde él en un tono con el que detecto que, tal y como me contó en su momento, no ha tenido nada de suerte con las amistades y está más solo que la una a la hora de socializar más allá del ambiente de trabajo.

—Claro, lo que me sorprende es que de verdad quisieras eso. Es un mensaje que suelen poner otros que quieren otro tipo de relaciones. Es más, suele ser la mentira número uno para llevarte al catre y luego nada de nada. Como cuando te dicen que son sensibles y románticos.

—¿Es que tú querías otra cosa? ¿No quieres que nos sigamos viendo? Pensaba que te importaba yo como persona y que podíamos seguir siendo amigos. Fui sincero contigo en todo momento. Incluso puse como filtro principal que soy arromántico y asexual en la descripción.

—¿Pusiste eso? No lo recuerdo.

Según pronuncio esas palabras recuerdo que decía arriba de todo algo de «aro y ace» que no entendía y por lo que jamás pregunté. Él mismo me lo aclara a todo correr.

—Pues es estupendo añadir un amigo a mis filas y no tener ya dudas sobre si podrías ser un posible interés amoroso —le expreso alargando una mano para que él la coja y sellemos así ese pacto de la amistad.

Me siento algo rara. No es por él, es por mí, que nunca había conocido a alguien sin ciertos intereses y/o deseos. Mi círculo no es el más amplio del mundo, aunque acaba de crecer con Samuel, al que tendré que conformarme con ver poquísimo una vez que retome sus quehaceres laborales con esos horarios loquísimos de los que se ha quejado en numerosas ocasiones.

[5] Expresión gallega que se popularizó con el hundimiento del petrolero Prestige. Significa *nunca más*.

Capítulo XXXV

LAIA

A las mil vi que tenía un mensaje de Claudia. Había estado liadísima porque ahora que muchos se han ido por ahí a todo correr con el levantamiento de restricciones, son varios los vecinos que me han pedido que me pase por su casa a echar un vistazo a sus plantas y regarlas y demás. Es algo que me surge siempre en periodos vacacionales en la urbanización para la que trabajo. Es un dinero extra y fácil que no me va nada mal.

Cuando contesté a mi amiga, se ve que era ella la que no podía, ya que me tocó esperar unas horas para que concretásemos vernos. Al final lo haremos hoy y menuda sorpresa se va a llevar cuando vea que no estoy sola.

Aparece escuchando música con su móvil y meneando la cabeza. Estoy convencida de qué género es, porque el que tuvo retuvo. De hecho, en cuanto me saluda, sin percatarse de que no estoy sola, me confirma que estaba con el *k-pop* a tope.

—Tía, menudo vicio con woo!ah! Son unas diosas caídas del cielo.

Me río, porque decimos eso de todas y cada una de las chicas a las que seguimos. Estas, a pesar de ser nuevas, ya son bastante populares entre aficionados a este tipo de música. Eso y que nosotras nos pasamos la vida compartiéndonos canciones desde YouTube o Spotify, porque las cosas buenas culturales no hay que guardárselas para una sola.

—Claudia, este es Gustav, mi novio.

—¿Quéééé? —pregunta ella muy sorprendida con un tono que me resulta graciosísimo.

—Lo sé, no te había dicho nada. Quería que fuera una sorpresa.

Se saludan entre sí y nos vamos a una cafetería a merendar. Si acaso aún se le llama merienda a tomarse unos bollos a las siete y media de la tarde. Yo digo: sí. Al menos si no has merendado previamente.

Claudia le hace un pequeño interrogatorio a Gustav. Suena más a eso, para saber si es válido para mí, que a preguntas normales para saber cosas de un desconocido con el que tendrá que compartir espacio en más ocasiones. Él también lo entiende de ese modo, porque se lo toma a risa e incluso se lo señala.

—Soy un buen chico, no tengo antecedentes penales. No pego a los niños pequeños, soy respetuoso con los ancianos y sé que las tareas en el hogar son compartidas entre todos los miembros. En serio, vengo educado de casa —le asegura él a mi amiga todo de corrido.

—Eso espero, porque hay cada uno... —refunfuña ella.

—¿Y tú qué tal? Ayer me mencionaste que habías salido con un amigo —intervengo yo, cambiando de tema.

—Saliendo, saliendo... no. Es un amigo. Nada más.

—¿Seguro? —insisto para tirarle de la lengua.

—Y tan seguro, que me dijo que él jamás querría otra cosa con nadie. Me hizo un favor, no creas, porque yo no tenía nada claro lo nuestro y pensaba que si salía con él sería solamente por ser majo y caerme bien.

—¿Sin gustarte?

—Sin gustarme.

—Eres más rara que un perro verde —contesta Gustav entre risas—. ¿Por qué querrías salir con alguien que no te gusta?

—Por si lo hace luego.

—No es tan extraño —defiendo yo, que también he hecho lo mismo más de una vez para no estar sola y porque creo que, de algún modo, se nos ha educado para que pensemos de esa forma.

—Claro que lo es. Se sale con aquellos por los que se siente algo. ¿O es que yo no te gusto?

—Sabes que me encantas, Gustav —le digo mientras noto que me ha sacado los colores en público. Decirle esto frente a mi amiga me ha costado un mundo.

—¿Entonces no hay nadie?

—Yo qué sé. Es todo tan complicado... ¡En parte la culpa la tiene Héctor! ¡Es por él que me abrí Tinder! ¡Él y su amabilidad tienen la culpa de todo!

—¿De qué hablas? —le pregunto, que jamás he oído hablar del tal Héctor.

—De nadie —responde. Miro confusa a mi amiga y cambia su discurso—. Del hijo de la vecina.

—¿Está bueno o qué?

—Muchísimo —reconoce—, pero ese no es el tema.

—Claudia, muchas veces ese es el tema, lo que percibimos del otro, que es algo que suele ser subjetivo para el resto. Ensalzamos por una razón muy concreta —asegura Gustav, que se ha metido en la conversación como si fuera uno más desde hace tiempo.

—Ya, bueno, el caso es que al principio me parecía un imbécil integral. Al principio principio no, menos al principio.

—No entiendo nada, pero tú sigue —le indico mientras veo a mi novio mirándola muy atento para enterarse bien de este salseo.

—Pero es que luego es muy majo y me ha ayudado varias veces, aunque es por su culpa que tuve que hacerme Tinder a ver si encontraba pareja y lo olvidaba.

—¿Por qué querías olvidarlo? Suena a que estás por sus huesos —consulta Gustav.

—Es complicado, ¿vale? Y luego se besó con la tal Laura esa, que él dijo que no, que fue ella, pero los chicos son todos tan capullos... —se desahoga y rectifica rápidamente—: no creo que tú seas así, pareces un buen tío. Espero que ni Laia ni yo te hayamos juzgado mal o tendremos que partirte las piernas —amenaza de broma ella, a la que detecto más vulnerable y nerviosa que nunca al hablar de ese chico.

—¿Entonces desconfías de él? —quiero saber yo.

—Antes sí, pero ahora creo que no tengo motivos y que es mi pasado el que me hace dudar de sus palabras. Sus actos han sido todos bondadosos y amables. ¡Si hasta me dio un beso de esquimal!

—¿¡Os besasteis!?

—No un beso de verdad, frotar las naricillas, que fue intenso, pero ya está. Que me olvidaré de él ahora que no estoy viviendo con él.

—¿Cómo que viviendo?

No dejo de alucinar con mi amiga. Gustav seguro que también.

—Unas semanas de nada, por unos problemas. Una tontería sin importancia. Ahora con no verlo, ya está.

—No, no. Tenéis que seguir quedando y veros, ni que te sobrasen los amigos.

—Ayer mismo hice uno —remarca.

—Ya, y no por eso tienes que hacerle el vacío a este que se ha portado tan bien contigo. ¿Es que estás tonta? —le digo muy seria.

Ella me dice que se va al baño un momento, que se está meando y que seguimos ahora. Me quedo hablando con Gustav.

—¿Pero tú la has visto? Está encoñada con el tal Héctor.

—Totalmente, si mira cómo se le ilumina la cara cuando habla de él.

—Más le vale no dejarlo escapar, o se arrepentirá toda la vida.

Cuando vuelve, hablamos de otras cosas, y justo antes de despedirnos retomo el tema sin mencionar al héroe espartano de su corazón.

—Claudia, recuerda que la felicidad está golpeando tu corazón con fuerza, jamás ha sido tan potente ni insistente. Mírala a los ojos y agárrala bien fuerte.

Capítulo XXXVI

CLAUDIA

Hace un par de días regresé a casa y los he tenido ocupados quedando con Samuel y con Laia, por separado, ya que no se conocen entre ellos. Con el primero ha sido para aclarar lo nuestro, debido sobre todo a mis dudas con Héctor, y por no hacerle daño, ya que es majo; con Laia fue para ponerla al día y me cuesta creer que tanto ella como el buenorro de su novio sueco vieran tan claro lo mío. Cómo se nota que no están en mi pellejo.

El problema con internet se ha resuelto y, sin embargo, mi vida no ha vuelto a la normalidad. No a la que concibo como tal, con mis mejores amigas. Las divas de Chelsi y Max no volverán hasta el 30 de agosto, que al parecer es domingo y un día magnífico para estar por casa, teniendo aún un día más de aclimatamiento antes de que retomen sus consultas el 1 de septiembre, tras su merecido mes de vacaciones. Me han dicho que se van a ir a Grecia un par de semanas y otras dos a Galicia. La pasión con que me han relatado los planes que tienen me ha dejado muy claro que sus lugares estrella serán Lesbos, en honor a la grandiosa Safo, y también Coruña, Vimianzo y Dumbria, por lo que supusieron las valientes de Elisa y Marcela casándose en 1901, más de un siglo antes de que fuera legal hacerlo en el país, en una época en que estaba perseguida la homosexualidad.

Hoy es sábado y mi amigo Héctor y yo hemos decidido dar una vuelta y comer algo fuera aprovechando el día libre. Saldremos por aquí por el barrio. Él no lo conoce demasiado bien todavía al no haberle dado más oportunidades que al recorrido desde su casa hasta el supermercado, el parque o la estación de metro. Su vida en Salamanca y su casi reclusión perpetua en casa a excepción de ir directo a los sitios mencionados han ayudado a que desconozca los grandes encantos que tiene Lavapiés, además de a mí.

En el restaurante pedimos un entrante para compartir, un par de platos principales y dos postres. Salimos llenos a reventar. Al llegar la cuenta, invito yo, por supuesto. No importa que no seamos pareja, los amigos están para ayudarse. Él no tiene ingresos, así que estaría feo decirle que se pagase lo suyo o, peor aún, que lo de los dos. Me dan rabia ciertas actitudes y pensamientos. Por ejemplo: el hombre no tiene por qué ser la única fuente de ingresos y provisiones, no debe, de hecho. La mayoría de las tradiciones, por no mojarme y decir que todas, son una tremenda estupidez arcaica y que conlleva conductas machistas, racistas, homófobas, clasistas y demás adjetivos que significan que estamos ante una persona muy ignorante o muy ruin. En las familias y en las parejas debería primar el concepto de unidad. De ayudarse, de aportar cada cual lo que pueda, como pueda. Es el amor el que mueve montañas, la comprensión la que nos ayuda a estar cómodos y felices, no las inseguridades que se gestan con esos pensamientos de que unos *cazan* y otras cuidan. Estamos en el siglo XXI, ya hace mucho que

dejamos la prehistoria atrás e incluso la Edad Media es cosa del pasado.

En la calle, rumbo a una librería que me gusta bastante y que creo que puede interesar a Héctor, este me indica algo.

—Anda, pero si es Lorena. —Ante mi cara de desconcierto añade un dato más esclarecedor—: La chica que me besó. Ya sabes, mi compañera de piso en Salamanca que ha resultado que se ha venido a casa de su abuela aquí al barrio.

—Con lo grande que es Madrid, qué casualidad verla. Ya parece que te acose —añado yo de broma.

Cuando llega a nuestra altura no deja ni que Héctor me la presente.

—¿Quién es esa? —acusa, señalándome con el dedo.

—Claudia, mi mejor amiga. Os hablé de ella a todos el otro día en el grupo y la única respuesta que obtuve por tu parte fue que te saliste de él —le contesta él, muy tranquilo.

—Mentira. Doña Nadie, tú no puedes ser su mejor amiga ni su novia ni su nada. Este chico es mío. Estamos saliendo desde hace por lo menos dos años. Así que aparta de él, lagarta.

Estoy alucinando, no sé qué intenta ni por qué habla de este modo. ¿Esta chica es la amiga que Héctor tenía? ¿Se comportaba normal antes de lanzarse a sus brazos y comerle los morros contra su voluntad? ¿Qué pócima bebió de ellos? Seguramente sean irresistibles y harán enloquecer, pero no pensaba que te convirtieran en un esperpento viviente. Ahora me daría miedo pasar más allá de los besos de esquimal, si no fuera porque estoy alucinando con esta chica que dice cosas sin lógica.

—Lorena, sabes que no es verdad. Tú y yo somos amigos. O éramos —sentencia con un tono agotado y triste.

—Eso se lo dirás a todas. Conmigo hiciste lo mismo, fui la sustituta de la anterior y luego a pasar de todo y dejarme de loca —le esgrime con rabia antes de dedicarme unas cuantas palabras más a gritos—. ¡Pues no estoy loca, ¿entiendes?! ¡Y a ti te va a dejar por otra! ¡Eres solo un juguete!

Me deja descolocadísima y sé que a Héctor le sucede lo mismo porque su cara es un poema. Me asegura que él no tenía ni idea de que ella era así. Que eran amigos, pero no muy cercanos. Solo se veían en casa y es con la que menos tiempo pasaba hablando y haciendo cosas porque ella siempre se excusaba diciendo que estaba ocupada o que tenía otros planes. En ocasiones se quedaba mirándolos o haciendo a saber qué en su iPad mientras los demás veían una serie, porque aseguraba que esas maneras de entretenimiento mataban la creatividad y la capacidad de generar ideas, así como de solucionar conflictos. Está visto que lo que se le da bien es originarlos, sembrar semillas de caos. Me da pena. Eso sí, que sea ella quien se percate de su problema, no pienso acercarme para señalárselo. No quiero estar en su vida ni de rebote.

En la librería a la que vamos hay un cartel en el exterior. En él se indica que habrá una firma de Lidia Benavente.

—Ostras, resulta que Lidia es escritora y tiene una firma la semana que viene. Ya es casualidad y cómo se lo monta, ¿no? —exclamo yo.

—¿Eh? ¿La conoces, pero no por su trabajo? —pregunta confuso.

—Claro, iba a nuestro cole y tuve un *crush* [6] tremendo con ella —confieso.

—¿En serio? No me lo hubiera imaginado.

—¿Que no supiera que escribe y que, al parecer por tu pregunta anterior, es famosa o que estaba por ella?

Se ríe como respuesta.

—En serio, ¿es una *best seller* o algo por el estilo? No estoy muy puesta en literatura, no me mates.

—No sé si es una superventas dentro del nivel que la mayoría de la gente podría imaginar, con su mansión gigante con jardín y piscina, su batín de seda, las copas de un vino carísimo siempre llenas y con gente trabajando para ella que le sirve las mejores ostras y caviar para desayunar. Eso si pongo de ejemplo el caso hipotético más corriente dentro de ser exagerado para casi cualquier mortal, excepto para un andaluz —bromea—. Se une la pasta con la excentricidad, porque es lo que más llama la atención, no lo del que tiene lo suficiente para pegarse una vidorra y aun así no se expresa con un cocodrilo en el jardín, un *jacuzzi* repleto de jóvenes ligeras de ropa o desnudas directamente frotándole la espalda y otras cosas. Sin duda es disparatado el asunto, porque creo que ni siquiera sé soñar a lo grande y veo eso demasiado raro. No, no creo que se bañe en billetes, que se restriegue las lágrimas con sus cheques de regalías. Pero imagino que mal no le va, como poco vive de ello, que en un oficio como el suyo es tremendamente complicado y sé de lo que hablo. Te recuerdo a qué me dedico, aunque por ahora no me esté dando frutos... económicos.

—Entiendo. ¿Y qué escribe? No sé mucho de ella. Íbamos a fútbol juntas de crías y después del instituto le perdí la pista. Antes de hacer mi FP, me refiero.

—Está especializada en libros de romántica con ciencia ficción, o ciencia ficción romántica, como prefieras llamarlo. Son geniales. Tiene un toque muy característico suyo. Aparte, tiene un par de novelas gráficas —me dice, y le pregunto qué es eso, porque me lo imagino, pero no lo tengo claro—. Son cómics, en realidad, pero se les ha puesto ese nombre para darles un toque de distinción, para indicar que están como novelizados. No sé si me entiendes.

Asiento muy interesada y me cuenta que la admira muchísimo, que le encantaría realizar una colaboración con Lidia. Ella escribiría y él le daría vida a esas palabras con sus trazos.

En casa, me pongo a trastear con el móvil. Creo recordar que tenía su número. Cuando lo encuentro, me pongo tan nerviosa que llamo sin querer. No tarda en cogerlo. Es su voz, la reconocería en cualquier parte. Fueron días y noches obsesionada con ella como para olvidar ese timbre. Entro en pánico y cuelgo sin decir nada, como si perteneciera a la mafia o fuera un intento fallido de teleoperador que no llama desde centralita. Joder, mi número se le habrá quedado reflejado. ¿Y si me llama? Lo hace segundos después.

—Hola. Perdón, me has llamado y ha debido de cortarse. ¿Quién eres?

—Nadie. Alguien que estuvo por ti hace tiempo. He pulsado sin querer. Adiós —respondo yo simulando una voz más ronca para que no me identifique.

Qué sustos me llevo a lo tonto. ¿Y a qué ha venido esa especie de declaración tardía caducada? No hacía falta. De verdad que no. Los nervios son muy traicioneros. Me lo tomaré como una anécdota estúpida para la colección. Va directa a la caja de recuerdos enterrados entre otros igual de inservibles.

Llega el día de la firma. No sé si hay algún tipo de código de etiqueta o algo por el estilo. Escribo a Héctor, que es el entendido en el tema. Es mi primera vez en una presentación literaria y no quiero desentonar. Menos aún siendo de Lidia. Me moriría de la vergüenza si todas las miradas de los asistentes a la librería fueran hacia mí por no saber encajar (o fingirlo), que es a lo que suelo estar habituada. El «tierra, trágame» sería aún más épico si hubiera algún conocido entre los asistentes (aparte de la propia autora y de él), sobre todo por lo improbable que resulta.

No soy la reina de la socialización, ni falta que me hace, por lo general.

Al final, para tratar de pasar lo más desapercibida posible (ya que mi amigo me ha asegurado que está convencido de que habrá bastantes lectores de la autora), le he pedido prestada a Max una camiseta de esas *oversize* oscura, que llevo con unos pantalones pirata azules y unas Converse de color crema. Me imagino que los fans de la ciencia ficción visten así y que es lo más adecuado. Es muy difícil ser yo, no cualquiera tendría el aguante de levantarse por la mañana y tirar con alguien tan complicado, tan temperamental.

Héctor lleva una mochila cargada hasta los topes. Hace una semana cojo y me entero de que una amiga de la infancia es escritora, que ya bastante sorpresa es porque no es algo que se espere uno de alguien a quien conoce. Yo al menos no. Y ahora resulta que es muy prolífica y que tiene tres novelas gráficas publicadas con editorial, dos libros autoconclusivos y una saga abierta de un *retelling* de mitos clásicos en el espacio. El término este en inglés es contar cuentos o mitos clásicos cambiándolos de forma que no se parezcan, pero que se aprecien detalles, ambientación o personajes en esa recreación. Vamos, lo que hice yo en su momento sin saber que tenía un nombre y que era algo corriente. Estoy aprendiendo un montón de cosas con Héctor, que es mucho más inteligente de lo que parecía *a priori*. En el instituto me parecía un chico calladito y después un tremendo imbécil muy guapo que me tenía conquistada aunque lo detestaba por juzgarlo mal y llevarlo todo a la tremenda.

Para la presentación, mi acompañante compra la que es su historia favorita de Lidia y me la regala.

—Para que te firme algo a ti también. Cuando lo leas, te va a chiflar.

Es un encanto. Me deja pasar primero en la cola, porque él se queda hablando con la editora. Aun así, soy de las últimas, porque nos ha tocado sentarnos al fondo, en una esquina. Es entonces cuando veo que, aparte de las obras que llevarse rubricadas, ha aparecido con dibujos varios de muestra. Este ha venido a venderse de paso. Bravo por él.

—Hola, ¿qué tal, Lidia? Así que escribiendo a tope —le digo yo con un tono cordial y de cercanía. Desconozco si aquellos lectores y las personas que la conozcan, pero a quienes ella no, le hablan de la misma manera. Supongo que sí. Hay peña que se toma muchas confianzas con los famosos. ¿Lo es ella?

—Ostras, Claudia. ¡Cuánto tiempo! Cara a cara, quiero decir. Ya sé que me llamaste el otro día por teléfono.

No respondo porque me pilla por sorpresa que lo haya descubierto. Puede que no sea la maestra del disfraz (o de la distorsión de voz) que yo creía. Vaya chasco.

—Sí, sí. No pongas esa cara de acelga. La semana pasada me dijiste que habías estado colgada de mí. Chica, vaya sorpresa. Descubrí que eras tú porque busqué tu número a ver si estabas en WhatsApp, quien más y quien menos tiene cuenta ahí, y zas, vi tu foto. Muy bonita, por cierto, sales guapísima.

Mis mejillas están completamente rojas. Noto el ardor en ellas. Querría desaparecer, evaporarme como si estuviera en mí el poder de la invisibilidad. Me sale una risilla nerviosa y me siento aún más estúpida. Comienza a nublárseme la vista de la ansiedad que me está provocando este momento cuando Héctor, que estaba justo detrás de mí, me toca el hombro, muerto de risa. Ese roce y que se lo haya tomado con humor me provoca un sosiego indescriptible. Es terapéutico.

[6] La persona que te gusta.

Capítulo XXXVII

MAX

Esta noche es el Miss Vaca. He estado insistiendo tanto con esto en casa que incluso Chelsi y yo hemos convencido a Claudia de que se lo tome como lo que es: un tema a la altura de todo lo que incumba a BTS y el resto de coreanos de esos con que nos martillea la cabeza día sí y día también. Si fuera a un concurso de la tele y me hicieran alguna pregunta sobre el tema, la pasaría sin utilizar ningún comodín, y eso que no es mi estilo musical para nada.

Nuestra amiga ha quedado tan convencida de la relevancia de este concurso que ha quedado con Laia, su amiga jardinera, para irse a su casa e instruirla tanto a ella como a las otras chicas con las que vive, a no ser que no anden por ahí. No ando muy al día de eso, solo tengo migajas de información, pero vaya migajas más buenas.

Por la noche, después de estar un rato chateando, justo antes del inicio de *Luar*, ese programa de televisión que lleva tantos años en emisión que parece increíble, Claudia inicia una videollamada con nosotras. Lo primero que hace cuando se inicia esta es disculparse.

—No pongo la pantalla en el centro de la mesa porque la tenemos repleta de cosas, mirad. — Nos muestra a qué se refiere y dice algo más—: Ya la voy moviendo yo y me la llevo conmigo en todo momento.

—Eso, te acompañamos al baño, como si estuviéramos fuera de casa —digo yo con sorna.

—Estáis fuera de casa. Y yo también.

—*Touché* —dice Chelsi.

Hablamos un poco de cómo creemos que será. Para mí también es mi primera vez. El concurso se celebra desde 2006, pero al no vivir en Galicia pues es inevitable no enterarse de multitud de cosas. Aquí encajaría, como leche en taza, qué vergüenza sobre mi vaca.

Van presentando a las vacas a pocos. El ritmo del programa es lento y además intercalan música como de verbena, charlas casposas y demás, por lo que de lo que nos interesa (las vacas) vamos teniendo sesiones a cuentagotas.

Cuando por fin las vemos a todas, es cuando ponemos sobre la mesa que hay que decidirse por una.

—Ay, a mí me parece muy salada Cereixa. Además Pontevedra no ha ganado nunca —dice Claudia.

—A ver, centraos un poco y mirad un mapa. La provincia importante aquí es Coruña, y su vaca, Pastora, es la mejor. Menudo porte —señalo yo, orgullosa de mis orígenes.

—Ya, Max, pero déjala que escoja lo que quiera.

—Si tiene mal gusto tendré que decírselo —carraspeo fingiendo que estoy enfurruñada.

—Es que Vigo es genial, porque tiene mar, y debería ser la capital solo por eso y no tu amada

Compostela —recalca Claudia, que está a la gresca. Antes de que yo le diga nada, aunque seguro que mi cara es un poema, vuelve a intervenir Chelsi como la mediadora que se toma todo demasiado en serio.

—El mar no es tan importante. Mirad que yo voy a apoyar a la representante de la única provincia que no lo tiene. ¡Vamos, Bonita! —anima, en mención a la res de Ourense.

Seguimos hablando un poco más de ellas mientras en la televisión están con otras variedades y no con el concurso. Nos lo estábamos pasando pipa hasta que el novio de una de las compañeras de piso de la amiga de Claudia abre el pico y rompe por completo el ambientazo de buen rollo y risas que habíamos creado.

—Anda que tanta tontería por unas vacas. ¿Es que para qué veis eso? Es mucho mejor ver vídeos de cómo una boa constrictor devora un gatito.

El silencio tras sus palabras lo dice todo.

Claudia se va a la cocina con la *tablet* a cuestas, aunque no media palabra. Simplemente la deja sobre una encimera mientras saca una cerveza de la nevera y se pone a beberla ahí apoltronada a solas. Vemos el techo y su mano subiendo y bajando con la lata, de ahí que sepa lo que está haciendo.

Al poco entran Laia y su novio. No sé si le habrán hecho algún gesto o algo, pero sé que eran ellos porque les oigo decir que estaban recogiendo la mesa.

Laia coge la *tablet* y se la pega al pecho, imagino que de manera inconsciente, pero apunta hacia la salida de la cocina desde donde está ella.

Entonces, mientras oímos a Gustav decirle a Laia que el tío ese es un tremendísimo gilipollas, vemos al susodicho a punto de cruzar el umbral de la puerta. Por los gritos de energúmeno que suelta, quedan cero dudas sobre que lo ha oído y está en total desacuerdo. Monta tal escándalo insultándolos a todos y poniéndose gallito que Sara viene desde el salón.

—¿Para una vez que vas a ayudar con algo y tienes que montar el pollo? ¿Sabes qué? Tenían razón mis amigas y eres un impresentable, aunque he estado tan cegada que no he sabido verlo. Vete. Ya meteré tus cosas en una caja y te llamaré para que las vengas a recoger.

Ver una ruptura en directo a través de videollamada no era una cosa que pensase que fuera a presenciar nunca. Vaya la de sorpresas que trae la vida.

Tras eso, no vuelve a saberse de Sara en toda la noche y el resto nos quedamos tan incómodos que apenas se hace comentario alguno sobre lo que aparece en televisión. Es más, creo que todos se olvidaron de que Chelsi y yo estábamos ahí, a través de una pantalla, hasta que yo digo con cierta pena que es Lugo quien se alzaría con la victoria. En fin, Mariposa, vuela alto, al igual que lo hará quien, desde hoy, ha recuperado sus alas.

Capítulo XXXVIII

HÉCTOR

Me he tirado días con agujetas en el estómago de tanto reírme. Claudia es muy graciosa incluso sin pretenderlo. Quizás más, en realidad, en esas ocasiones en que no busca una reacción determinada por parte de nadie.

La charla con la editora de Lidia fue muy formal y, sin embargo, no terminó en un «Ya te llamaremos» tras una sonrisa fingida, sino que allí mismo se puso a mirar por encima algunos de los dibujos y se le escapó alguna pequeña alabanza sincera. Después, retomó su compostura de señora seria de negocios que trabaja para un gran sello y ahí sí me dijo que lo miraría todo con tiempo y me tendría en cuenta para realizar trabajos de ilustrador como portadista para ellos. Después de eso, en la cola me dijeron todos que no me quedara al final, que fuera con la chica con la que estaba, así que adelanté bastantes puestos hasta llegar a su altura. Como Lidia estaba de muy buen humor (y vio además que estaba con Claudia), le comenté que quería hablar con ella de una cosa relacionada con el ámbito profesional y me sugirió que me esperase a que terminase de firmar al resto y de hacerse fotos con ellos y atenderlos, y que después, si eso, nos fuésemos a tomar un café por allí cerca para ponerse al día las dos excompañeras y que le contase lo que fuera. Le mostré dibujos varios que tenía con diferentes técnicas y estilos y me pasó su número de teléfono y el correo electrónico para que siguiéramos en contacto. No quiero hacerme muchas ilusiones, pero la verdad es que estoy muy emocionado con la posibilidad de que haya una colaboración entre ambos en el futuro.

En la lista de cosas que no ha hecho un madrileño que se ha criado y vive en la ciudad (en mi caso con la excepción de los años en la universidad, durante el periodo lectivo) siempre hay bastantes que cualquier visitante se saca del tirón en ese fin de semana o puente en que se escapa a la capital para aprovechar un poco la gran oferta cultural. Esa que muchos querrían eliminar y para la que trabajan de manera activa para que mengüe o se dificulte su acceso. Me da rabia y, a la vez, siento que me he perdido muchas cosas y quiero ponerle una solución. Me avergüenza reconocer que a lo mejor me llevo el pleno a la dejadez por tenerlo todo a mano. El único museo que he visitado es el del Jamón (y no pocas veces). No he ido al parque de atracciones, al zoo, a la Warner, al Aquopolis ni, por supuesto, a ningún musical. Por este último punto estoy convencido de que Román y Álvaro menearían la cabeza de lado a lado como muestra de cuánto desapruban mi actitud o mi falta de buen gusto. Sé también que se ofrecerían a acompañarme a todos y cada uno de los que se estrenasen y que, de tener más dinero, me arrastrarían con ellos a Broadway, la cuna del género, según han declarado en numerosas ocasiones con la más amplia y sincera de las sonrisas. Quizás hay solo otra cosa equiparable en cuanto a veces que haya salido ese tema y que hayan mostrado su gran pasión por ello: lo que rodea a Eurovisión, tanto el

festival en sí como la elección de representante, es decir, que engloba *Operación triunfo* y, por extensión, todos los concursos de canto y galas musicales para mantenerse a la orden del día. Son «las putillas» (dicho por ellos mismos) de los programas de Fin de Año y Año Nuevo y los más alocados cuando hay Premios Grammy y de cualquier otro tipo, entre los que yo ya me pierdo por más que trate de seguirles el ritmo, ya que su emoción es contagiosa, pero uno tiene sus límites en cuanto a capacidad de retención.

Para ser un poquito menos típico de aquí, hoy Claudia y yo vamos a ir en el teleférico. Antes de eso hacemos una parada en la frutería a la que llevo unos meses yendo. Sé que allí te hacen zumo de naranja natural y es bueno tener un extra de vitaminas.

—Hola, guapísimo, tú por aquí. Se te echaba de menos —saluda la frutera.

—Sí, hoy vengo acompañado.

—Anda, ¿es tu hermana?

—No, no, si soy hijo único. Claudia no es mi hermana —respondo riéndome.

—Pues nada, parejita, a ver qué queréis, que no tengo todo el día —dice ella tan seca que parece otra persona. Nos sirve una botellita de zumo a cada uno, se las pago y nos vamos.

—¿Tú crees que ha pensado que somos pareja? —pregunta Claudia justo antes de darle un sorbo.

—No sé, pero normalmente es más maja.

—A mí también me sacaste de quicio durante una temporada.

—No eras tan bipolar, aunque se te entendían los cambios de humos exactamente igual: cero.

Ella se ríe. Mejor eso a que se enfade de nuevo conmigo. No la entiendo, pero la quiero, eso me vale. Me quedo también con que resulta que parecemos novios, sin serlo. Lo cual me alegra y entristece al mismo tiempo.

Ni siquiera sabemos dónde se coge ese cacharro, lo cual ya sería una aventura si no fuera porque con la existencia de Google (o el que casi todo lo sabe) nos enteramos en un periquete de dónde tenemos que desplazarnos para ello.

De camino hacia allí me asusto pensando en qué pasará si, por lo que sea, descubro que me da vértigo. Si me mareo delante de ella en aquello que se supone que es romántico y bonito, quizás me muera de la vergüenza. Disimulo soltando un estúpido chiste para relajarme y procurar que se ría:

—¿Sabes cómo se llamaría el príncipe de Bel-Air francés?

—Ni idea. ¿*Pgínsipe de Belég*? —responde simulando un acento forzadísimo de nuestros vecinos europeos.

—No. *French prince*.

No surte efecto. Me pone una cara como de que no entiende nada. Así que le explico que en inglés es *fresh prince*. La misma cara de mustia. Considero que me está perdonando la vida y me callo hasta que llegamos al destino.

Me había imaginado que eso estaría repleto de parejas y familias de estas con decenas de niños a los que hacen caso lo mínimo requerido y, en ocasiones, ni eso. En mi cabeza estaba un poco la estampa de que nos encontraríamos algo como el estanque de El Retiro con las barcas siempre en movimiento (otra cosa más para la lista, las famosas barquitas de remos). Nada más cercano a la realidad, porque Claudia y yo casi éramos los únicos que habíamos tomado la decisión de subirnos al teleférico aquella mañana.

En la Casa de Campo damos un paseo que se prolonga hasta la hora de comer.

El hambre apremia, pero, por fortuna, está todo estudiado de antemano. Habíamos decidido

hacer un pícnic en el campo. Yo he traído un mantel de tela para poner en el centro y dos toallas para sentarnos. También cubiertos variados, un juego de vasos plegables y servilletas, así como una botella de Nestea grande vertida en un termo, junto con otro más de agua. Claudia se ha encargado de la comida. Imagino que por humildad, me comenta que no es una gran cocinera, pero que le apetecía ponerse en los fogones un rato para sorprenderme. Vaya si lo hace, ya el primer bocado es un cúmulo de sabores y sensaciones inéditas en mí, que he estado cinco años en un piso de estudiantes. Quienes habéis pasado por lo mismo os podéis hacer una idea. Para los que no, diré que ahí es donde muchas veces aquello a lo que recurriamos eran pequeñas herejías o mezclas de ingredientes imposibles de concebir en situaciones normales, pocas buenas creaciones habrán salido de allí y, sin embargo, grandes aberraciones han nacido en estos pisos de estudiantes, no me cabe duda. Ahora bien, la comida de Claudia supera cualquier pesadilla gastronómica.

Solo con echar un vistazo al táper de croquetas y al de tortilla ya entran sudores. ¿Estoy obligado a comerme eso? ¿Es a lo que se refieren con lo de que hay amores que matan? Las croquetas, de la zona de congelados del supermercado del barrio según he sabido después, están recubiertas de una extraña salsa de un color y olor indescritibles que me recuerdan a esos lagos de ficción en los que si algo se cae sobre ellos, se descompone o explota. Aun así, la curiosidad hace que alargue la mano para probar una.

—¡Dios mío, está totalmente congelada por dentro! —exclamo, sin hacer mención todavía al sabor tan asqueroso de ese pringue del que estaba impregnada. En el hipotético y remoto caso de que llegase a sobrevivir al día de hoy, no tardaría en acudir al notario para hacer un testamento, por si a Claudia le da por meterse en la cocina otra vez, visto el peligro que eso supone. Ahora mismo tengo menos miedo a las bombas atómicas que a sus habilidades culinarias, lo que significa que, al igual que con Gally en *Alita* o *Gunnm* (tiene ambos nombres ese gran clásico del manga), la que espero que sea mi novia es el arma definitiva, o una de destrucción masiva —cuanto menos en potencia—.

—¿A ver? —consulta ella curiosa. Pone una cara de asco extremo y añade algo más—: vaya, parece que esa salsa que quería patentar con receta única mía es todo un desacierto. Tampoco te ha gustado, ¿verdad?

Asiento comedido, porque no soy capaz de reconocerle que beber lava de un volcán en erupción sería más apetecible que a saber qué ha mezclado ella para obtener ese resultado tan desastroso. Me gustaría seguir vivo o con todas las partes del cuerpo funcionales.

—Ya, bueno, lo he intentado —responde mostrando que está complacida y decepcionada al mismo tiempo.

—¿Qué llevaba? Por curiosidad.

—Plátanos, cacahuets molidos, aguacate, caldo de pollo, *curry*, leche, mostaza, ketchup, ColaCao, huevo crudo y polvos de flan. Eso si no se me ha olvidado nada, así de memoria. Lo he batido todo junto y me ha quedado una salsa muy apañada. Buena buena no está, pero mira qué pinta y qué original. Si le doy una pequeña vuelta...

Me aterra que haya creído que juntar eso era una buena idea. Más pavor siento ante su idea de repetir con una variante.

Probadas esas infames croquetas que no podremos acabarnos, porque la sola idea de tomar un bocado más es una pesadilla peor que imaginarse que vas a cerrar mal la cremallera del pantalón y te vas a trillar un huevo, toca pasar al otro intento suyo de alimentarnos.

Cortamos la tortilla en dados y, con mi tenedor, me llevo uno a la boca. Me digo que no se

juzgan los libros por la portada, sea esta bonita o fea, y que quizás eso negro de fuera es un pequeño tueste, pero no que eso esté tan quemado como para que afecte al sabor. Obviando que un ladrillo cubierto de cemento sería más masticable, ha conseguido que lo abrasado por el fuego esté en segundo plano con respecto a lo que haya echado ahí. Definitivamente, hay dos vías posibles para sus creaciones culinarias: o se las entregamos a la ciencia por si, de modo alguno, sirven para vete a saber qué, o, por el contrario, nos tocará sellar y enterrar en lo más profundo del planeta ambas creaciones que harían sonreír al más cruel de los demonios. Pensándolo bien, de ese modo las tendría más cerca, si pensamos que, como es habitual en la cultura popular, exista un infierno en el subsuelo, y no me refiero al metro, que un poco también.

—Agh, qué mala está y cómo pica —expresa ella.

Me río. Le pregunto cómo ha conseguido ese sabor tan misterioso.

—No lo sé, la habré liado con las especias y probablemente haya echado además azúcar en lugar de sal, porque ambos botes están pegados. No tenía las gafas ni las lentillas puestas cuando la hice anoche, así que no veía ni torta.

—Lo que no veías es ni tortilla.

Le hace mucha gracia ese chiste y se dobla de la risa.

Cogemos el teleférico de vuelta y nos metemos en el primer bar cercano que encontramos para tomar unas raciones. Le pregunto, con mucho tacto, cómo hace para alimentarse en su día a día si está claro que tiene otras muchas habilidades en la vida, pero la de cocinar desde luego no es una de ellas.

—Muy sencillo, no cocino yo.

—¿Pero y cuando estás sola?

—Tampoco. Hoy en día está tirado. Compró cosas ya hechas en los supermercados o que me traigan algo a domicilio desde esas aplicaciones que te envían a gente del restaurante.

—Ostras, pero tú imagínate que te mudas a un sitio lejos de todo y que te toca hacer algo. No vas a estar a *pizzas* y hamburguesas todos los días, ¿no?

—Tienen de todo, y en pleno siglo XXI no estás incomunicado en ninguna parte. Soluciones habría.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Seguiré teniendo que ir al supermercado para alimentarme de ensaladas preparadas, patatas fritas de bolsa, sándwiches y bollos, así que podría sobrevivir si ese escenario llegara a darse, cosa que dudo. Tengo a mis amigas a mi lado, cuidando de mí, y ahora también a ti, ¿no? Espero que sepas apañarte mejor en ese sentido, o como tengamos una salida de fin de semana o nos vayamos a algún lado de vacaciones estaremos los dos comiendo latas de aceitunas como plato único como nos entre hambre a horas intempestivas o en un lugar en mitad de la nada. Si quieres alimentarte bien, es tu responsabilidad absoluta.

En el parque del Oeste, nos paramos frente al templo de Debod. Ahí nos ponemos a hacer caras y el tonto para sacarnos unas cuantas selfis con el móvil de Claudia. Para sorpresa de nadie, la loca de la tecnología tiene uno mucho mejor que el mío y además un programa con el que saca el mayor rendimiento a la cámara de fotos.

Sentados en un banco, ladeados en una postura nada sana para nuestra espalda, pero requerida por mi corazón (y ojalá por el suyo también), le pido que se describa en cuatro palabras. Que forme una frase con ellas, no que me diga cuatro adjetivos. Es un pequeño juego, nada que tomarse en serio. Aun así, se lo piensa un rato antes de responder.

—Me gustan los ordenadores.

Claro que sí, eso era evidente. Me hace muchísima gracia lo sería que lo ha soltado, como si fuera la declaración de un secreto inconfesable.

—Es tu turno —me indica, para que no me escaquee. Así que me lo curro más que ella con mi verdad. Seguro que es más inesperada mi respuesta.

—Soy una decepción constante.

Capítulo XXXIX

CLAUDIA

«Soy una decepción constante». Es la frase que me dijo hace unas semanas Héctor. No supe cómo responder. Sé que era de esas cosas que se dicen en momentos de broma, pero que van totalmente en serio. Sé que estaba impregnada de sus inseguridades y dolor. Una confesión que alberga tantos miedos es difícil de digerir. Se me ha quedado grabada y me escuece. Mi nuevo propósito en esta vida es conseguir que deje de pensar así, que vea que puede lograr objetivos, que es alguien importante, que decepcionará a otros e incluso a sí mismo en varias etapas del camino, porque en eso consiste la vida, pero que no es cierto que sea en todo momento, en todo lugar.

Cuando Chelsi y Max vuelven yo estoy chateando con Héctor. Lo corto diciendo que ya están estas abriendo la puerta de casa en cuanto oigo la llave en la cerradura y que ya hablaremos. Aparto el móvil a un lado y, al saludarlas, mientras dejan sus cosas en su cuarto (y un montón de leche en la nevera), les pregunto qué tal les ha ido. Ellas hacen lo mismo conmigo y les cuento que Héctor y yo nos hemos hecho muy amigos. Añado que ahora nos enviamos mensajes a lo largo del día cuando tenemos un rato y solemos quedar para dar una vuelta por el barrio o realizar cualquier tipo de actividad en fin de semana.

—Vamos, que Aquiles y tú estáis saliendo —contesta de forma tajante Chelsi.

—¿Qué? ¡Claro que no! Somos amigos. A-mi-gos. —Ni siquiera corrijo su nombre, con los nervios.

—¡Pero si a ti te gusta! —salta Max, mientras busca qué película ver luego con su amorcito cuando se vayan a su cuarto a pasar la noche, pero nos mira y se ríe.

—Y eso qué más da, él no lo sabe.

—Si no lo sabe, está cegato, posiblemente porque también le gustas tú y de ese modo no ve lo evidente. Tienes que decírselo.

—De eso nada. No quiero correr el riesgo de quedarme sin un amigo tan guay como él. No quiero alejarlo de mi lado.

Antes de que Chelsi pueda decirme nada de vuelta, el timbre comienza a sonar. Es él, que viene con una bandeja de sándwiches que se ha molestado en preparar para cenar todos hoy.

—Eh, tú debes de ser Héctor, un abrazo —saluda Max después de saltar del sofá para reunirse con él—. Ostras, ¿nos has traído comida? Menudo partidazo, ¿eh, Claudia?

Alucino con cómo me las tira en la cara como si nada.

Mientras cenamos, cortesía de ese vecino tan majo, mis amigas no dejan de hablar en todo momento. No sé si él está un poco cohibido, pero me imagino que sí, porque cuando quieren son arrolladoras. Y, además, al principio no han hecho más que repetir que era genial que fuéramos

tan amigos, que cualquiera podría confundirse, porque hacíamos una pareja preciosa y no sé qué más. Después ya han cambiado de tema y, como si lo conocieran de toda la vida y fuera un amigo suyo más, se han puesto a contar cosas de sus vacaciones. Han estado hablando como si fuera un retiro espiritual, como si se hubieran ido de peregrinación para encontrarse a la India o cualquier cosa de esas que estaban de moda en los 90 y que nos pillan lejanas, pero no desconocidas porque nos empapamos bien de la cultura de esa época a la que llegamos por los pelos en casi el final de sus estertores, y porque con toda recreación ambientada en el pasado, sabemos también un montón de datos de otros momentos sin tener que recurrir a los libros de historia.

Cuando él no está se traen un choteo continuo asombroso. Lo bueno es que lo adoran. Han pasado unos cuantos días del primer encuentro. Se han dado varios más, porque Héctor se pasa por aquí con tanta frecuencia que casi parece que sea un nuevo compañero de piso. A veces, después de comer, se viene con cosas de dibujo, se va a la terraza aprovechando el buen tiempo y se pone a escaletar o hacer *storyboards* de un cómic de viajes espaciales con una invasión zombi que erradicar en más de un centenar de planetas y aumentando, si no le ponen remedio cuanto antes. Sé que va de eso porque él mismo nos lo ha contado y enseñado algunas ilustraciones y bocetos de ideas y conceptos que reúne esa obra que espera que pueda ver la luz de algún modo. Por más que nos visite, a una de ellas no se le queda su nombre, y mira que se lo he estado repitiendo hasta la saciedad. Héctor ya incluso le contesta por Aquiles. Igual es una broma privada entre ellos dos. No descarto que hayan trascendido algún punto con una amistad mágica pese a estar recién creada, a saber. Otra cosa no, pero en mi entorno son más raros que imaginar que alguien pudo pensar en tortugas mutantes antropomórficas que viven en las alcantarillas, se alimentan de *pizza* y salvan Nueva York de todos aquellos villanos que jamás se encuentran con otros héroes ocupadísimos como Spider-Man o tantos otros que pululan por esa ciudad masificada. Ya empiezo a hablar en términos de cómics sin ser yo una erudita ni nada de eso. ¿A quién le debo esto? Es evidente, y, por cierto, arrepentimiento ninguno. Agradecimiento todo, en realidad, por abrirme los ojos, por mostrarme maneras de disfrutar, que rechazaba cosas por absoluta ignorancia, por ir demasiado de subidita.

Hoy es la primera vez que salimos los cuatro juntos. El plan lo he elegido yo. Vamos a ver la nueva de *After* en el cine. Yo la primera la vi en su momento, porque me dio por ahí, y me quedé con ganas de más. Como preparativo, el otro día la pillé de la biblioteca y nos pusimos a verla todos en el salón de casa. Mucho entusiasmo por su parte no hubo, pero estuvieron muy atentos en todo momento y me aseguraron que no había ningún problema en ver la segunda, que lo importante era estar reunidos compartiendo el tiempo, más que la actividad en sí.

Cuando Héctor llama a casa para recogernos y que vayamos todos juntos a Príncipe Pío, le abre la puerta Max. Desde el fondo del salón, oigo cómo lo saluda.

—¿Listo para el desafío? Porque ya sabes que quien pierde paga.

—Sí. Más que listo. Y ya tengo la respuesta. Yo digo que tres... ¡no, cuatro!

—¿Cuatro? Vaya *loser* [7]. Yo digo que no menos de ocho. Por lo menos el doble.

—¿De qué hablan? —me pregunta Chelsi, aunque podría decírselo a ellos, que ya están en el salón mirándonos, viendo como mi amiga se termina de abrochar esos botines tan raros que se ha pillado durante sus vacaciones y yo le doy mimos en el lomo a Thor.

—De los empotramientos —respondo yo—. Se han apostado que aciertan cuántas escenas de cama hay. Quien más se acerque gana.

—¿Y si se quedan en seis?

Tanto Héctor como Max se miran. Lo hacen de un modo que indica que no lo habían pensado.

—En ese caso cada uno se pagará lo suyo —contesta Héctor.

—¡Tendría que haber un desempate de algún modo! ¡Es un duelo a muerte! —salta Max.

—¿Qué os habéis apostado? —consulto yo, que de esa parte no me he enterado.

—¡Una cena en el restaurante gallego ese carísimo que vimos por internet con unas reseñas de aúpa y una pintaza tremenda! —dice con emoción Max.

—¿Pero ahora sois los Rockefeller? ¿A ti qué falta te hace nada de esto, Max? Podrías permitirte invitar sin problemas, que Héctor no tiene ingresos y a ti no te va mal. Un día es un día —le reprocho.

—Mírala, cómo intenta que su *amiguito* se eche para atrás para guardarle los bolsillos. ¡Pero si están agujereados, no te metas!

Me sonrojo porque ha dicho *amiguito* con un tonito horrible que da a entender cosas. Por un momento la odio, pero creo que si la corrijo será peor, así que ignoro adrede ese apelativo que ha utilizado y contesto a lo demás.

—Y aun así, están mejor guardados que tu información sensible. O dime que no recuerdas cómo tenías de al descubierto tus cuentas de cosas y el propio ordenador cuando andabas con una contraseña tan sencilla de piratear como la repetición de un mismo número cuatro veces. Ni mugidos de vaca ni leches —le tiro yo de cachondeo, porque eso es una vieja historia y le puso remedio.

—Esto es por la diversión, no pasa nada si pierdo. Aunque no es algo que vaya a suceder —sale de los labios de Héctor, que, en actitud desafiante, le hace un gesto de burla a Max.

—Me gusta que te lo tomes así de bien, como un auténtico luchador que se lanza a la arena con todas sus energías. Que se vean bien tus raíces troyanas. Cuando vengan con la cuenta, la pagaré en tu nombre y escribiré en un papel esa cantidad con varios ceros a la derecha de la que iré descontando cada centimillo que me des hasta que, como dos ancianos, la saldes. No te preocupes, no soy una maldita crápula, no voy a cobrarte intereses. El sabor de la victoria y de las decenas de percebes y cigalas es suficiente para mí.

—Ay, Aquiles, Aquiles. No sabes dónde te has metido. Como pierdas, sale a pasear la Max del estómago sin fondo. Con ella es mejor no apostar y menos si se paga en comida —advierte Chelsi.

Seguimos hablando durante todo el trayecto hasta el cine. Incluso cuando saco las entradas desde la página web para evitarnos dos cosas: posibles colas y que nos quiten un sitio bueno. Parecemos auténticas cotorras, porque solo cerramos el pico una vez dentro de la sala y, en realidad, solo en cuanto a emitir sonidos con los que comunicarnos entre nosotros, ya que no paramos de comer palomitas hasta que vemos el fondo de esos cubos gigantes que hemos pedido con un par de menús para los que a punto hemos estado de empeñar, al menos, dos riñones. Al salir hablamos de la película, de lo que nos ha parecido. Concordamos en que no esperábamos para nada que todo fuera por esos derroteros.

—Ni idea de cómo serán los libros, imagino que en esto no cambiarán, pero vaya relación tóxica que se traen —comenta Max.

—¿Son así los que escribe Lidia? —pregunto yo a Héctor, puesto que aún no me he leído el que me firmó y lo desconozco por completo. Según efectúo la pregunta me avergüenzo un poco por no haberle dado un tiento. Antes de que él responda, se adelanta Chelsi.

—¿Qué Lidia? ¿Nuestra Lidia escribe?

Es así como se entera de que así es y que no ha provocado un fenómeno tan brutal como el de

esa obra que nació en Wattpad, una plataforma de internet en la que los escritores comparten sus cosas con todo aquel que quiera leerlas.

—¿Sabéis qué me mola a mí que me he leído últimamente? —pregunta Max. Todos queremos que nos lo cuente, así que le decimos que lo haga sin más demora—. *Eventualidad* y *El detrimento de Orión*, dos libros de ciencia ficción y fantasía donde los dos personajes principales se quieren mogollón de una manera muy sana y verosímil. Ayna y Yaiza, esas chicas, me recuerdan mucho a mí y a Chelsi. Es que me tienen enamorada. Son de ficción, pero encuentro similitudes. Tenéis que leerlos, os los dejaré.

Le pedimos que nos hable más acerca de ese par de libros y descubrimos que, ahí afuera, más allá de las listas de superventas, de las campañas de *marketing* inmensas, existe todo un mundo por descubrir. Creo que los prejuicios y el desconocimiento son dos de los grandes villanos de esta sociedad y que no es sencillo vencerlos por completo, pero cada combate del que salgamos victoriosos nos acerca un paso más a la felicidad. Extiendo ese pensamiento a mi relación con Héctor y no puedo estar más de acuerdo.

[7] Perdedor.

Capítulo XL

HÉCTOR

Para la salida de hoy toca algo diferente. Estamos en la época de la nueva normalidad, que es como la de antes, pero con mascarillas y con todo más abarrotado por aquellos que quieren recuperar el tiempo perdido en exteriores, incluso cuando muchos antes apenas pisaban la calle más que lo justo y ahora no salen de ella. Un poquito le pasa a Claudia también, pero es que antes solo salía rara vez con sus amigas o algún fin de semana que le apeteciera engrosar su colección de rollos —dicho por ella—. Para decir adiós a los ahogos de las cuatro paredes, la mayoría en realidad no se mueve demasiado lejos, por miedo a los contagios. Nosotros, sin embargo, volvemos a hacer uso del transporte público para desplazarnos a un sitio que ha escogido Claudia. Por lo visto, a finales de 2019 se inauguró un nuevo centro comercial enfocado sobre todo en el ocio, ya que ofrece varias actividades deportivas y también tiene, según ella me ha contado, varias tiendas frikis. En principio, vamos a echar un vistazo y a lo que surja. Nunca he sido de centros comerciales, ni siquiera he entendido demasiado bien a la gente que se va allí a pasar el día entero. Mis visitas a estos siempre han sido fugaces, para una película en el cine y, si acaso, comer algo después. Tener el plan de ir sin más es algo nuevo para mí, como tantas otras cosas en este año de la pandemia sin igual: mi graduación y el conocer a quien considero que podría ser el amor de mi vida. Aunque para ello tendré que declararme y recibir su beneplácito, cosa que me da pánico.

En lo que la espero en su piso, me pongo a leer. Sus amigas no están, así que estoy solo en el salón mientras Claudia se ducha y cambia de ropa. Tengo un buen enganche con *Claymore*, que está gratis en una aplicación para móviles de la *Shonen Jump*, una revista que es un poco como el sueño de todo dibujante de manga en Japón y fuera de ahí, ya puestos. Es lo que tienen los sueños, que los tenemos por complicados y abstractos que sean, puesto que por inalcanzables que resulten nos ayudan a continuar. Son nuestra liberación y nuestra condena. La fuente de felicidad y la de pesar.

—¿No te cansas de leer? —me pregunta cuando aparece frente a mí.

—Ni que lo hiciera corriendo —respondo yo, que aún no tengo ni idea de a qué terrores me va a someter.

Claudia me dijo que fuera en chándal, por lo que pudiera surgir. Miedo me da, porque no hago deporte de forma habitual desde el instituto. Alguna vez lo he intentado porque es muy saludable y yo soy muy de andar por casa, mi trabajo además es de un sedentario que abrumba, pero eso de moverse con esfuerzo no es para mí. A otros les sienta genial, como a ella, pero a mí me mata. ¿Los beneficios asociados al ejercicio? Ni rastro de ellos, porque ni me siento liberado ni descanso mejor ni me quedan ganas de repetir. ¿Más vomitonas, dolor de cada músculo de mi cuerpo y una voz atormentándome durante días por paquete? No, gracias, eso no lo firmo.

Entiendo que un mínimo tengo que hacer, para no tener achaques cuando sea más mayor, cosa que veo lejana, porque soy un pipiolo con toda la vida por delante, pero uno que ya ve lo rápido que pasa el tiempo. Imagino que encontraré algo o pasearé, que es lo único que se me da bien dentro de lo que se considera deporte, porque lo mío sería el ajedrez, por aquello de estar sentados. El problema es que no tengo ni pajolera idea de cómo se juega y creo que no me sé ni el nombre de todas las piezas o cómo moverlas. Menudo desastre con patas estoy hecho.

Cuando llegamos al X-Madrid (cuyo nombre quizás sea una referencia al grupo heavy X-Japan) lo primero que me llama la atención es que es muy naranja por fuera. Sueno como la madre de cierta niña que iba disfrazada de langosta en *Love Actually*, una de mis comedias románticas favoritas, pero es que es muy naranja, de verdad que sí.

Dentro vamos pegados a lo que es una pista de patinaje que recorre toda la planta baja del centro comercial. Es increíble cómo va la gente con sus patines, monopatines y hasta bicicletas ahí. Más tarde vemos que incluso hay una zona habilitada fuera para los *skaters* que quieran hacer sus truquitos jugándose el tipo si no son muy hábiles y se vienen muy arriba.

Primero echamos un vistazo a todo. Entramos en cada tienda, miramos con curiosidad los locales de comer y cada uno de los de actividades. Aunque Claudia quiere incluso que nos apuntemos a un gimnasio cuando pasamos por delante de uno con un montón de máquinas muy modernas. «No a este, a cualquier otro por Lavapiés», me especifica. Le da tanta pelotera que, sentados en unas sillas al fondo frente a un ventanal, incluso hace una búsqueda y me dice que podríamos probar en alguno de los dos de yoga que hay cerca de casa. Yo, que tenía planes vagos a largo plazo que podrían no cumplirse jamás y estaría tan feliz así en mi mundo de asemejarme a un maniquí, le contesto de la única manera posible:

—Claro, ahora además que es como el inicio de curso de todo, no hay mejor momento para probar. Me haría mucha ilusión que fuéramos juntos.

¿Pero yo me he oído? ¿Esas frases han salido de mí? Quiero hacer cosas con ella, por supuesto, pero me acabo de sumar a algo opuesto a mis intereses.

—El lunes podemos ir a preguntar —me contesta ella muy feliz. Ya solo por esa sonrisa, valdrá la pena lo que esté por venir. Así sea un suplicio de entrenamiento que me deje inmóvil y dolorido postrado en la cama a base de cremas de calabaza con nueces pecanas.

Después de valorar en serio dar paso a la muerte como un espartano (sin ser yo nada de eso y que encima sería como el más mediocre y débil de todos ellos, como un figurante y no uno de los 300) en un sitio de boxeo raruno de *fitness*, terminamos pasando al rocódromo. Es ahí cuando me arrepiento de haberme dejado llevar, de haberme puesto ese maldito chándal. Me acuerdo de los ancestros del primero al que se le ocurrió que era buena idea colgarse de cosas para impulsarse hacia arriba sin más motivo que estar desde un sitio con más distancia hasta el suelo. «Cuanto más lejos de este, mayor riesgo de abrirse el cráneo», me recuerdo cogido a unos salientes en una postura más incómoda que, probablemente, la más pintoresca de todo el kamasutra.

—Así no vas a avanzar. Céntrate. Agárrate primero a la más cercana a tu mano izquierda y luego haz fuerza para apoyar el siguiente pie.

Intento soltarme de una mano, pero entro en pánico y no soy capaz. Pruebo con la otra. Mi sesión la patrocina Loctite.

—Venga, que no te esfuerzas, vamos, que estás en el nivel más sencillo —me dice Claudia con lo que llamaré «antiánimos» porque son lo opuesto a algo que me dé energías para continuar con esta actividad sin sentido.

Después de unos cuantos gritos más por su parte, algunos mientras ella subía y bajaba como si

fuera algo que llevase haciendo toda la vida, como, yo qué sé, calzarse las zapatillas, nos vamos de ese lugar más terrorífico que la mansión de los horrores en toda feria que se precie.

A ella, que no ha dejado de moverse, la veo como una rosa. Yo, sin embargo, estoy para el arrastre y algo me dice que peor me sentiré en los próximos días. Las agujetas me soplan en el cogote, me indican las ganas que tienen de agarrarme con fuerza y que voy a moverme como un pato paralítico o con graves problemas psicomotrices en los próximos días.

Vamos a una plaza en la que hay un montón de locales de comida. Me deja elegir. La opción es más que obvia para mí: hamburguesas. Quizás esos trozos de carne con acompañamientos, patatas fritas y una salsa propia no sean lo más delicioso para muchos, pero a mí me resulta lo más gratificante tras el esfuerzo realizado. Un manjar sin precedentes. Espero que para llegar a este nivel de satisfacción en el paladar no sea necesario el paso previo de agotarse hasta sentirse tan abatido como para casi desear la muerte.

—¿Cómo es que has dicho que te daba igual dónde comer y que eligiera yo? No te enfades, que no quiero sufrir tu furia de nuevo, pero que insistieras en esto en lugar de que intentásemos llegar a un acuerdo entre los dos o que incluso quisieras imponer tu decisión se me ha hecho raro.

—A ver, todo me parecía bien y decidir era complicado.

—¡Pero serás morruda!

—No, tonto, si sé que te ha hecho ilusión. Además, sueño a arpía o algo y ahora sé que no es lo que querías decir, que no tienes tacto, no que seas un insensible. Cuánto hemos cambiado, ¿no?

—Vamos, que nada te hacía especial tilín.

—No conocía nada, todo pintaba bien en cuanto que nos tiramos a la aventura. Ahora, como hubiera habido un Rodilla...

—¿Los odias y tienes crucificados? Vaya, la gente suele hacer eso con otras cadenas, precisamente con las que sirven, o pretenden, el mismo tipo de comida que estamos tomando hoy.

—Al contrario —me dice ella mientras coge una patata frita para mojarla en salsa barbacoa—. Me flipan. No sé cómo pueden gustarme tanto. Para mí son los mejores sitios de comida rápida del mundo. Además, como los sándwiches ya están hechos, no tardas nada en tenerlos en tus manos listos para comértelos.

—Vaya, no sabía yo que fueras una madrileña tan acérrima.

—¿Cómo? He dicho Rodilla, no cocido ni callos.

—Ay, el desconocimiento habitual de citar justo solo esas dos cosas tan horribles que son las que han pasado fronteras con su apellido, cuando las cosas de nombre único son mejores —me burlo.

—¡Pero serás tarugo! —me recrimina ella—. A ver, dime qué pasa con esas tiendas.

—Nada, reina, que a mí no creo que me veas mucho pagando un pastizal por cuatro tonterías trituradas en mitades de sándwich, porque ni enteros son.

—Vale, eso es verdad, que son muy caros y que te dan medio y no uno. ¡Pero es que están deliciosos! —defiende mi amiga.

—Para gustos... —suelto yo con voz cantarina—. Mira, te voy a decir por qué son tan madrileños, pero tantísimo. Además de que el primer comercio fue aquí, desde 1959 que dejó de pagarse por estaciones sueltas el metro, el precio siempre ha sido el de un billete sencillo. Sé que ahora ya llevamos un tiempo que de nuevo va por tramos y que debería tomarse como referente

el mínimo, pero ya ni eso hacen bien. Ahora es desde ese precio. Como cuando otros te ofertan cosas de hasta el trepecientos por ciento de descuento y casualmente no les queda nada o es algo inservible, pues estos igual con el precio base. Es más sencillo encontrar un unicornio —le comento mientras me encojo de hombros.

—De 1,50 estará el de solomillo —apunta Claudia.

—No creo ni que tengan de algo tan caro en toda la carta. Pero buena broma.

—No lo has entendido y es normal. Es una cosa de Max. «*Millo*» en gallego es maíz y se hacen panes de ese cereal, así como hay de trigo, espelta o centeno. Decir que es de «solomillo» significa que solo lleva pan. Ya ni siquiera tiene por qué ser de maíz ni nada: pan y punto. El pan con pan de toda la vida.

Me parto con la ocurrencia de Max y me siento afortunado por no haber estado bebiendo nada en el momento en que se me ha desvelado. Echar el refresco por la nariz no es agradable. Lo sé por experiencia.

Una de las cosas que más disfruto en la vida es chingar a Claudia. Ahora sé que el día que quiera anunciarle algo importante o, quién sabe, pedirle matrimonio (para lo que debería pedirle antes salir y que ella me dijera que sí), tendremos que ir a esa sandwichería de mil demonios. Todo sea por verla feliz con lo que más le gusta.

Capítulo XLI

CLAUDIA

El sábado Héctor terminó molido del ejercicio y eso que no era para tanto. Sé de buena tinta que tiene unas agujetas que no se puede ni mover, pero quedamos en acercarnos al centro de yoga hoy y yo ya he terminado el trabajo, así que lo voy a llamar para que cumpla su palabra de caballero.

—¿Cómo lo llevas? ¿Listo para sufrir?

—A ver, soy dibujante, nací para ello.

—¿Entonces, bajamos o qué?

—Venga, ya retomo esto más tarde. Hemos venido a jugar. Te veo abajo en diez minutos.

Son veinte, pero no me importa. Me hace mucha ilusión comenzar una nueva actividad y más con él. A mis amigas no hay quien las convenza para este tipo de cosas, ellas son de otro rollo. Además, con lo liadas que están siempre, con una agenda a rebosar hasta las trancas, prefiero no intentar meterles una rutina con horario cerrado. Héctor es distinto, se ha fijado un horario flexible por completo al no tener clientes con los que estar en directo como ellas. Es cómodo tenerlo como amigo. Siempre está cuando lo necesito. Sueno egoísta, pero es que sé que estará para mí en cualquier momento del día o de la noche las 24/7 y que hará magia incluso para que sus días tengan más horas en las que poder dedicarse a su curro de pintamonas. ¿Cómo? Eso ya no lo sé, pero veo a Héctor como el héroe capaz de todo si ha sido capaz de conquistarme, aunque esto no me atrevo a decírselo por más que me insistan en casa con que dé el paso.

Le consulto si lleva todo lo que le he dicho: toalla, botellita de agua, calcetines sin tomates...

—Sí. ¿Y tú las llaves? Mira que luego te quedas encerrada en la calle.

Qué gracioso. Si lo sé no pregunto.

En la recepción nos cuentan un poco los horarios, planes de precios, niveles, tipos de yoga y demás. Como nos ven dudosos, nos dan un folleto donde viene todo explicado en una infografía muy profesional, también nos invitan a una clase gratuita de iniciación en un grupo de nivel básico que está a punto de ir a la sala tres.

Vamos al vestuario, que ni siquiera sabíamos que tendría, porque previsores no hemos sido y espabilados tampoco. Si en los gimnasios normales hay, era lógico que en los especializados en algo también, pero es que Héctor nunca ha sido de deportes y cuando yo jugaba al fútbol no teníamos ni vestuario ni nada. Simplemente íbamos con la ropa desde casa y luego de vuelta de nuevo al domicilio sudadas. De colegio a colegio, sin entrar en las instalaciones más allá del propio campo, que casi siempre era exterior, ya me contarás.

Si lo pienso, ni siquiera nos planteábamos nada por aquel entonces y quizás de esas lluvias llegan ahora esos lodos. Me refiero a que cuando teníamos Educación Física, ese día todos

salíamos de casa en chándal y después por supuesto no había duchas ni nada por el estilo. De ahí que después el olor a «tigretón» fuera más pronunciado esos días.

La próxima vez, si la hay, llevaremos cosas de aseo y mudas de cambio. No queremos ser los adultos apestados de Lavapiés. El barrio indica por su nombre que somos limpios e invita a los demás a serlo.

Tras cotillear esa área a tener en cuenta la próxima vez y para la que tendré que comprarme un candado, me reencuentro con Héctor fuera. Vamos a la sala que se nos ha indicado en recepción, cogemos un par de esterillas, nos descalzamos por imitar a los demás y cuando el monitor pregunta si hay nuevos en esto del yoga que no lo hayan probado nunca, él levanta la mano al instante. Yo, por el contrario, no muevo un dedo por vergüenza a que me juzguen por ello. Por lista, me preguntan.

—Vaya, como veníais juntos pensaba que estarías en la misma situación. ¿Durante cuánto tiempo has hecho yoga? ¿Estás baja de forma y por eso has entrado en la prueba del nivel más bajo o es por acompañar a tu novio? —me pregunta la monitora.

—¿Qué? A ver, no he hecho antes yoga, pero he visto a algunas personas hacerlo en películas, YouTube o en Instagram...

No me deja continuar hablando porque me pone nerviosa con una risita y una mirada de desprecio que me dedica.

—Bueno, entonces sois nuevos los dos. Bienvenidos, si tenéis algún problema no dudéis en decírmelo para que os ayude y espero veros más por aquí —dice ahora de forma amable, antes de añadir—: para el resto, ya sabéis cómo va esto: no forcéis y disfrutad de la sesión.

Primero tenemos una parte de relajación, que en mi caso no funciona demasiado, porque me pongo nerviosa por si no estoy haciéndolo bien. Se nos indica respirar de ciertas formas y yo solo pienso en que para mí respirar es algo irracional e involuntario, de manera que ni idea de cómo puedo llevar a cabo nada ahí. Por eso, abro los ojos y me fijo en los demás, que tienen pinta de estar quietos, sin hacer nada fuera de lo común. Empezamos bien: en la primera actividad, que se supone que es la sencilla y para estar tranquilos, ando con el estrés por las nubes. Damos paso a algo de calentamiento y después se nos indica que tocan los saludos al sol.

—¿Pero por qué saludamos al sol? ¿Por qué no mejor a la luna? Si lo miramos directamente nos vamos a dañar la vista, es un peligro esto —cuchichea Héctor conmigo mientras imitamos lo que hace la monitora. Me da un ataque de risa y la monitora nos llama la atención.

—A ver, los tortolitos, por favor, las tonterías las dejáis fuera.

—¡No somos novios! ¡Y no era una tontería! —respondo molesta.

—Parejita, estad a lo que tenéis que estar o, si no, coged la puerta y marchaos, que estáis interrumpiendo al resto de compañeros.

Me sonrojo y me siento tan mal que me calzo, recojo mis cosas y me voy de allí. Detrás de mí, disculpándose, viene Héctor contrariado.

Capítulo XLII

HÉCTOR

El día que fuimos a yoga fue todo tan extraño que empiezo a pensar que le gusto a Claudia. A lo mejor me estoy flipando demasiado y son mis ganas de que así sea. Mi miedo al rechazo ha desaparecido un poco ahora que somos tan amigos y veo próximo el decirle lo que siento por ella. A fin de cuentas, si no hay un momento adecuado para ello, tendré que forzarlo, y eso sería así en cualquiera, excepto cuando viene a casa. De momento quiero tantear más. Me gustaría que conociera a mis amigos y, en función de cómo vaya con ellos, ya me tiro a la piscina o me quedo al borde, metiendo de vez en cuando los deditos de los pies. Además, los echo de menos. Ellos ya habían recogido todas sus cosas y devuelto sus llaves al casero para cuando subí yo a hacer lo propio y a darle un abrazo, porque siempre ha sido muy agradable con nosotros.

No sé si mi madre tendrá algo que ver en la golosonería, probablemente sí. Yo prácticamente me he criado a base de todo aquello que o te mata o te hace más fuerte. Una de mis primeras palabras fue *dónuts*. La pronunciaba mal y eran «nonus», mi número uno entre el festival de azúcares que ha habido siempre en mi casa. Cuando tomábamos algo casero, por más que lo de fábrica no esté mal, ya nos derretíamos por completo tanto mi madre como yo. Mi padre no, y eso ya debía ser pista suficiente de que no formaba parte de la familia. Es por esto que, para el plan de hoy, vamos a irnos de pastelería en pastelería hasta que el cuerpo aguante. Solo hay tres normas: todo se comparte, iremos andando de una a otra a golpe de Google y tienen que ser lugares en los que nos podamos sentar.

Como tantas otras veces, la he ido a recoger a su casa. Allí estaban Max y Chelsi jugando a *Mario Kart* a gritos. La única manera correcta de hacerlo. Me recuerda a cuando Román, Álvaro y yo nos echábamos tremendísimos piques los tres a la vez en la tele del salón de Salamanca. Enemigos en la pista, colegas íntimos fuera de ella.

—¡Eh, Aquiles! ¿Te unes a una liguilla?

—Bueno, no sé, depende de lo que tarde esta. No habrá desayunado, ¿no?

—Ni un café se ha tomado y eso es muy raro, ¿qué intenciones tienes con nuestra amiga? —me pregunta Max, metida en el papel de un padre preocupado y sobreprotector.

Les encanta chincharnos como si estuviéramos juntos. ¿Es que acaso todo el mundo considera que tenemos que ser pareja?

—Vamos a hacer *tour* de cafeterías, comeremos bollos hasta reventar.

—¿Comeréis hasta vomitar para seguir comiendo? ¿Acaso tú, un griego, vas a montarte una fiesta romana de buena mañana? —consulta Chelsi.

—Ostras, ¿podemos ir? No sé cómo no se me ha ocurrido antes eso —se autoinvita Max, que, una vez más, piensa con el estómago.

Antes de que le responda que a mí no me importa, Chelsi abre el pico para recordarle a su mujer que ya tienen cosas que hacer.

—Hoy íbamos a comer con mi abuela y con Carlos, ¿recuerdas?

—Ostras, es verdad, en la balanza están luchando la maravillosa lasaña de Carlos y los bollitos caseros.

—No te me pongas intensita, que hoy hay comida en casa y no tiene por qué ser lasaña.

—Por favor, que sea lasaña, y si no, albóndigas de María. Y otro día le copiamos la idea a la parejita feliz porque no vamos a ser menos.

Hablan un poco más de su salida hasta que llega Claudia. Está especialmente guapa. Es una diosa. La amo.

Disimulo como si no me hubiera fijado en que se ha hecho algo en el pelo, que la ropa de hoy le sienta como un guante. ¿Quién soy yo para piropearla? Nadie, solo un amigo que no quiere arriesgarse a que lo tome por un machirulo maleducado otra vez. A la casilla de salida no pienso regresar, prefiero rebotar contra la meta hasta sacar el número correcto en el dado del amor.

Primero vamos a tiro fijo a una pastelería cercana que teníamos en el punto de mira, aunque nunca habíamos entrado. Decido que, antes de que tengamos la tripa tan llena que nos cueste caminar y puede que incluso pensar, le voy a decir lo del viaje. Así que lo hago tras sentarnos y pedir la consumición.

—He pensado que podríamos ir un día a Ávila. Quiero decir, está aquí al lado y...

Antes de que añada que sería para ver a Román y a Álvaro, ella ya contesta entusiasmada.

—Ostras, sí, que siempre he querido ver la muralla. No será como la de China, pero eso nos pillará más lejos y ya para otra ocasión, cuando tengamos más presupuesto y pueda cogerme unas vacaciones. Este año al final no he tenido ni un descanso, aunque estoy contenta. Fatigada, pero contenta.

Sonrío y le cojo la mano.

—Ya verás como muy pronto podemos ir a China o a donde tú quieras. Vas a forrarte con lo tuyo y yo haré firmas en todo el mundo y seré un digno merecedor de un Tezuka o un Eisner. No digo que vayan a montarme un parque de atracciones en mi nombre, pero al menos que vendan productos asociados y me hagan alguna película o serie, eso sí que sí.

—Sueñas a lo grande.

—Es la única manera de conseguir cosas del mismo tamaño.

Aparece la camarera con nuestra porción de tarta de frambuesas, el café solo doble de Claudia y mi taza de chocolate.

Cuando comenzamos a tomarnos la tarta (que, por cierto, sabe a gloria bendita) un par de chicas de la mesa de al lado hablan de nosotros.

—Míralos qué monos, que comparten los postres.

—Chsss, no señales y no hables tan alto, que te van a oír.

Ambos disimulamos, porque estoy convencido de que Claudia también las ha oído, imposible que no fuera así, si tenían un megáfono en la garganta tanto la desconocida que nos emparejaba como la que reñía a la primera. No sé qué le pasa a todo el mundo con considerar que somos novios o estamos destinados a serlo, yo no lo veo tan evidente. Ojalá, pero no.

Eso sí, hay motivos de sobra para estar satisfecho. Somos muy amigos y eso no lo cambio por nada. Para empezar, pronto tendremos nuestro primer viaje juntos. Y yo que pensaba que no iría con ella ni a la vuelta de la esquina cuando nos conocimos...

Capítulo XLIII

CLAUDIA

Ayer Héctor pasó la noche aquí. Tenemos una relación rara, porque nos acostumbramos a dormir juntos cuando viví con él un tiempo, así que ahora ni nos planteamos buscarle otro espacio cuando se le hace tarde y le da pereza irse a su casa o le pedimos que se quede, y eso que vive, literalmente, enfrente. Chelsi y Max, por supuesto, estaban con sus risitas y sus tonterías al enterarse de que compartimos cama. Yo les repetí una vez más que no tiene nada de raro, que somos amigos. Ellas me contestaron: «Por supuesto, los amigos se acuestan juntos. Los que son muy buenos amigos». Sé que él apenas pegó ojo, porque estaba nervioso por presentarme a esos locuelos de los que me ha hablado en varias ocasiones. Hoy, durante el desayuno, se le caían los párpados y aun así es él quien ha preparado el de los cuatro mientras yo sacaba a Thor.

—En un rato iremos a Ávila. Aún no tenemos los billetes de tren, pero fijo que no hay ningún problema por si os queréis venir —les comenta a mis amigas, una vez que estamos todos en la mesa.

—Qué va, hoy me toca la PCR —responde Max.

—¿Cómo que la PCR? ¿Tienes algún síntoma del virus y no nos habías dicho nada? ¿O es que la necesitas como medida preventiva por alguna razón? —consulta Héctor, que no se esperaba para nada esa respuesta.

—Pulpo, calamares y raxo con mi cariñito —explica Max agarrándose al brazo de Chelsi.

—Madre mía, ¿es que solo piensas en comida? ¿Y tú ya sabías que tenían una comida y aun así me has animado a invitarlas?

Yo me encojo de hombros mientras me río. Quería ver si de verdad era capaz de decirles que se vinieran a conocer a sus amigos, si ya las tenía en tan alta estima como para ello. Max le responde:

—El papeo me hace feliz. Otras muchas cosas también, pero no podría dedicarme a ellas si no llenara la panza. Alimentarse es lo fundamental. La base de cualquiera actividad.

—Además con comida gallega, que para ti no hay otra, parece —le dice mi amigo de broma.

—Claro que sí que hay, pero es peor.

Hablan un rato más de broma hasta que nos separamos. En el tren, se nos pasa el trayecto bastante rápido entre mirar en internet cosas sobre esa ciudad que quizás ni veamos y que me enumere por decimoséptima vez las bondades de ese par de amigos a los que voy a conocer en breves y a los que espero causar una buena impresión, ya que son tan importantes para él.

Desde la ventanilla, los reconozco incluso antes de que Héctor me indique quiénes son. Me dijo que sus padres no sabían nada de lo suyo, así que asumí que era sobre que son *gays*, pero ahora creo que se refería a sobre su relación. Sé que basarse en estereotipos está mal, que cada

uno es como es independientemente de sus gustos y todo eso... Yo misma soy bi y creo que, si no lo digo, los demás no se lo imaginan. En su caso, que van tan coloridos con ropas por capas que parece que junten el arcoíris y que incluso llevan pulseritas con este y el pelo de colores pastel, es inevitable pensar que son firmes defensores de lo *queer* y más que probable que formen parte de ello.

Después de que haya intercambios de besos casi de todos con todos, porque Álvaro y Román son muy cariñosos y efusivos, les pregunto sobre su atuendo. Si no lo hiciera, probablemente moriría.

—¿Siempre vais vestidos así?

—¿Así cómo? —me pregunta Román.

—De colores, como si fuerais un helado de unicornio.

—¡Huy, helado de unicornio! ¡El más dulce, calórico y delicioso! —indica Álvaro, antes de contestarme—: pues sí, reina, somos coloridos. La falta de tonalidades nos da urticaria.

—Deberíais conocer a nuestra amiga Max, así podríais hacer lo de «ella es una punk y él baila *ballet*». O lo de las casas juntas que una es negra y la otra es rosa y morada —les dice Héctor.

—Si es maja, deberíamos, sin duda —sale de los labios de Román.

—¿Por qué querías saber si nos vestimos así normalmente o si ha sido para la ocasión? —consulta Álvaro.

Me da vergüenza decírselo, pero ambos me insisten hasta que les ruego que no se enfaden y me sincero diciendo que me ha podido la curiosidad y que pensaba que lo suyo era medio secreto, por lo menos en sus casas.

—Ah, eso. Bueno, durante el confinamiento nos moríamos del mono de no podernos tocar, no dejábamos de mandarnos frasecitas y gifs del estilo de «tan lejos y tan cerca», así que decidimos contárselo a nuestros padres —comienza a explicarme Román, que se encoge de hombros y mira a su novio para que remate la historia.

—Para nuestra sorpresa, nos dijeron que ya sabían que éramos *gays* y que se olían que además de ser amigos de la infancia éramos también pareja. Nos salió tan bien y hubo tanta comprensión que nos fastidió un poco no habérselo dicho antes. Pero esto no es fácil, como tú misma sabrás.

—¿Lo decís por mis amigas?

—¿Qué amigas? No, reina, esto iba por ti. Sabemos lo de que estabas pillada por la escritora esa, Lidia, y que hace nada os visteis y te sacó los colores porque metiste la pata con el telefonito.

Miro a Héctor. Pensaba que sería más fácil que les hablara de Chelsi y Max que de esa anécdota tan vergonzosa. Les respondo que sí, que también he tenido comprensión, y añado que mis amigas también. Esto nos convierte en afortunados y eso es triste, porque ojalá nadie tuviera que sentir desprecio por su orientación o identidad.

Nos llevan a comer a un restaurante que parece tener los mismos años que la muralla que acoraza el casco viejo de la ciudad.

—Este se suele escapar a la vista de los turistas porque no anuncian sus carnes desde fuera a bombo y platillo en pizarras coloridas, está medio escondido y no sigue la línea decorativa que está de moda. Ya sabéis: o bien un estilo de restaurante familiar americano o un espacio medio abierto con plantas de tela y mojitos por todas partes —explica Román.

—Y aun así tiene su público, porque todos al final lo encontramos si nos movemos por los lugares adecuados o viramos hacia ellos siguiendo nuestro instinto, el dictado del corazón —cuenta Álvaro.

Y con esta metáfora que me han soltado quienes después me hablaron de cómo intentan crear el espacio seguro Gayvila con una asociación sin ánimo de lucro es con lo que me quedo de esa visita. Los amigos de Héctor son maravillosos, no podía esperarse menos de quien es un fuera de serie y, como yo, los cuenta con los dedos de una mano.

Capítulo XLIV

MAX

Hemos pasado las fiestas por ahí. Nochebuena y Navidad en el pueblo con mi padre, Nochevieja en casa de los padres de Chelsi y ya Año Nuevo en casa de su abuela con Carlos, que no quisieron acercarse la noche antes porque no se llevan demasiado bien desde que ella se fue a Lavapiés, y las cosas no mejoraron en absoluto cuando dejó ese piso de regalo a mi mujer. En Reyes hemos estado como grupo de amigos aquí en casa comiendo roscón, bebiendo chocolate e intercambiándonos regalos; lo que no esperábamos es que un par de días después fuera a llegarnos la gran nevada. No habíamos visto nada igual en toda la vida, al parecer es otro evento histórico. Estamos en racha engrosando los libros de los futuros adolescentes, y si ya no se llegaba para dar todo el temario, o recortan más de otros lados o a ver cómo lo hacen.

Hay tanta nieve que podríamos sacar el trineo fuera. Es una auténtica animalada. El problema es que para llegar a los sitios, solo se puede andando y es bastante deporte de riesgo si no se tiene calzado bueno preparado. Los primeros diez o quince minutos son divertidos cuando bajas a hacerte unas fotos, tirar unas cuantas bolas y te metes algún que otro costalazo en la zona mullida. Después, cuando ves que si no lo recogen pronto desde el Ayuntamiento, el hielo puede provocarte una buena lesión y que tienes muchas limitaciones, ya no es tan chachi.

La parte buena para nosotras, además de que es un espectáculo visual tener el barrio así teñido de blanco, es que como trabajamos desde casa no hemos tenido ningún tipo de problema para continuar con nuestro ejercicio. A Héctor, que ya casi es uno más de la casa, le ocurre lo mismo. En cuanto a su madre, se lo ha tomado como si tuviese días libres que agradece a Filomena, quien da nombre al temporal que nos dejó esta estampa complicada de olvidar. A fin de cuentas, Hécuba no puede hacer otra cosa que tomárselo bien, según nos ha explicado ese que se pirra por los huesos de Claudia, aunque no lo diga. Y ella por los de él, claro. Esto de que no dé el paso ninguno es lo que nos intriga. De hecho, Chelsi y yo ya hemos hecho apuestas sobre cuándo creemos que alguno de los dos se declarará. También hemos valorado si será antes de vacunarnos (ambas creemos que sí, porque al ser jóvenes y sin patologías, seguramente tardemos un montón, ya que estamos al final de una cola que está comenzando a moverse desde hace escasos días) o si al final cogeremos el virus y será eso lo que nos una junto a él de algún modo. Cada una ha dado tres fechas en este juego. La que más se acerque, gana. El premio, además de la alegría de acertar, es un ordenador nuevo. Vale que el dinero sale todo del mismo sitio, pero lo que importa es alzarse con la victoria. Tenemos más claro esto todavía que el significado del título del libro *Crónica de una muerte anunciada* y está cristalino también. Para ellos, sin embargo, parece que el agua esté turbia, cuando lo único que sucede es que miran sus propios pies y los círculos que crean al caminar, en lugar de observar un poco más. Son los que miran al dedo cuando se les

señala la luna. Adorables, pero espesitos.

Capítulo XLV

HÉCTOR

Mamá me ha echado de casa. No así a las bravas para siempre. Eso sí que sería *hardcore*. Me ha dicho que hoy me traían la cama nueva. Cuando le conté que estaba por Claudia ella me soltó un «No me digas» con un tonillo que dejaba claro que lo sabía, que era obvio. Después se le metió en la cabeza que tengo que arreglar mi cuarto para que esté más aparente y cómodo cuando ella comience a venir más a menudo por aquí. Porque está convencida de que ocurrirá y lo que le parece rarísimo es que no haya sucedido nada ya con la de veces que me he quedado a dormir yo con ella. Es tremendísima mi madre, ve cosas donde no las hay, y miedo me da el golpe que puedo darme como se equivoque. A lo tonto, llevamos ya tres semanas para arriba y para abajo con cosas de la remodelación y hoy traen la joya de la corona: la cama. No sabía yo que mi cuarto, con las cosas ordenadas de otra manera, podía dar tanto juego. Menudo desembolso económico ha realizado ahora que desde que vivo con ella no me paga alquiler, gastos asociados a ello ni universidad. Alucino con la maestría como decoradora de interiores que posee, ha sacado rendimiento al milímetro de aquello con lo que cuenta.

El caso es que, además de morirme de vergüenza, he tenido que estar escuchando su ilusión, y me ha instado a que de hoy no pase sin que le diga nada. «No la dejes escapar, tolái».

Por eso, como no podía ser menos, y aunque en realidad no había motivos de verdad para irme, porque siempre podía instalarme en el salón para hacer mis cosas, me he metido en casa de Claudia, que era lo que mi madre quería. Y yo también, claro. Me he llevado mi carpeta con mis papelotes y mis cosas, el cuaderno de bocetos, dos estuches y hasta el portátil en la mochila por si busco referencias o lo que sea, ya que en digital no suelo trabajar demasiado. Como hace un buen día, me he quedado en la terraza; mientras tanto, aquella a la que me declararé hoy como sus amigas trabajan en sus espacios habituales. Allí, me he puesto a repasar aquello tan especial que sacaré hoy a airear.

Por la tarde, canturreando en mi mente canciones de Taylor Swift en bucle, dejo a un ladito el cómic mientras continúo trabajando en ese proyecto que espero que vea la luz. Parece que fuera ayer cuando me encontré con Claudia en la calle paseando a las perritas, pero ya ha pasado un año entero. Mientras pienso en ella, me quedo tamborileando con los dedos en el escritorio, esperando a que se asome.

Al aparecer, me acuerdo del famoso meme de internet de «Por ahí viene tu *crush*, actúa normal», así que me esfuerzo mucho por no hacer cosas raras ni poner caras extrañas. No sé si me sale bien o si estoy como de costumbre, incluso tratando dar apariencia de persona más seria y corriente, aburrida quizás.

—¿Ya has terminado por hoy? ¿Eres libre como Dobby cuando le dan un calcetín?

—Por hoy, sí. Solo por hoy, por desgracia y por fortuna.

Le pido que me acompañe a la calle. Quiero que hablemos a solas en el parque donde sacamos a las perras incluso cuando no coincidimos allí. No quiero que las paredes escuchen lo que quiero decirle. Hoy podría ser el día más feliz de mi vida. Después, pretendo alcanzar este hito de superación tantas veces que vendrá el FBI o quien sea a investigar cómo es posible que un humano como yo, una persona que vive en Lavapiés y que nunca ha destacado especialmente en nada, que lo único que hace es saber lo que quiere y luchar por ello, sea alguien tan dichoso.

En el parque, nos detenemos justo en el punto en que nos encontramos por primera vez cuando por fin me percaté de su existencia. Fue años después de que la vida nos juntase, por casualidad, en la misma clase en el instituto durante un curso en el que yo no estaba precisamente en mi mejor momento con la crisis familiar, con mi madre destrozada luchando por nosotros dos y el abandono reciente del hogar por parte de mi padre, que salió de nuestra vida para siempre.

Le tiendo la carpeta en la que he metido eso en lo que me he esforzado durante meses y que hace otro tanto que tengo finalizado esperando el momento oportuno. No se me ha ocurrido una manera mejor de gestionar lo mío que a través de dibujos. Le digo que es un cómic en el que he trabajado muy duro.

—¿Eh? ¿Quieres que me lea esto?

—Sí, porfi, ahora. Y me dices qué te parece.

—No tengo ni idea de tebeos. No creo que sea yo la más apropiada para juzgar.

—Lo eres. No hay nadie más en el mundo que pudiera hacerlo.

Me mira extrañada y se pone a leer. Por supuesto, no tarda en darse cuenta de quiénes son los personajes principales (ella y yo) y de que no se trata de algo corriente ni que vaya a querer comercializar de modo alguno. Es algo privado.

Las caras que pone son de concentración, sorpresa y ternura. Por lo menos no me está gritando, no ha roto los papeles en mis morros ni ninguna cosa extremadamente cruel como una pequeñísima parte de mí creía que pudiera suceder. No es pura toxicidad, tiene sus prontos y un fondo bellísimo. Sé que no me equivoqué con ella. Mi intuición me lo chivó y es lo más confiable que he tenido nunca. Creo que ese es mi superpoder. Al final sí que tenía uno y es de los chulos.

Al finalizar la lectura se me queda mirando muy seria. Completamente callada. Es entonces cuando entro en pánico: no le ha gustado. Me he pasado de excéntrico declarándome de esta manera tan atípica y ahora no sabe cómo decirme que soy un payaso.

En lugar de soltarle alguno de los pensamientos intrusivos, intento que sea la poca cordura que me queda la que hable.

—Por favor, dime algo, porque no sé tú, pero ahora mismo soy un globo de sentimientos flotando en un mundo de alfileres.

Capítulo XLVI

CLAUDIA

Esta mañana parecía una como cualquier otra. Al menos como venían siendo todas, con la salvedad de que muy pronto daré carpetazo a ese proyecto horrible, aunque no sea más que porque la fecha límite me saluda con la mano. He temido muchas veces que me arrebataría la cordura y quién sabe si la vida. Si me mantenía a flote era por mis amigas y por él: Héctor.

Cuando me he despertado, en mi reproductor ha sonado algo que me ha levantado el ánimo: BTS. Como siempre, el pegadizo y bailable sonido ha venido de la aleatoriedad en mi querido *k-pop*. De entre todas mis listas en la aplicación que he desarrollado y está en beta y para uso privado (ya que utilizo sin permiso las canciones exportadas de la gigante sueca), el día ha tenido a bien permitirme escuchar a estos chicos a los que tenía algo olvidados y que nunca decepcionan.

Después Héctor me ha llamado para venirse a trabajar a casa. Me ha parecido extraño, pero no he podido negarme. Eso sí, se ha tomado su tiempo. A fin de cuentas, no nos molestaría y estaría a lo suyo. Qué más me daba que tuviera ese capricho hoy. Habría discutido con Hécuba por cualquiera tontería, he pensado yo.

Me equivocaba con que hoy fuera a ser un día normal. Todo ha ido más hacia arriba. Mucho más de lo esperado jamás. Me pregunto cuál es el rascacielos más alto del mundo. Si a su nombre me remito, solo arañan como mucho la superficie. Yo floto por encima de las nubes sin necesidad de un avión.

Estaba trabajando a un ritmo moderadamente bueno hasta que ha venido eufórico perdido Héctor. Al parecer a su amigo Román lo han llamado de un estudio de tatuajes para que prepare diseños y vaya haciendo prácticas en pieles sintéticas. Su cara de emoción por el logro de su amigo ha sido un contagio inmediato. Me he alegrado muchísimo por él. Tanto que lo he abrazado y he tenido que reprimirme para no cometer ninguna locura. Soy muy lanzada y tengo una cartera de conquistas que ríete tú del tal Casanova, pero con él no quería dar ni un solo paso en falso. Si mi baldosa hubiera estado rota y me hundiera en el fango, sería posible que me ahogase en un mar de lágrimas. Antes veía como posible que hubiera captado señales, también lo era que creía que veía lo que quería ver y que podría haber estado equivocada.

Tras su fugaz visita me ha cundido mucho más en el curro en un solo día que en el último mes. No exagero. Veo la luz al final del túnel con ese proyecto de mil demonios. Sin duda, voy a llegar a la fecha estimada y además creando algo tan maravilloso y efectivo que voy a tener la confianza de uno de los mayores clientes del país. Que esté en boca de todos y sea toda una celebridad es cuestión de tiempo. Me imagino como la mayor *hacker* reconocida del país y de ahí al mundo es solo un paso, porque hay mucho desconocimiento y siempre se apunta a Estados

Unidos y Japón como las punteras en tecnología, pero aquí hay auténticos fueros de serie, y yo, que hoy estoy soñadora y he pegado un buen patadón al síndrome del impostor, creo que formo parte de esa élite.

Tras picar código y hacer cábalas, he ido a decirle a Héctor que por hoy yo estaba, por si él también había terminado y quería hacer algo. Es ahí cuando he enloquecido. Él tenía preparado un cómic para mí contando cosas de ambos. Esto es mejor que las flores y bombones. Resulta que está enamorado de mí desde hace un tiempo, y yo pensando que era la única que veía a su amigo como un interés romántico.

La dinamita acaba de explotar. Ha sido dulce y agradable, para nada dolorosa y siniestra. Estoy en contra de las guerras, sin importar los motivos que alegue cada uno para ello. Sin embargo, ahora no he podido más que comparar mi corazón con esa patata caliente que hace *boom* por estimularlo hasta que no puede más. Héctor se me ha declarado de un modo tan romántico como extraño. A mí, al menos, me lo ha parecido. Tierno y creativo, como es él. Como, ahora sé, son sus labios de los que no quiero separarme por periodos prolongados. Si no bebo de esa fuente de vida, me desecaré y formaré parte de un olvido muy pequeño. Dudo que sea mejor idea hacerlo cuando sea tan popular como Steve Jobs, pero el sueño de ser una grande es lo que me ha mantenido luchando duro cada día, mi mayor motivo para no tirar la toalla.

Hay quien cree en el destino. Yo creo en las oportunidades, en las cosas que en cierto momento se dan de manera que algo pueda suceder. La cantidad de pequeños detalles que nos han traído hasta aquí. Después de que durante mi adolescencia se tratara de algo platónico por obligatoriedad, nos hemos reencontrado y es nuestro momento. Acabamos de empezar, ha salido de mí una vena peliculera que no sabía ni que tenía, pero espero y deseo que esto no se quede en una mera ilusión.

Caminamos de la mano hacia su casa. Quién sabe qué ocurrirá mañana. Ahora mismo somos dos luces distantes en el cielo que se han acercado tanto que el universo debe de ser consciente de modo alguno de nuestra reunión y, a su modo, lo celebra aplaudiendo, en silencio, para sus adentros.

Epílogo

HÉCTOR

Ha pasado bastante tiempo desde que Claudia y yo comenzamos nuestra aventura. No sé cuántos pueden decir que varios momentos históricos colectivos han estado por detrás de algo suyo individual. Nosotros, sin duda, lo hacemos. El coronavirus, que está lejos de irse, pero para el que estamos vacunados, no nos ha arrebatado nada por fortuna. En cierto modo incluso podríamos decir que nos acercó. Fueron muchas más cosas, y quiero pensar que si no hubiera vuelto a casa cuando nos tocó quedarnos reclusos, igualmente habríamos estado juntos, aunque nuestra historia sería muy diferente. La gran nevada con nombre propio, la Filomena, tampoco fue capaz de hacer que nos mantuviéramos alejados. Lo cual es normal, porque nuestros corazones eran capaces de fundirla para encontrarnos incluso si no hubiéramos tenido que cruzar escasos metros para compartir momentos juntos o asomarnos a la ventana para vernos sin necesidad de los teléfonos móviles.

Sé que nos faltan muchas cosas por vivir juntos. Nuestros caminos tienen un trazado central con todo lo que nos importa más en la vida, y muchas pequeñas bifurcaciones que siempre salen y entran, de algún modo, a lo que nos conforma a ambos. Es como cualquier tallo con sus ramas en las preciosas plantas del huerto urbano Gloria Fuertes que miramos a sacar adelante entre todos los vecinos de Lavapiés. Como no podía ser de otro modo, lo cuidamos igual que a nosotros mismos, poco a poco y con mucho amor.

Laboralmente, me di cuenta de que no era un procrastinador nato, sino que me faltaba tiempo para centrarme cuando estaba con la carrera. Trabajar en el cómic de Claudia me permitió darme cuenta de que soy un maldito perfeccionista y tuve que echar muchísimas horas y frenarme para ponerme una fecha límite en la que finalizarlo. Lo de hacerle entrega de esa carta al inicio de nuestro romance fue más duro todavía.

A Claudia le van genial las cosas. Está en una etapa muy dulce. Ahora mismo anda con un par de aplicaciones, una de *running* y otra de citas, y está a punto de montar una pequeña empresa llamada Claun para la que me ha pedido que diseñe un logo sencillo vectorial con una cara de payaso. Voy a darlo todo para demostrarle que, si quiere un departamento de arte, soy su hombre. Puedo diseñar lo que sea con el tono que ella quiere: moderno, cercano, minimalista, intuitivo de comprender.

Yo solo quiero dibujar, y si es para ella, estoy más que encantado. Además, puedo compaginarlo con mis proyectos. Estoy trabajando muy duro en cumplir mi sueño y no he visto resultados palpables todavía. Sé que la senda del artista es tremendamente complicada. No me voy a rendir. Algún día cuando llame a alguna puerta, se me recibirá con los brazos abiertos; mientras tanto, no me queda más que seguir esforzándome por hacerme un hueco en esta

industria repleta de obstáculos. Algún día seré un dibujante de cómics con mi obra en librerías, algún día tendré lectores, aunque sean tan solo de mi círculo cercano. Me conformo con poco y hasta eso es mucho. Me queda la satisfacción de que conseguí lo más importante a la primera: estar junto al amor de mi vida.

Agradecimientos

Este es mi quinto libro publicado. Ya puedo doblar todos los dedos de una mano. ¿Y sabéis qué? Ha sido el más complicado. Espero que al leerlo no lo parezca, que dé la sensación de que resultó sencillo. Esa es la magia de las palabras. *Tan insólito como nosotros dos* no habría sido posible sin muchas personitas (y mis gatas), así que muchas gracias a todas.

Quiero dedicar unas palabras de agradecimiento para cada engranaje de que este romance contemporáneo exista. Espero no olvidarme de nadie, pero soy un desastre con patas.

Moi, aquí tienes tu historia de amor verdadero (¡farolero!) del estilo de las que te gustan. Sin tus comentarios, charla y ayuda, ahora mismo *Tan insólito como nosotros dos* molaría mucho menos. Tuve que reescribirla entera porque no te convencían el ritmo ni el final, y ahora es algo cuquísimo a la altura de lo que Claudia y Héctor se merecen.

Gracias a Herra por estar siempre ahí, al acecho de novedades, y que siempre me desea lo mejor. A David por decirme que descanse y estar a un mensaje de distancia para todo en cualquier momento. A Jairo, que quería su novela de *enemies to lovers* y por fin la tiene. A los colegas de profesión que siempre ayudan con las dudas y con la difusión. A Walter y Jacqui, que son expertos en hacer que uno se relaje y disfrute en su *pub* con todo lo que ofrecen (más de lo que uno pueda imaginar). A Laura Mars por los consejos. A Atlas Gleykin por existir. Al equipo de HarperCollins y Harlequin por su buen hacer, por mimarme, y, especialmente, a Elisa por ser tan paciente conmigo y ayudarme en todo momento. ¡Y por supuesto gracias a ti, lector/a por darme una oportunidad! Espero que esta novela te haya dejado el corazón calentito y que sigas acompañándome en el camino.

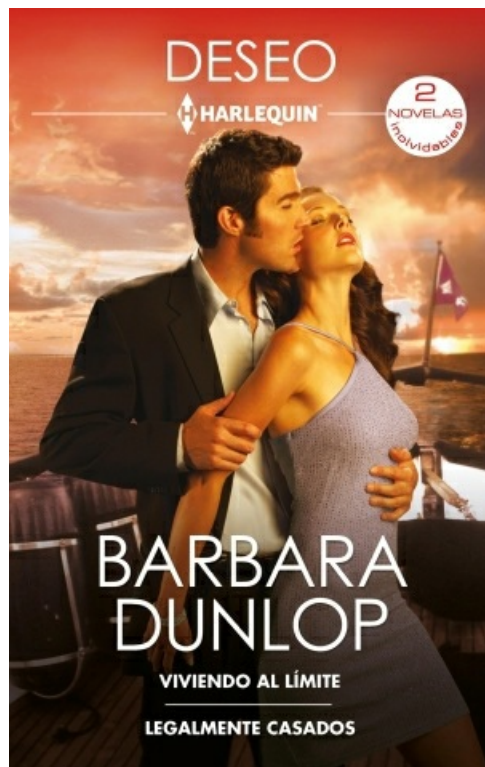
Notas

pegar

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Viviendo al límite - Legalmente casados

Dunlop, Barbara
9788411806749
480 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Viviendo al límite

Aquel hombre la llevaba a alturas que jamás habría imaginado...

Después de perder aquel avión, Erin O'Connell, compradora de diamantes, creyó que había perdido para siempre sus posibilidades de ascenso... pero quizá no fuera así. Necesitaba tomar un vuelo a la idílica isla de Blue Hearth para hablar con el propietario de una mina, así que la incombustible Erin tendría que convencer a Striker Reeves de que pusiera en marcha su hidroavión y se preparase para la acción... para todo tipo de acción.

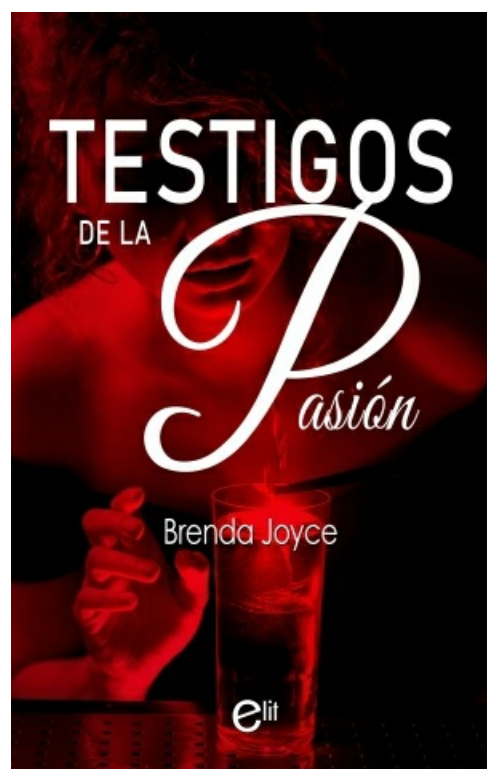
Legalmente casados

¿Terminaría por romperse aquel juramento?

El multimillonario Zach Harper no podía permitir que una extraña se llevara la mitad de su fortuna, aunque fuera su esposa. Jamás hubiera podido imaginar que una alocada boda en Las Vegas llegara a convertirse en una pesadilla. Sin embargo, el testamento de su abuela había sellado con fuego un lazo difícil de deshacer: su futuro estaba ligado al de Kaitlin Saville para siempre.

Zach creía que podía deshacerse de ella ofreciéndole unos cuantos millones. Sin embargo, Kaitlin no quería dinero, quería una cosa que sólo Zach podía darle... y Zach le juró que se lo daría.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Testigos de la pasión

Hunter, Samantha

9788411806893

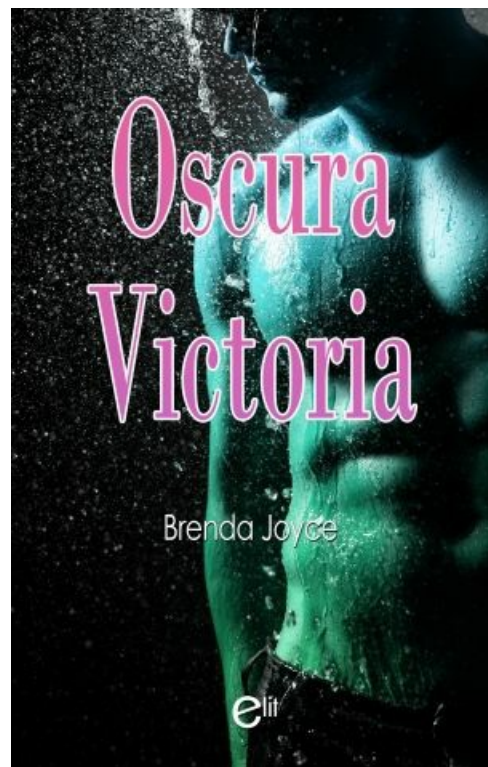
192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Joanna Wyatt, marshal de los Estados Unidos, tiene que trabajar protegiendo a un testigo sin que este se entere. Se hace pasar por camarera en el bar de carretera que tiene Ben Callahan, antiguo miembro de los SEAL, para estar cerca de él.

Ben ha estado en situaciones complicadas antes, así que no está preocupado. Lo que sí le preocupa es la camarera sexy a la que no puede dejar de tocar. Sabe que no es el momento apropiado para liarse con alguien, pero la pasión entre ellos es irresistible. Y bajar la guardia puede ser muy peligroso.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Oscura victoria

Joyce, Brenda
9788411806886
192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Guy Macleod, un highlander misterioso y feroz, había renegado de su Destino y consagrado su vida a vengar el asesinato de su familia. El Destino, sin embargo, era implacable y cuando una mujer de otra época se atrevió a invocar su nombre, Macleod no pudo resistirse a sus poderes... ni a ella.

Maestra de día, Tabitha Rose usaba su magia para proteger al mundo por las noches. Cuando se le apareció la imagen de un highlander ensangrentado y cubierto de quemaduras, Tabby comprendió que estaba destinada a prestarle su ayuda. No esperaba, sin embargo, que Macleod la arrastrara contra su voluntad a su época oscura y violenta. Y cuando el mal comenzó a acosarla, Tabby se dio cuenta de que no sólo debía luchar por el destino del highlander: también debía luchar por su amor.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



DESEO

HARLEQUIN

3
NOVELAS
inolvidables

JANE SULLIVAN
CAMBIO DE PLANES

TANYA MICHAELS
SUYO POR UN FIN DE SEMANA

BEVERLY BARTON
FELICES OTRA VEZ

Cambio de planes - Suyo por un fin de semana - Felices otra vez

Sullivan, Jane
9788411806732
480 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cambio de planes

Jane Sullivan

Mientras conducía en dirección a Hollywood, Wendy Jamison tomó el camino equivocado y fue asaltada en una calle de Dallas. Sin coche y sin dinero se encontró perdida, hasta que el cazador de recompensas Michael Wolfe apareció en su motocicleta.

Wolfe reconocía los problemas al verlos. En cuanto rescató a Wendy, sabía que debería alejarse. Wolfe siempre había sido un solitario; sin embargo, tener a Wendy en su cama todas las noches no parecía tan mala idea.

Suyo por un fin de semana

Tanya Michaels

Piper Jamieson necesitaba un hombre, pero no uno cualquiera, sino alguien que se hiciera pasar por su novio durante una reunión familiar. Por culpa de un celibato autoimpuesto no tenía ningún candidato excepto a su mejor amigo, el sexy Josh Weber. Y, como no había nada entre ellos, no supondría ningún problema.

La perspectiva de un fin de semana junto a Piper parecía el plan perfecto, no así la reunión familiar. Últimamente sus citas con otras mujeres no habían sido tan apasionantes como solían y él sabía perfectamente por qué. Lo cierto era que no podía dejar de pensar en su mejor amiga... Y en que ahora tenía tres noches para hacerla cambiar de opinión.

Felices otra vez

Beverly Barton

Trent Winston había pasado años tratando de olvidar a la única mujer que había amado y la tragedia que los había separado. Pero ahora ella había regresado a la ciudad para despertar viejos recuerdos e inquietantes deseos... y para pedirle que la ayudara a encontrar al niño que él había creído perdido para siempre.

Kate Malone era ahora una mujer muy diferente, fuerte e independiente, pero no había perdido aquella inocente sensualidad que él recordaba tan bien.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Cuando brilla el sol

Hoffmann, Kate

9788411806879

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El fotógrafo Liam Quinn no podía creer que le fueran a pagar por espiar a una sospechosa de desfalco. No tardó en darse cuenta de que alguien le había tendido una trampa a aquella mujer y estaba seguro de que era completamente inocente...

Las cosas no le podían ir peor a Eleanor Thorpe: no conseguía encontrar empleo, acababan de abandonarla una vez más y ahora parecía que alguien quería verla muerta. Sin embargo, el sol comenzó a brillar con la aparición de Liam Quinn.

[Cómpralo y empieza a leer](#)